HISTORIAS DE VIDA Y NARRATIVAS BIOGRÁFICAS DE MAESTROS Y MAESTRAS II, *VOLUMEN I*

HISTORIAS DE VIDA Y NARRATIVAS BIOGRÁFICAS DE MAESTROS Y MAESTRAS II

VOLUMEN I

ISBN: 978-958-5124-27-1

GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

UNIDOS

GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

HISTORIAS DE VIDA Y NARRATIVAS BIOGRÁFICAS DE MAESTROS Y MAESTRAS II
VOLUMEN I

GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

Historias de vida y narrativas biográficas de maestros y maestras II
Volumen I

Esta publicación es producto del contrato 4600012064, Plan de Desarrollo 2020-2023.
Esta publicación es realizada con fines educativos y su distribución es gratuita. Ley 23 de 1982, artículo 32.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización de los autores o los editores. Publicación realizada en el marco del Contrato Interadministrativo n.° 4600012064 de 2021, entre la Secretaría de Educación de Antioquia y la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, para el acompañamiento a los procesos de formación virtuales para maestros y maestras de municipios no certificados del departamento de Antioquia, en el marco del programa Maestros y Maestras para la Vida.

Medellín - Colombia 2021
Distribución gratuita / 300 ejemplares
© Gobernación de Antioquia, Secretaría de Educación 2021
ISBN: 978-958-5124-27-1

Gobernador de Antioquia
Aníbal Gaviria Correa

Secretaria Regional y Sectorial de Desarrollo Humano Integral
Alexandra Peláez Botero

Secretario de Educación de Antioquia
Juan Correa Mejía

Subsecretario de Calidad Educativa
Juan Diego Cardona Restrepo

Subsecretaria de Planeación Educativa
Tatiana Maritza Mora

Subsecretaria Administrativa de Educación
Luz Aída Rendón Berrío

Director Gestión de la Calidad del Servicio Educativo
Adrián Marín Echavarría

Equipo Pedagógico Secretaría de Educación de Antioquia
Ángela Janeth Senejoa Rodríguez
Julián Andrés Corrales Gil
Juliana Andrea Julio Agudelo
John Jairo Laverde Rivera
Yaneth Peláez Montoya

Coordinación Editorial
Manuela Arango Restrepo

Corrección de estilo
Maira Fernanda Guzmán García

Diagramación
Camila Cano Tapias

Ilustraciones
Camila Cano Tapias

Impresión
Todograficas

GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

Tabla de contenido

6... **Introducción** Alexandra Peláez Botero

7... **Presentación** Juan Correa Mejía

9... **La media técnica en la Institución Educativa Presbítero Rodrigo Lopera Gil del municipio de Peque: impronta de un proceso** José Ubeimar Arango Arroyave

15... **El viaje** Wilmar de Jesús Arango Díez

25... **Tejiendo historia en la formación docente** Mónica Yaqueline Betancur Álvarez

33... **Un arcoíris con piel de ébano** Martha Ofelia Borja Córdoba

39... **La resiliencia en la vida: camino para alcanzar los sueños** José Alexánder Cano Moreno

49... **Ser maestra: vida que repetiría una y más veces** Luz Migdonia Gómez Guzmán

57... **Leer en el aula: un docente que aprende y desaprende desde la exploración de lo estético y lo sensible** Luis Fernando Cusguen Chacón

63... **Vuelvo a ti, amada escuela** Luz Ángela Grajales Fernández

75... **Una vida llena de aventuras pedagógicas: engrandeciendo el oficio de una maestra formadora de formadores 1964-1999 y recuperando la memoria de la escuela a través del archivo pedagógico** Daniel de Jesús Granados Rivera

83... **Dejando huellas de colores en el nordeste antioqueño** Diana María Jaramillo Gómez

93... **Trayectorias de una maestra: reflexiones desde el quehacer pedagógico** Julia Rosa Mena Córdoba

101... **El camino de las Alicias** Edison Alberto Jiménez Valdés

111... **La magia de jugar a ser maestra** Martha Noelia Montoya Gómez

121... **Una historia mal contada** María Nimia Paz Arriaga

127... **Nunca dejes de soñar** María Noemí Posada Gallego

133... **Para qué comprar libros si no son comida** Yerkis Javier Ramírez Pérez

141... **Aromas, sabores, personajes, aventuras y sueños que se aprender y se enseñan en distintos territorios** Paula Andrea Restrepo Holguín

149... **Mi escuela: un mundo de proyectos** Leonardo José Rodríguez

159... **La palabra como posibilidad de encuentro y autoconocimiento** Wilson Andrés Rodríguez

165... **Memorias de una maestra: relatos del territorio** Nancy Adriana Trujillo Puerta

177... **Los carruseles sobre la Constitución Política en la IER Mulatos** Galima Alexandra García Breyner Eduardo Vásquez

185... **Una historia contada al revés** Juan Esteban Vélez Marulanda

Introducción

Maestros, maestras, directivos docentes:

Desde nuestra llegada a la gobernación, expresamos el deseo de visibilizar la experiencia que ustedes han acumulado durante años en las escuelas. El Programa de Gobierno Maestros y Maestras para la Vida es nuestro canal para que sus voces, sus rostros y sus saberes se conozcan en todo el territorio de Antioquia.

En esta ocasión, el equipo de la secretaría les entrega la colección *Pensamiento, escuela, maestro y maestra,* una producción académica en la que se expresan los desarrollos pedagógicos en el aula de clase y se promueven las prácticas educativas, los ensayos y las narrativas de maestros y maestras que, en todo momento, están pensando el acto de educar.

La colección que estamos entregando está integrada por varios títulos: "Historias de vida y narrativas biográficas de maestros y maestras", que recrea el mundo de la vida escolar de las escuelas del departamento. "Escrituras desde el aula", en el que encontrarán un acumulado de experiencias educativas que servirán de inspiración para todos. "Propuestas didácticas para la escuela. Programa Todos Aprender" es un título que recoge los desarrollos y reflexiones educativas de los maestros y maestras de Antioquia en el marco del Programa Todos Aprender. Y, por último, "Voces que germinan en la cotidianidad de las escuelas" es la expresión sensible del acto político de ser maestro y maestra en los territorios de Antioquia.

Alexandra Peláez Botero

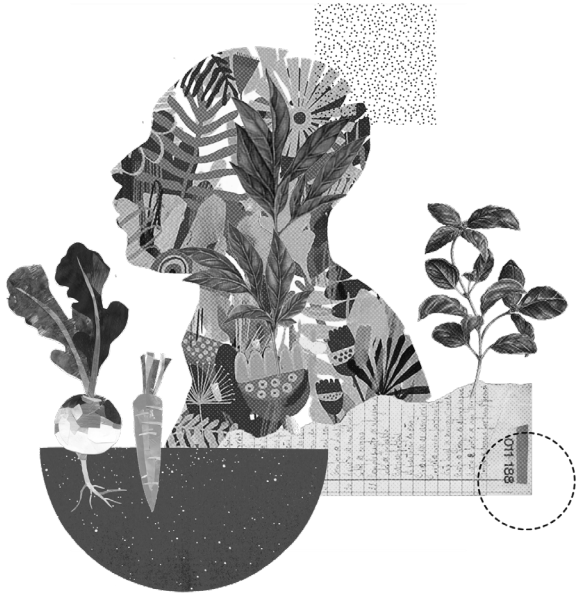
Presentación

Posicionar a los maestros y maestras como sujetos de saber pedagógico y actores políticos en Antioquia, es la tarea que tenemos en la Secretaría de Educación, es por esto que, a través de la Colección Pensamiento Escuela Maestro y Maestra, difundimos sus escrituras, sus experiencias y el acumulado pedagógico que han adquirido recorriendo el territorio del departamento.

Compartir experiencias, narrativas y reflexiones de lo vivido en las instituciones educativas permite reconocer al maestro y a la maestra desde su ser, y reconocer en ellos lo fundamentales que son para el desarrollo social, cultural y educativo de Antioquia. Y son estas mismas voces las que van marcando un modo de relación positiva con el otro y el entorno, ese extraño que debe ser un cómplice para la vida y para estar UNIDOS. El objetivo, a través de los distintos textos que se encuentran en los cinco libros que componen la Colección, es acercarnos al territorio que se habita, a las relaciones que se construyen en las aulas y las reflexiones que emergen en estos espacios.

MAESTROS Y MAESTRAS PARA LA VIDA, uno de nuestros programas bandera, continúa abriendo los escenarios territoriales, para que desde allí se narre la educación en Antioquia.

Juan Correa Mejía



LA MEDIA TÉCNICA

en la Institución Educativa Presbítero Rodrigo Lopera Gil del municipio de Peque: impronta de un proceso

José Ubeimar Arango Arroyave*

*Maestro de la Institución Educativa Presbítero Rodrigo Lopera Gil del municipio de Peque. Correo electrónico: juarangoa71@gmail.com

Resumen

El siguiente texto de carácter biográfico cuenta la experiencia vivencial, momentos y avatares por los que ha pasado la formación de la media técnica en la Institución Educativa Presbítero Rodrigo Lopera Gil, narrada en primera persona por uno de sus protagonistas. Este texto trata de visibilizar los actores que han posibilitado el proceso, con el fin de sentar bases que den cuenta del momento actual y posibles caminos a seguir. Para esto, el autor se apoya en un ejercicio de escritura, en el cual explica el uso de las estrategias de aprendizaje y didácticas pedagógicas llevadas a cabo durante todo el proceso, de manera que puedan servir para el intercambio de experiencias con otras instituciones educativas del departamento, donde se imparten medias técnicas desde una perspectiva de educación rural y de manejo, uso y conservación de los recursos naturales.

Palabras clave

Media técnica, ruralidad, Peque, proceso, occidente antioqueño.

En compañía de los aprendices, estudiantes que se articulan al proceso de la media técnica en los grados décimos y undécimos, volteo algo que en el lenguaje de las ciencias agrícolas se denomina compost, obtenido a partir de los residuos sólidos orgánicos generados en el restaurante escolar. Luego de estar secándome el sudor, producto del ejercicio bajo el sol, y después de una pausa a manera de descanso, se me vienen reflexiones que trato de ir enlazando y entretejiendo en forma de urdimbre sobre lo que ha significado durante aproximadamente once años la orientación de la media técnica en esta institución pequense, ubicada en un municipio donde el arado del suelo todavía se hace con bueyes, práctica ancestral conservada en pocos lugares del país. Motivo por el cual esta actividad se convierte en patrimonio inmaterial y cultural del territorio.

Mientras los estudiantes siguen con su trabajo yo no dejo de observarlos con atención, me sumerjo en lo que ha sido este proceso a nivel espacio temporal. Inicia con los antecedentes que encontré y reconstruí con egresados, inclusive, algunos resultaron ser padres de familia de los alumnos que han pasado por mis manos. Es importante mencionar que, a pesar de varios intentos desde la década de los noventa, en la institución se ha venido impartiendo formación agropecuaria en la asignatura de Tecnología, dirigida por el profesor Ulises Valderrama, aun cuando no se tenía la resolución por parte de la Secretaría de Educación de An-

tioquia, la cual entre 1996 y 1998 empezó a adecuar espacios que se encontraban entre rastrojos y cañaduzales para la realización de prácticas y enseñanza de técnicas agrícolas con los estudiantes de los grados noveno, décimo y once. En el año 2000 estas adecuaciones dieron lugar a la construcción de una granja propia para la institución. Uno de los rectores de la época se la entregó al municipio, a partir de aquel momento y hasta 2011 quedó a manera de comodato. Finalmente, la Administración municipal 2008- 2011 decidió que la nueva sede del colegio quedase en este lugar.

Tomo un poco de agua y comento que, oficialmente, la media técnica comenzó en nuestra institución en el año 2007, en convenio y articulación con el SENA de La Salada. En su momento fue Gloria Leonor Cataño Ruiz, ingeniera agrónoma, quien ejerció como docente hasta junio de 2009. Ella sacó la primera promoción en el año 2008 con el título de auxiliares en Producción Agrícola, con apoyo y asesoría de la instructora Aura Yudis Gómez y en las rectorías de Xiomara Torres y Tobías de los Milagros Arboleda Jaramillo. En agosto de ese mismo año entré como líder de la Mesa Técnica en las modalidades de Cultivos Agrícolas, Conservación de los Recursos Naturales y Manejo Ambiental. Preciso anotar que el acompañamiento de Aura Yudis fue hasta 2012, apoyada por otra instructora llamada Gladis, ya que, a partir de ese año, el SENA de Santa Fe de Antioquia toma el proceso de asesoramiento en la institución. Entre 2013 y 2015 trabajó como instructor José Ramón Valle Díez; entre 2016 y 2017 Alejandro Recalde, ambos ingenieros ambientales; en 2018 nos acompañó Norbey Cely; en 2019 Carolina Paredes, ingeniera agropecuaria; en 2020 regresó José Ramón Valle acompañado de Catalina Carvajal Espinoza.

Así mismo, entre 2007 y 2009 el título recibido por los egresados fue de auxiliar en Cultivos Agrícolas; entre 2010 y 2012 título en técnico en Cultivos Agrícolas; en 2013, técnico en Preservación de Recursos Naturales; 2014 y 2015, técnico en Manejo Ambiental; 2016 y 2017, técnico en Conservación de Recursos Naturales. Nuevamente, para el año 2018 se retoma la técnica en Cultivos Agrícolas, alternando con la de Conservación de Recursos Naturales por recomendación del SENA, debido a que el colegio tiene resolución de Seduca como institución técnica de carácter agropecuario desde nuestro PEI (Proyecto Educativo Institucional).

Respecto a las experiencias significativas vividas durante el proceso de consolidación de la media técnica, comento con satisfacción que en el año 2011 decidí emprender, por primera vez, una gira de experiencias con los estudiantes al centro Cotové de la Universidad Nacional de Colombia en Santa Fe de Antioquia. Allí se realizaron prácticas de mecanización agrícola, manejo de pasturas, fruticultura y agroforestería con énfasis en sistemas silvopastoriles. Esto fue complementado con una visita a la

Granja Agroecológica Familiar en la vereda Piñones del municipio de Olaya, con el objetivo de conocer procesos de producción local sustentable. De igual forma, se visitó la vereda Pinguro, en el municipio de Giraldo, donde se conoció la experiencia de varias mujeres cabeza de familia, agrupadas en la asociación Aromas de Occidente. Al ver el entusiasmo y asombro de los estudiantes, quienes me dijeron que nunca habían salido del casco urbano de Peque en contextos institucionales, no me quedó más que repetir esta experiencia pedagógica al año siguiente.

En 2013 me aventuré a realizar una salida de cinco días con estudiantes. Con el apoyo de Jaime Higuita, oriundo de Cañasgordas, quien oficiaba como granjero, fue posible observar los diferentes usos del suelo y los recursos faunísticos, hídricos y vegetales del municipio de Peque. Además, se reconoció el territorio que fue transformado e inundado por el proyecto Hidroituango. Durante el recorrido descansamos en la vereda Renegado Valle, corregimiento de Barbacoas, y en el municipio de Sabanalarga. Finalmente, terminamos en el Puente de Occidente José María Villa, obra monumental de la ingeniería antioqueña del siglo XIX.

No puedo negar que esta salida pedagógica fue mi favorita, también la de muchos estudiantes, pues ahora los egresados la recuerdan como uno de los momentos más gratos de su paso por el colegio. El territorio se convirtió en un libro abierto y el mejor laboratorio para aprender e interactuar.

En 2013 también se realizó una segunda gira de experiencias pedagógicas por el Valle de Aburrá. Los estudiantes tuvieron la oportunidad de conocer y visitar los laboratorios de entomología, botánica y mineralogía de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. De igual manera, se realizaron prácticas en diferentes espacios del Área Metropolitana (Parque de la Conservación, Museo Interactivo del Agua, Parque Explora, Planetario de Medellín, Museo de Antioquia y Fabrica Noel).

En 2014 y 2015 se hizo la gira de experiencias con el mismo recorrido. Invité a otros docentes de la institución para que se incentivaran a proponer procesos educativos y formativos desde otras áreas del conocimiento, con el fin de propiciar diálogos de transversalidad, interdisciplinariedad y transdisciplinariedad. También se invitaron padres de familia, quienes participaron en las diferentes actividades, charlas, conversatorios, visitas y prácticas a desarrollar.

En 2016 la gira de experiencias pedagógicas cambió algunos escenarios. Se incorporó el Museo Etnográfico Miguel Ángel Builes, el Refugio de Vida Silvestre Alto de San Miguel y el Banco de la República. En este último se realizó una visita guiada por su colección de estampillas.

En el 2017 se visitó por primera vez el Museo Etnográfico Madre Laura, el Palacio de Bellas Artes, El Museo Universitario y el Museo Choza Marco Fidel Suárez. En el 2018 la salida se proyectó otra vez a la Universidad Nacional, el Museo Interactivo del agua, la Casa Museo Otraparte y el Parque Arví.

Fue llamativo observar la institucionalización de esta propuesta. No obstante, debido a las nuevas disposiciones, normativas y resoluciones ministeriales sobre las salidas pedagógicas con estudiantes menores de edad, el colegio se vio en la necesidad de suspender estos lugares y ambientes de aprendizaje. Aun así, logramos demostrar que con responsabilidad, ganas y entusiasmo se pueden alcanzar los objetivos. Para llegar a estos resultados fue fundamental la confianza de la gestión administrativa y el apoyo financiero de la institución. En otras palabras, el docente gestiona, el Consejo Directivo apoya económicamente y los padres de familia cofinancian el hospedaje y transporte. Usualmente, esta actividad se realizaba en las fechas que coincidían con el Icfes.

Por otro lado, se debe mencionar que la metodología y el accionar de la media técnica usa el trabajo en equipo como una herramienta que contempla el ser, el hacer y el saber hacer. De esta manera, se conforman proyectos de cuatro aprendices cada uno. Al final del año lectivo se le exponen los resultados e impactos obtenidos a la comunidad educativa y pequense, por lo general, en la Feria del Emprendimiento.

Algunas de las propuestas y proyectos desarrollados en el programa de la media técnica han participado en algunas convocatorias a nivel nacional, regional y departamental. En 2010 se participó en la convocatoria por subregiones de Factores Asociados a la Calidad de la Educación (FACE) y la Red de Universidades del Eje Cafetero. Allí se ocupó el tercer puesto con un proyecto llamado "La Ecogranja de la I.E. Presbítero Rodrigo Lopera Gil, un espacio para la enseñanza de las ciencias naturales y agropecuarias". Durante el año 2011 se participó en la convocatoria Expediciones Botánicas del Ministerio de Educación Nacional; el proyecto "Etnobotánica sobre la flora domesticada en el entorno de la institución educativa y el perímetro suburbano del municipio de Peque" quedó entre las veinte propuestas finalistas.

En 2014 tuve la oportunidad de participar en las convocatorias del Premio a la Calidad de la Educación Antioquia la más Educada. Llegué a las semifinales con el proyecto "Aspectos etnobotánicos en torno al barequeo en el cañón medio del río Cauca, jurisdicción de los municipios de Peque y Sabanalarga".

En 2015 tuve la oportunidad de presentarme a la misma convocatoria con el proyecto "Andando y conociendo sobre la cestería en Peque". Esta propuesta también fue seleccionada por la Fundación Terpel Colombia y expuesta en el IV Congreso Latinoamericano y V Congreso Colom-

biano de Etnobiología. En 2016 se envió a concursar la segunda fase de esta propuesta y en 2019 la tercera. Esta última ocupó el primer puesto en el Premio Innova de la Gobernación de Antioquia.

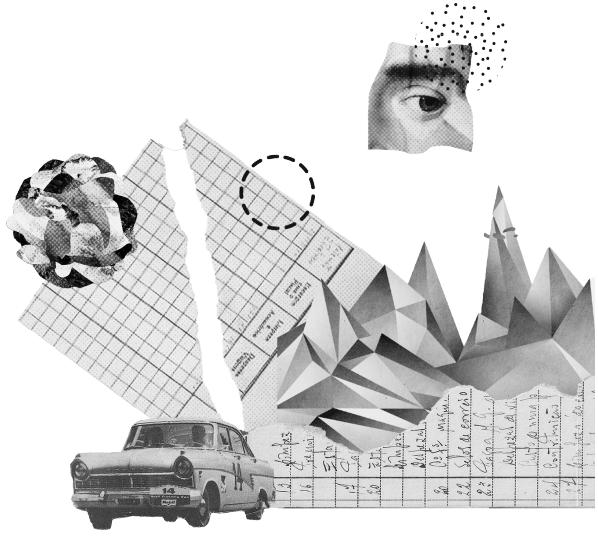
Se debe anotar que todos los trabajos enunciados anteriormente se han socializado ante la comunidad educativa pequense. Además, se han publicado algunos de los resultados más sobresalientes en los dos tomos del libro P*eque: cien años de historia por contar*.

Como en todo proceso, es imprescindible hablar de las dificultades que se presentaron en la consolidación de la media técnica. Por un lado, perder el espacio de la granja y sus alrededores de uso agrícola fue desafortunado. Por otro lado, todavía no se ha logrado una articulación adecuada, ya que son pocos los estudiantes que tienen la posibilidad de continuar con sus estudios de educación superior.

Parece inevitable hablar de lo sucedido en 2020. El aislamiento social por covid-19 afectó y transformó nuestras vidas y, por ende, la manera de relacionarnos, especialmente para quienes ejercemos la docencia. Ahora estamos obligados a reinventarnos; debemos aprender y desaprender para volver a hilar ideas, pensamientos y discusiones, con el propósito de encontrar nuevos escenarios y ambientes de aprendizaje proporcionados por tecnologías digitales.

Respecto al hilo conductor de este escrito, hay una relación intrínseca entre la media técnica y yo; por eso creo que los docentes, aprendices e instructores estamos tratando de remar en este nuevo barco. Por esta razón sacamos a relucir estrategias para tratar de recomponer lo que se nos desajusta en la normalidad de la vida estandarizada. Así mismo, descubrimos que los productos entregados por los estudiantes requirieron menos consulta en internet y más trabajo interactivo con sus núcleos familiares. Por ello, los talleres involucran temas como autocuidado y ecología del hogar. Además, los encuentros en plataformas virtuales brindan posibilidades novedosas en la presentación de sus propuestas. En este caso, los aprendices de la media técnica participarán en la Feria de Emprendimiento Virtual con apoyo del SENA, donde deberán mostrar sus proyectos de transformación con maracuyá, mango, hortalizas y penca de sábila.

Lo anterior se ha vinculado con otras actividades ambientales realizadas por la institución, como la conmemoración del Día Mundial de las Abejas, el Medio Ambiente y el Árbol. Sin dejar por fuera a Jaimito, un chico con problemas de aprendizaje que mediante sus dibujos y demás evidencias enseña otras formas de mostrar y compartir lo que viene aprendiendo en esta cuarentena.



EL VIAJE

Wilmar de Jesús Arango Díez*

*Maestro de la Institución Educativa Tapartó del municipio de Andes. Correo electrónico: wilmararango@hotmail.com

Entre las montañas, en los farallones del Citará, existe un lugar especial que muchos solían visitar a menudo, un refugio para algunos, una localidad de paso para otros, un "escampadero" dirían aquellos que llegaron allí por cosas y azares del destino, ya sea porque les tocó, porque no había espacio soñado o porque la vida (que a la vez es viaje) les compró tiquete para estas tierras. Llegué a la Institución Educativa Tapartó después de un par de andanzas que me llevaron por Jardín y Concordia, en el suroeste antioqueño, con el fin de continuar el viaje que había iniciado aquel día de julio del 2011. En ese momento, más por testarudez que por vocación propia, inicié mis estudios de licenciatura. "No sé si seré profesor", me repetía constantemente ante las inquisiciones y cuestionamientos de mis maestros acerca de los motivos o razones de mi presencia en la Facultad de Educación de la Universidad Pontificia Bolivariana. A esto le sumaba un: "solo sé que quiero mejorar, que me debía pasar por la universidad, no tengo claro si terminaré, si podré hacerlo, si seré maestro, pero estoy dispuesto a intentarlo". En aquella época tenía treinta y tres años encima, sin profesión definida, sin hijos ni esposa que mantener, con mis padres fallecidos. Iniciaba la carrera docente con la única idea de intentarlo. "El viaje y el recorrido son más importantes que la llegada misma", leí en algún lugar y estaba más que decidido a disfrutar este viaje inhóspito, tardío y retador. Estaba dispuesto a ser un profesor.

Trabajé algunos años en el Eje Cafetero como empleado hotelero, otros en Medellín desempeñándome en una u otra cosa: transportando extintores en moto, operario de una guillotina industrial en una cartonería, operario de un soldador industrial en una empresa dedicada a fabricar productos metálicos, ayudante de construcción. Ahora hacía acarreos en un carro chino y estudiaba en una buena universidad. El viaje continuaba en cuatro ruedas y en las aulas universitarias. Así fueron llegando las teorías y sus teóricos, los libros y sus autores, los artículos, las clases, las presentaciones, las exposiciones, las relatorías, los ensayos; con ellos la ciudad y sus miserias, las calles de Medellín con sus obras interminables, trancones, bullicio, violencia, contaminación y el desespero por llegar a tiempo a clase. Una mochila con la coca del almuerzo, una tabla legajadora llena de facturas y documentos de estudio, una camiseta, una toalla pequeña, un par de lapiceros.

—Un momento, hacia dónde se dirige —dijo el hombre, con tono fuerte y déspota, parado al lado de los torniquetes del ingreso vehicular.

—Yo estudio aquí, mire el carné. —Deme un momento —respondió el vigilante. Se dirigió a la caseta donde una computadora comprobaría que yo no era un delincuente a pesar de lo sucio que estaba y de la chatarra de carro en la que entraba a tan prestigiosa universidad. Me entregó el carné y preguntó por la carga en el platón

del carro chino, —es para botar —dije—. No tuve tiempo y tengo clase a las 4:00. En ese momento el reloj marcaba las 4:20.

—Nombre —preguntó el hombre vestido de manera impecable con aquel uniforme de vigilante.

—Wilmar de Jesús Arango Díez —respondí.

—Facultad

—Educación

—Programa

—Licenciatura en Inglés-Español.

Fue duro al principio, pero con el paso del tiempo los vigilantes me fueron reconociendo, tanto que un par de meses después ni me pedían el carné.

—Buenas tardes, hablo con Wilmar. Es para que me recoja una moto varada, estoy por los lados de la Nacional, por la 65. ¿A qué hora puede?

—Buenas, don Wilmar. Es que un amigo me dijo que usted hace acarreos, necesito llevar unas cositas a Santo Domingo. ¿Cuánto cobra?

—Buenas tardes, Wilmar. Para recoger unos escombros en El Poblado, ¿puede ya? Mire que tengo esos bultos en la acera y de pronto me multan.

Los días, meses, y años fueron pasando, y a medida que veía el final de la carrera en el horizonte me convencía de que podría llegar a ser un profesor. Todo seguía siendo una incógnita, pero yo seguía fiel a mis pensamientos y sueños: estaba dispuesto a intentarlo. Con una gran cantidad de inconvenientes sobre mis hombros, noches a medio dormir y un cansancio casi crónico, llegó el día esperado. Me graduaría de profesor. Un par de meses antes buscaba afanosamente a la profesora Elizabeth. Ella, la hermosa y joven asesora del trabajo de grado. Al encontrarse de frente conmigo me saludó con su acostumbrada amabilidad.

—Apenas veo sus llamadas, que pena, estaba en una reunión en el colegio.

—Tranquila, profe —contesté—. Ya tengo listos los documentos: paz y salvo de la biblioteca, el registro del trabajo de grado, solo falta su firma.

—Estoy muy orgullosa. Usted es la prueba de que sí se puede. ¿Le puedo dar un abrazo?

—Profe, usted puede hacer conmigo lo que quiera, respondí en tono de broma sacándole una sonrisa a la hermosa profesora. —Le agradecí el apoyo brindado y la abracé con toda la fuerza de mi alma.

Suena el teléfono un martes en la mañana.

—Aló, buenos días.

—Buenos días. ¿El señor Wilmar de Jesús Arango?

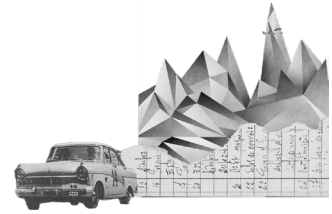
—Sí, con él habla.

—Don Wilmar, le hablo de la Secretaría de Educación de Antioquia. Es para informarle que ha sido seleccionado por el Banco de la Excelencia para una plaza temporal en la Institución Educativa Tapartó. Le acabo de enviar, al correo que tiene registrado en la hoja de vida, los documentos que debe presentar en el piso cuarto de la Gobernación de Antioquia.

—¡Qué bien! Muchas gracias.

En el más importante de los corregimientos de Andes me esperaba un reto: sería profesor de Inglés y Español. Con los exámenes de rigor, los documentos necesarios y el acta de posesión en la mano me dirigí aquel viernes hacia el pueblo. Debía iniciar labores el lunes. Camino a Jardín me desvié de la ruta para conocer mi nuevo lugar de trabajo. El río Tapartó, al lado de la carretera, al fondo una porción de los Farallones del Citará, cerro Aguja siempre enfrente y el corregimiento metido entre empinados cafetales.

Después de las presentaciones y de conocer la institución y el horario asignado, un puesto en la sala de profesores ya estaba listo para arrancar mi tercera experiencia. El viaje continuaba al pie de los cerros más imponentes y mágicos del suroeste antioqueño. Con el paso del tiempo fui conociendo a profundidad a mis estudiantes y a la comunidad académica. ¡Qué bonito se ve todo al principio! Pensé para mis adentros cuando tuve que sortear las primeras realidades. En la universidad todo se ve perfecto, se habla de teorías, autores, pedagogos; se ven las clases de inglés, las relacionadas con lenguaje, cristología, investigación, mentalidad emprendedora, métodos y enfoques. Ahora estaba allí parado frente a treinta y dos estudiantes cuyas familias trabajaban o vivían del cultivo del café. Eran jornaleros que apenas sobrevivían a lo que en estas tierras llaman tiempo frío, familias disfuncionales, chicos al cuidado de abuelos y familiares, otros abandonados a su suerte rodando de casa en casa, con padres en la cárcel, viviendo con padrastros y madrastras. En medio de tantas dificultades, mi lucha comenzaba por lograr que estos chicos por lo menos encontraran en la escuela ese oasis que les trajera algo de esperanza a sus vidas. Para complicar más el panorama tuve que ser director de grupo del grado octavo A, el temible octavo A. Tenía cinco estudiantes repitentes, algunos de ellos ni se podían ver de frente.



—Profe, yo no me quiero sentar al lado de Andrés, de pronto nos cascamos.

—Profe, este puesto no me gusta, mire que está malo.

—Profe, me quiero sentar al lado de la ventana.

—Profe, me quiero cambiar de salón, aquí no me amaño.

—Profe, el año pasado me quebraron las gafas. No quiero estar otra vez con ellos.

Profe esto, profe lo otro, quejas de un lado, quejas del otro.

—Sus hijos están insoportables—me dijo la profesora Deisy en la sala de profesores.

—Wilmar, por favor a coordinación que Mauricio insultó a la profesora de Tecnología.

—No quieren estudiar, me faltan al respeto —comentó la profesora de Emprendimiento con voz chillona y entrecortada.

Cada día los procesos disciplinarios por diferentes causas llegaban al escritorio: peleas, llamadas de atención, el uso del celular en clase, anotaciones de todo tipo por no llevar el uniforme correctamente, quejas y más quejas. El viaje dejaba de ser ese camino perfecto y bien trazado. Aparecían los charcos, los baches, las curvas peligrosas, las inmensas piedras y los precipicios. Siempre trataba de mediar con los estudiantes y sus problemas, llegar a acuerdos, hablar con las familias, hacer compromisos de un lado y del otro. Los defendía ante los directivos y quería evitar, a toda costa, expulsiones o sanciones mayores. Veía cómo muchos de mis compañeros se limitaban a llenar formatos disciplinarios y a usar el miedo o la amenaza como herramienta de control. Me negaba a dejar de persistir, lo hacía trayendo a colación algunas ideas de mis tiempos como universitario, mediante el diálogo y la mediación.

Entre la cotidianidad del aula y el esfuerzo por mantener el ánimo y el interés de mis estudiantes se iban los días. Disfrutaba compartir con ellos en los descansos, aparecían chistes, charlas con los estudiantes de once sobre bandas de rock y mis experiencias de viaje en moto por Colombia, Ecuador y Perú. Le robaba las tajadas de plátano maduro a una estudiante de sexto grado que se sentaba siempre en el mismo lugar a disfrutar su lonchera, algunos me pedían consejo, la cantaleta a mis muchachos de Lenguaje sobre la importancia de la lectura y la escritura, el libro en mis manos...

—Profe, ¿qué lee?

—Profesor, ayúdeme a corregir esta poesía que escribí, es para regalársela a María José. Ayúdeme, profe.

Unos días más tarde, después de varios consejos sobre redacción y ortografía, Édison y María José ya eran inseparables, reían y reían, compartían sus loncheras y parecían

disfrutar de su compañía. Un día cualquiera, en medio de un acto cívico, un estudiante se desplomó sobre el cemento ardiente. Corrí a la escena y con la ayuda de la profesora Gloria lo pusimos de pie. El estudiante, apoyado en los hombros de sus maestros, logró sentarse en una banca al lado del patio. Su tez morena se transformó rápidamente; pálido y con voz temblorosa dijo tener mucha sed.

—¿Qué le pasa?, ¿qué siente?

—Profe, es que el desayuno fue una papa cocinada con agua de panela, pero como le dije a mi mamá que no quería papa cocinada, que no me gustaba, me dio una pela y no me dejó tomarme la sobremesa. Me duele mucho la cabeza.

Los sucesos de este tipo comenzaron a aparecer de manera constante. La escuela revelaba sus verdades, sus realidades. En una reunión general de padres de familia el rector dio una charla sobre la importancia del acompañamiento a los hijos en lo concerniente a la escuela.

—No quiero estudiantes huérfanos —dijo con tono fuerte—. Padre de familia que no acuda a las reuniones será reportado ante la Comisaría de Familia.

Algunos de los asistentes murmuraron en voz baja. Después del impacto causado por la noticia; un video.

—Queridos padres de familia, los invito a ver muy atentamente lo siguiente.

En la pantalla, un padre con su hijo compartía diversos espacios: la casa, el baño, el desayuno, una parada en un autoservicio de comida, el viaje por la ciudad y la llegada al sitio de estudio. En todas partes el hombre le enseñaba con gran maestría a su hijo cómo saltarse las normas, robar en el autoservicio, pasarse semáforos, viajar en contravía para llegar más rápido, ser pillo, deshonesto, pícaro, romper las reglas y pasar por encima de los demás. Sentí que algo no estuvo bien en esa reunión, por lo que en la sala de profesores hablé con la profesora Paula Andrea:

—¿Qué piensa del video proyectado por el rector? Hay algo que no me cuadra —le dije.

—Wilmar, son antivalores. Yo pienso que no es el lugar ni el momento para hacerlo —respondió con voz suave y delicada.

—Yo pienso lo mismo, se imagina usted a un padre de familia asesinando a alguien en frente de su hijo solo para mostrarle el daño que hacen las balas en el cuerpo, cómo se derrama la sangre, lo frío que queda el cadáver y los años de cárcel que podría pagar por matar a un hombre. Además, mostrándole una foto de la familia del muerto, los hijos, la esposa, todo para que el niño entienda que eso causa mucho dolor y no se debe hacer,

que eso está mal. ¿Se imagina eso profesora Paula?

—¡Ay no, profe! Tampoco, usted siempre tan directo y trágico a la vez —respondió Paula Andrea en medio de carcajadas.

El viaje continuaba, se hacía pesado, sacudía mis entrañas, mi cabeza, mis ideas. En este intento por aprender algo de cada experiencia, en medio de este torbellino apareció uno mayor: el mundo se enfrenta a una pandemia, llegan los días de confinamiento y con ellos los debates, las discusiones y las largas horas frente a la pantalla para tratar de llegar a acuerdos sobre algo para lo que nadie estaba preparado. Llega la famosa educación virtual.

—¿Clase virtual? Aquí no podemos hablar de virtualidad, es imposible que los estudiantes estén a determinada hora conectados al WhatsApp, recuerde profesora que hay estudiantes recolectando café, otros no tienen con qué recargar el celular y lo hacen cada que pueden, aquí no podemos hablar de comunicación sincrónica. Repliqué a la profesora, quien pataleaba y refunfuñaba tras sentir la ausencia de los estudiantes al otro lado de la pantalla. El contexto es más grande que nosotros, escribí en el chat recordando alguna película sobre educación vista no hace mucho tiempo.

—Para poder llevar a feliz término una clase virtual se necesitan tres cosas: dispositivo, conexión permanente a internet y una plataforma de aprendizaje en línea. Si todo esto estuviese disponible queda el asunto del manejo y apropiación de las tecnologías, tanto por parte de los alumnos como por parte de nosotros. Esto es acompañamiento a los estudiantes en casa, lo dice el Ministerio de Educación, esto es comunicación asincrónica.

—Buenas noches, profesor. Le habla José Manuel del grado octavo B, es para informarle que no he podido enviarle la guía porque ayer que subí al morro la señal estaba muy mala. Profe, yo mañana vuelvo a subir al filo y seguro le envío la tarea, deme una esperita, profesor.

—Hola, profesor. Es para informarle que ya hice la tarea de Lenguaje, pero no he tenido con qué recargar el celular, apenas mi papá tenga con qué le envío las actividades. Muchas gracias, profesor.

María Camila, una de mis mejores estudiantes, me escribe una tarde:

" Profesor Wilmar, buenas tardes, espero que esté muy bien. Siento la necesidad de hablar con usted ya que me transmite confianza. Desde que comenzó esta situación a causa de la pandemia nos vimos obligados a dejar de hacer muchas cosas a las que estábamos acostumbrados, no me he sentido bien. Sé que las personas

reaccionamos ante esto de una manera muy diferente. Personalmente me ha afectado mucho esta situación, ya no rindo como antes en las actividades que debo hacer, experimento estrés muy a menudo ya que me gusta hacer las cosas bien y el no poder hacerlo, por más que me esfuerce, causa en mí mucha impotencia y lo manifiesto con molestias físicas, como dolor de cabeza, cuello y espalda. Por ello me he retrasado en la entrega de algunos talleres entre los cuales está el que corresponde a su asignatura, la verdad ansío que esta situación termine porque me está afectando mucho. Muchas gracias, profesor."

La virtualidad en la escuela rural es así. Se les pide a los estudiantes la autonomía que nosotros mismos no les hemos dado en el aula, se les pide que den lo que nosotros mismos no damos, se les pide que rindan académicamente. Se hacen guías donde algunos profesores piden investigar en determinado sitio de internet, piden enviar videos como evidencia. Los padres se preocupan y terminan haciendo las tareas de sus hijos, los directivos se ocupan, desde su trono, de mantener a los profesores ocupados con encuestas y formatos virtuales. La escuela se aleja, los estudiantes se relajan y allí estoy buscando la manera. Las tensiones llegan, el viaje se complica.

Otra de las interminables reuniones virtuales de profesores. —Necesito el dato de los estudiantes desconectados de la escuela para llenar el reporte a la Comisaría de Familia, anunció con voz pausada y fuerte el coordinador académico de la institución.

—No estoy de acuerdo con sumar una preocupación más a las familias —a sabiendas de que tengo varios candidatos para ser reportados—. Me niego a hacerlo por ahora. Puede que al final lo tenga que hacer, pero prefiero intentarlo, no me voy a vencer con estos muchachos, contesté al coordinador académico.

—Profesor, que pena molestarlo, era para decirle que

Fredy no quiere estudiar, dice que no es capaz así. Imagínese profe que está todo raro, está consumiendo drogas y como no tiene con qué comprar se pone ansioso y violento, hasta se está haciendo cortes en las muñecas con una cuchilla, mire las fotos, profe. ¿Qué hago? Yo estoy sola con mis muchachos en una vereda de Santa Rita y para rematar mi mamá está toda enferma en Tapartó y no tiene quién la cuide, está solita, profe.

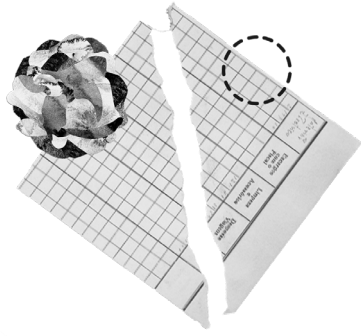
Entre las tensiones propias de la situación, los interminables debates y el esfuerzo por mantener a flote y enganchados a los estudiantes, la salud termina pasando factura; las noches de insomnio, el dolor de la ausencia y el cansancio de la fría pantalla desquebrajan mi voluntad y mi cuerpo. Seis meses después las reuniones de profesores de la Institución Educativa Tapartó parecen no haber cambiado, los mismos debates, las mismas posturas, se dan vueltas en círculo para no llegar a ninguna parte. La pandemia visibiliza problemas de todo tipo y hace evidente aquello que era difícil de detectar cuando se estaba en la presencialidad. Después de tres horas en uno de esos debates pido la palabra, les digo a mis compañeros que quiero compartir algo escrito con mi puño y letra: **El otro yo**

“ No sé realmente quién escribe estas líneas, si soy yo o el otro yo.

Uno de los dos, no sé realmente cuál, solía reír a menudo, tenía la cabeza bien puesta, si es que en esta época eso es posible, disfrutaba de las pequeñas cosas, de la vida al aire libre y de las cuatro paredes del aula, la sencillez de quien aprende algo todos los días, de quien concibe la educación como acto de libertad, como acto de liberación, como el más humano de los actos.

Ese otro yo solía dormir mejor, solía soñar más, solía disfrutar más. Ese, el otro yo, caminaba más despacio y aceleraba la vista hacia el horizonte o hacia un pájaro o hacia las maravillas que el camino y la montaña le mostraban a su paso. El otro yo, en momentos de desesperanza y soledad y con cierto vaho de melancolía, pensaba en el viaje del día siguiente, en el camino a la escuela, en los estudiantes, en el descanso, en el corretear y las risas, en el olor a arepa, a huevo, a patacón y a las empanadas de la tienda. “Maestro, ¿qué está leyendo?”, “Buenos días, maestro”, “Silencio por favor, voy a llamar a lista”, “Presente”, “No vino”, “Está enfermo”, “Guarde el celular”, “¿Quién quiere participar?”, “La tarea, por favor”.

Uno de los dos, no sé realmente cuál, parece llevar una pesada carga sobre sus hombros, los desvelos y la incertidumbre, la cabeza en mil cosas a la vez, los dolores del alma y del cuerpo, la sensación de abandono.



El otro yo permanece anclado a una silla, inerme frente a una pantalla, esperando una respuesta, un mensaje, una explicación. El otro yo se desconcentra fácilmente, le tiembla la voz, un hormigueo recorre su ser y siente que la vida se le va esfumando entre las paredes de su habitación. Un estudiante le decía: "Profe, esto no es estudiar" y el otro yo respondía: "Tranquilo que para mí esto tampoco es enseñar".

El otro yo no cree en algoritmos, en engranajes, en mágicas pócimas virtuales. Yo mismo lo creo así y apoyo al otro en su obstinada campaña: no hay educación sin encuentro, no hay aprendizaje sin interacción. Una escuela vacía no dice nada, una pizarra en blanco tampoco y la pantalla es solo un lugar frío y sin alma.

Ahora me doy cuenta de quienes ven la escuela como un "escampadero", quienes la ven como un lugar de paso, a quienes les tocó estar aquí, a quienes la vida, que a la vez es viaje, les compró tiquete para estas tierras.

Me quedo mirando fijamente la pantalla, mis compañeros siguen en debate mientras que los estudiantes viven su propio drama, mientras que yo mismo trato de seguir en camino, mientras trato de seguir en el viaje.

TEJIENDO HISTORIA

en la formación docente

Mónica Yaqueline Betancur Álvarez*

*Maestra de la Institución Educativa Escuela Normal Superior Genoveva Díaz del municipio de San Jerónimo. Correo electrónico: mondarsy3310@gmail.com

Resumen

El presente escrito es una narrativa biográfica bordada con las principales experiencias acontecidas a lo largo de mi vida, las cuales han incidido en la vocación docente aportando en mi formación personal y profesional. Los hechos se narran hilando las ideas en un orden cronológico, retomando los primeros años de mi vida, evocando la influencia del núcleo familiar, escolar y social. Además, se unen con hilos de colores a las prácticas vividas con diversas poblaciones y contextos a lo largo de mi desempeño docente. Finalmente, se entrelazan fibras del amor, el compromiso, la investigación, los conocimientos y saberes, la reflexión, el cambio de paradigmas y las nuevas ideologías. Todo esto ha sido esencial en mi proyecto de vida y en el desempeño profesional para contribuir a la formación de las futuras generaciones y en la transformación de la sociedad.

Palabras clave

Formación, vocación, vida, maestra, transformación.

El principio de esta historia acontece el seis de agosto de 1974, cuando en el municipio de San Jerónimo me otorgan el nombre de Mónica Yaqueline Betancur Álvarez. Soy procedente de una familia humilde, de principios religiosos y morales, de tradiciones culturales y con un hermoso legado familiar en la profesión docente. Hoy evoco el ayer en la búsqueda de mi vocación, cierro mis ojos y escudriño en los más remotos recuerdos el momento en que surgió en mí el deseo de ser maestra. Entonces, revivo la imagen del núcleo familiar, un hogar bien constituido por mis padres, abuelos y tías, quienes en su mayoría ejercieron esta hermosa profesión. De estas personas admiraba su cariño, la formación y la calidad de vida que tenían, pues gozaban de buenas condiciones económicas y fueron quienes me ayudaron en el estudio para salir adelante.

En 1977 mis padres me ingresan al Hogar Infantil Senderito del municipio de San Jerónimo, que considero como mi segundo hogar porque allí encontré amor, cuidado, educación y bienestar; ese lugar era mágico. Allí me sentía como una princesa en un cuento de hadas, viviendo en un castillo gigante, rodeada de muchos juguetes, materiales, alimentos y personas que solo se esmeraban por hacerme feliz. Como si estuviera impregnado en mi pensamiento, conservo el retrato de mi primera maestra: Blanca Oliva Pulgarín, una mujer

excepcional dotada de grandes virtudes. Me enseñó a reír, soñar, imaginar, crear, compartir y aprender mediante el juego, la música y el arte. Los mejores momentos de mi infancia los viví en ese hogar infantil porque allí me enseñaron cosas útiles y significativas para mi vida, como relacionarme con otros, practicar hábitos alimenticios, normas de higiene y de comportamiento: todo mediante la pedagogía del amor.

Inolvidables momentos perduran del ayer, cuando los procesos de aprendizaje eran significativos para mí. Aprender a amarrarme los zapatos fue toda una fiesta en la que con cantos, pintura, cuentos y cintas de colores jugaba y me divertía practicando esta actividad una y otra vez. Es así como este acontecer logró ir despertando en mí una gran motivación por la docencia y el referente de vida de mis familiares y maestras logro avivar el deseo de ser como ellas.

En 1981 inicié estudios en la básica primaria de la Escuela Leonor Mazo Zabala, un lugar acogedor. Allí se respiraba orden, disciplina y buenas relaciones interpersonales, estudiaba solo con mujeres y contaba con la presencia de excelentes maestras quienes eran amables, responsables, didácticas y comprometidas con su labor. Aun así, la magia de este cuento se convirtió en pesadilla porque esta princesa era atacada por múltiples problemas familiares a causa del alcoholismo de su padre; instantes de escasez económica, de temor y violencia perturbaban la paz y la tranquilidad. En ese momento la escuela se convirtió en mi refugio, mi sostén y apoyo incondicional. Además, recuerdo la calidad humana de las maestras, fueron ellas quienes tendieron su mano a mi familia mediante acciones de solidaridad.

En este trasegar con los mejores deseos de superación y ser alguien importante en la vida para salir adelante y ayudar a mi familia, continué los estudios de bachillerato en la Escuela Normal Superior Genoveva Díaz, en el periodo comprendido entre 1986 y 1991. Esta institución era liderada por las hermanas Teresitas del Niño Jesús, quienes me inculcaron principios religiosos y morales que influyeron significativamente en mi forma de ser y actuar. Así mismo, maestros idóneos, creativos e innovadores en sus prácticas pedagógicas inspiraron en mí el deseo de seguir sus pasos en la docencia.

Mi primera práctica pedagógica fue única, me correspondió enseñar en el grado primero. Aún recuerdo aquellos cuarenta estudiantes, todos hombres, de la escuela Joaquín Zapata Avendaño, entre los seis y siete años. Yo era una joven muy tímida, penosa y tenía un tono de voz bajo. La maestra acompañante nos entregó el grupo y yo estaba muy asustada, llevaba diversas

estrategias metodológicas y gran variedad de material didáctico para garantizar el éxito. De repente un clima de indisciplina invadió el aula, algunos estudiantes conversaban y otros jugaban; por más que esforzaba mi voz para solicitar silencio, ellos con sus comportamientos me ignoraban. Observé en la ventana del salón a la hermana Rosalba Zapata, coordinadora de práctica, me sentí muy mal, impotente sin saber qué hacer. Ella procedió a intervenir al grupo y dijo: "Permiso, profesora Mónica, es que estos angelitos están cansados", y preguntó: "¿Niños quieren jugar?". Ellos, al unísono, respondieron que sí. Entonces, la coordinadora los invitó a formar un tren y al son de una canción se desplazaron por el aula de clase, demostrando tener el control del grupo. Sin embargo, en el momento menos esperado los estudiantes aceleraron el paso y cayeron al piso unos sobre otros. La mayoría cayó sobre la coordinadora, quien perdió su cofia, dejando su hábito religioso desordenado y su rapada cabellera al descubierto. Ella consternada se levantó y me dijo: "Estos no son unos angelitos sino unos diablitos" y se fue del lugar. Descubrí entonces que en cuestión de educación todos podemos interactuar con los estudiantes y buscar múltiples estrategias de enseñanza, pero, a pesar de esto, nadie tiene los resultados esperados o el éxito al alcance de sus manos. La docencia es cuestión de amor, de compromiso y de tiempo.

Adquirí muchos aprendizajes de la práctica pedagógica y obtuve el titulo como bachiller pedagógica en el año 1991.

En el año 1992 este sueño se hizo realidad. Tuve la oportunidad de desempeñarme por dos años como docente en la Escuela Rural Nueva Santa Ana de la vereda Caracolal, perteneciente al municipio de Uramita, Antioquia. Esta localidad se caracteriza por ser una tierra productiva con una diversidad de pisos térmicos, por lo que ofrece gran variedad de productos agrícolas. Allí pude confirmar el deseo de ser maestra superando las más duras pruebas al interactuar en una comunidad rural; su cultura, costumbres y condiciones de vida eran muy ajenas a mi realidad. Yo era una joven maes-

tra de diecisiete años, sin mucha experiencia para liderar una comunidad educativa que desvalorizaba mi trabajo como consecuencia de la mala imagen que los maestros anteriores habían dejado en la comunidad. Fue un proceso arduo ganarme la confianza y el aprecio, pero con el tiempo se fortalecieron las relaciones entre la escuela y la comunidad; logramos significativos proyectos con el aporte de todos. De esta forma entendí que el maestro es un modelo de vida y un líder para el progreso y el desarrollo de las comunidades.

En 1994 me contrataron del municipio de Dabeiba, tierra de cultura étnica. Me desempeñé como docente en la Escuela Urbana Víctor Cárdenas, en el grado primero. Enseñé a niños protegidos por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) que convivían con familias sustitutas. Más que su maestra fui una madre para ellos. Eran niños que necesitaban de mucho amor y apoyo para vivir en medio de tanta adversidad. En el aula de clase se presentaban múltiples problemáticas en la convivencia escolar y era notoria la falta de acompañamiento de los padres tutores, entonces se realizó un trabajo pedagógico de la mano con el ICBF y otras entidades municipales. De ahí me quedó la concepción de que el maestro es un ser valioso que desde la parte humana contribuye en la vida de sus estudiantes.

El 18 de mayo de 1994 me vinculé al magisterio con la Secretaría de Educación de Antioquia del municipio de Peque, pueblo del occidente antioqueño y de tradición campesina, de gente humilde y trabajadora, de bajos recursos económicos y víctima del conflicto social por grupos armados. Recuerdo el primer día que llegué allí, una compañera me invitó a conocer el municipio y yo encantada acepté. Nos sentamos en una banca del parque frente al comando de Policía y, en medio del silencio, se escucharon tres disparos al aire. La compañera me lanzó al piso, era el inicio de una toma guerrillera y fue una noche de angustia y temor. Al día siguiente, tres grupos guerrilleros se habían apoderado del pueblo, observé cómo destruyeron el comando de Policía, la alcaldía, algunos lugares públicos y hogares. Nos congregaron a todos en el parque principal y de repente mis ojos contemplaron el maltrato y la humillación de catorce valientes policías a quienes sacaron del comando esposados y casi desnudos. Aquella escena me conmovió mucho más al escuchar la voz de angustia del sacerdote mientras imploraba perdón y misericordia para ellos, suplicaba que por amor a Dios respetaran la vida. Fue así como los condujeron a la iglesia católica y allí los dejaron encerrados. Esos grupos al margen de la ley saquearon todos los lugares comerciales y dejaron el pueblo en medio de escombros, desastres y pobreza. Para esta fecha habíamos llegado doce docentes

recién nombradas, solo quedamos cuatro. La situación era difícil, pero renunciar a nuestros sueños no era una opción. Por tanto, en medio de la adversidad sentí más la necesidad y el deseo de seguir porque no era solo mi vida, era la de una comunidad que clamaba a gritos la presencia de un maestro que les brindara educación. Era como una esperanza de vida para un futuro mejor.

Durante tres años me desempeñé como docente de la Escuela Rural Integral Romeral, en la vereda El Chamizo, y un año en el colegio Presbítero Rodrigo Lopera Gil. Como una guerrera aprendí a vivir en medio de la violencia por el conflicto armado, siempre en la defensa del derecho a la educación y de contribuir al mejoramiento de la calidad de vida de niños y jóvenes. En 1998 fui traslada al corregimiento de Guintar en el municipio de Anzá, tierra minera, de café y ganadería, comunidad vulnerada por grupos al margen de la ley. Allí ejercí mi labor como docente del área de Lengua Castellana y Educación Ética y Valores. Aprendí mucho del acontecer dentro y fuera de la institución, allí reinaba el temor y el silencio, todo era contradictorio: niños, jóvenes y adultos con diversas ideologías políticas y Sociales con distintas formas de concebir la realidad. Me convertí en lectora del entorno, analista de las problemáticas y conflictos sociales que emergen en la sociedad en el momento actual y que afectan a nuestras comunidades campesinas.

El municipio de Anzá es uno de los más antiguos de Antioquia, se encuentra ubicado a orillas del Río Cauca. Su gente se caracteriza por ser amable y sencilla, de costumbres y tradiciones arraigadas de sus ancestros. Su piso térmico proporciona a sus habitantes una variedad de alimentos gracias a la riqueza de su tierra, pero con pocas fuentes de empleo. En el año 1999 laboré allí como docente de bachillerato orientando las áreas de Educación Ética y Valores, así como de Religión. Fue gratificante aportar en el proyecto de vida de muchos jóvenes que se esforzaron por continuar sus estudios y buscaron otras oportunidades laborales. Reconstruyendo el tejido de mi vida profesional evoco la llegada, en el año 2000, a la Institución Educativa Escuela Normal Superior Genoveva Díaz del municipio de San Jerónimo. Estaba cargada de grandes experiencias en el contexto rural y urbano de los municipios de Uramita, Dabeiba, Peque y Anzá, ubicados al occidente del departamento de Antioquia. Hoy, tejiendo hilos del saber pedagógico, de diversos colores y matices, pigmentados de grandes expectativas, temores, metas y sueños por cumplir, continúo construyendo mi proyecto de vida.

Este reencuentro con mi pasado, con la tierra que me vio nacer y crecer, y de una manera especial con la institución que me formó, revive en mi interior múltiples emociones y sentimientos, pues tengo la oportunidad

de ser maestra como lo visioné desde niña, pero al vivirlo hoy es mucho más significativo y valioso. Ahora tengo más arraigada en mí la vocación docente y día a día me esfuerzo por ser mejor persona y profesional. Disfruto de una oportunidad única y sin igual: la de regresar a mi hermoso municipio y ser parte de aquella prestigiosa institución que me dio las primeras puntadas para la labor docente. Este centro educativo aportó significativamente en mi vida mediante una formación cimentada en normas, valores y principios morales inculcados por la congregación religiosa de la Escuela Normal. Además de experimentar una excelente formación pedagógica y didáctica de ilustres maestras que hoy en día son mis amigas y compañeras, asumí con empeño y responsabilidad el reto de ser maestra de básica primaria y acompañar procesos de formación de maestros. Allí dejÉ ver mi intención de ser cada vez mejor y la Escuela Normal me permitió avanzar profesionalmente en diversos niveles. Fue así como tuve la oportunidad de trabajar en la básica secundaria, orientando las áreas de Inglés, Lengua Castellana, Fundamentación Pedagógica y Práctica Pedagógica Investigativa, escalando hasta llegar al Programa de Formación Complementaria de Maestros, un gran reto en mi ejercicio docente. Allí se teje un gran nudo en los procesos de investigación y sentía la necesidad de cualificarme en este aspecto.

Entonces, ingresé a la Red de Maestros Investigadores de las Escuelas Normales de Antioquia (Redmena), creada a partir de la reflexión de maestros y maestras inquietas y apasionadas por el tema de la investigación, herencia de la docente Irene Zapata, maestra, amiga y compañera, quien depositó su confianza en mí para el relevo generacional. Desde hace siete años pertenezco a Redmena, la cual cuenta con el acompañamiento del Grupo de Investigación Calidad de la Educación y Proyecto Educativo Institucional, de la Universidad de Antioquia, dirigido por el profesor Rodrigo Jaramillo Roldán. En sus encuentros mensuales se realizan procesos de investigación y cualificación docente mediante la escritura de artículos para la publicación de libros de educación. También participan en eventos nacionales en pro de la calidad de la formación de los maestros que requiere la sociedad actual, con miras a una verdadera transformación social.

En el año 2018 me uní al Centro de Pensamiento Pedagógico del Occidente Antioqueño, liderado por la Secretaría de Educación de Antioquia y orientado por la Universidad Uniminuto. A través de este recibí formación en investigación, técnicas e instrumentos de investigación, cultura escolar y profesionalidad pedagógica, cartografía, escritura de artículos y relatos académicos para la publicación en la obra *Voces de maestros por*

la paz y relatos de experiencias maestras. Desde el año 2020 hago parte de la Red de Escuelas Normales Superiores de Antioquia (RENSA), la cual nace como una iniciativa de los rectores para conformar un equipo en donde se fortalezcan los procesos formativos entre las Escuelas Normales. La RENSA es liderada por Julián Andrés Corrales Gil, delegado de la Secretaría de Educación del departamento, y ha aportado en mi formación personal y profesional desde la reflexión pedagógica y la discusión en la construcción de saberes. En este momento histórico que vive la humanidad he participado, desde la virtualidad, en conversatorios entre docentes y directivos en torno a temas que conciernen a la educación, la pedagogía y la investigación, para asumir nuevos retos de la educación en tiempos de pandemia.

Día a día me siento más enamorada, comprometida y feliz de la labor que desempeño, por ello la realizo con todo el amor y el profesionalismo que se requiere. La Escuela Normal ha aportado saber pedagógico e investigativo, cualificando mi desempeño profesional. También ha propiciado la reflexión sobre mi quehacer docente, cambiando ideologías y paradigmas tradicionales, dándole sentido a mi proyecto de vida, por el cual siento gran satisfacción gracias a que ha contribuido a la formación de futuras generaciones. Con esta bella historia han transcurrido veintiocho años de experiencia docente. He tenido la oportunidad de desempeñarme en el contexto urbano y rural en los niveles de preescolar, básica primaria, secundaria, media y en el programa de formación complementaria. También he aprendido que la vocación docente se afianza en el acontecer diario de la vida, en el contacto con los estudiantes y en el ejercicio mismo de tan sublime labor. Mi mayor motivación es el amor a la docencia y a los estudiantes, es lo que me permite seguir aportando significativamente en cada una de sus vidas, al igual que continuar tejiendo nuevas historias en la formación docente, de la misma manera que otros inspiraron en mí el deseo de ser maestra.

UN ARCOÍRIS CON PIEL DE ÉBANO

Martha Ofelia Borja Córdoba*

*Maestra de la Institución Educativa Rural Palmira del municipio de El Peñol. Correo electrónico: lanegraborja@hotmail.es

Aquí inicia una parte de la historia que me ha permitido evolucionar y estar unida a una comunidad maravillosa, donde he logrado aprendizajes significativos para mi vida y la de mi familia. Escribir es de las artes más antiguas que han existido a lo largo de los tiempos, y es la que nos evoca a liberar y expresar los sentimientos y emociones de la vida diaria, unos vistos con dolor y otros que despiertan los sueños de cada vivencia.

Hoy narro y plasmo mi historia de vida a través de unas líneas en donde manifiesto mi experiencia cuando el 19 de enero de 2008, a las cinco y media de la mañana, llegué a la vereda La Magdalena del municipio de El Peñol. Me transporté en un bus escalera o "chiva", como se conoce en la mayoría de los municipios de Antioquia. A lo largo del camino divisé paisajes maravillosos llenos de vida y color, de esos que solo se ven en los cuentos de hadas, pero también encontré calvarios que hacían honor a los seres queridos que perdieron su vida trágicamente en lo que comúnmente se conoce como la época de la violencia. Mi ruta terminó donde empezaban unos rieles de cemento algo rústicos y ya muy desgatados, y así inició un capítulo lleno de angustias y de momentos gratos que llevo y guardo en mi corazón.

—Señora, usted para donde va, que viene hacer acá —me dijo un señor que pasaba a alimentar unas vacas en un potrero cercano. Lo miré fijamente y saludé.

—Soy la nueva docente.

—Usted tan negrita fue que se equivocó de lugar, ja, ja, ja. —Le sonreí.

—Señor, gracias, pero deseo saber su nombre y cuál es la escuela para empezar mi labor. Me place mucho saludarle. Continué mi camino, la verdad tenía mucho sueño ya que desde las cuatro de la mañana había llegado a la terminal de transporte de El Peñol.

Miré el reloj y me quedé sorprendida porque al llegar a la escuela no había nadie. Me preparé con muchas ansias para recibir a mis estudiantes y, saben, sentí un hoyo en la barriga, como decimos coloquialmente. Solo recordar esos momentos me genera una mezcla de emociones. El frío y el miedo me acompañaron en la espera. No había querido ingresar al interior del centro educativo, quería que el presidente de la junta de la vereda me la entregara, como sucedía siempre en las comunidades alejadas del pueblo. Escuché el silbido de los pájaros y vi la imagen de una virgen, de color azul y de unos dos metros de altura, que se erguía al frente de la escuela y que es nuestra protectora.

A eso de las ocho y diez de la mañana fueron llegando los educandos, veinticinco en total, de entre cinco y once años por lo que alcancé a observar. Esos veinticinco es-

tudiantes eran de diferentes grados, desde preescolar hasta quinto de primaria, modalidad Escuela Nueva, y yo era su monodocente. Me miraron muy sorprendidos, algunos con curiosidad, otros con miedo, otros murmuraban entre sí, la verdad no sabía qué estaba pasando. No era normal que me sintiera "escaneada" por todos los estudiantes a la vez, e incluso por los padres que iban a llevar a los más pequeños. Algunos me miraban como si en mí encontraran algo desconocido, tal vez porque ellos eran niños y niñas muy blancos, algunos de pelo rubio y ojos claros, como es muy común en Antioquia. Allí iniciaría un mundo de aventuras por descubrir y encontraría un arcoíris diverso, lleno de vida y con más de un misterio por resolver. Recuerdo estos sucesos como si hubiera sido ayer y puedo ver aún los rostros de esos seres que ya están bastante creciditos y que incluso les cuentan a sus hijos cuál fue el temor que sintieron al ver a su profesora negrita, como de chocolate.

Algo quizás tejido desde el destino ha sido la experiencia de ser docente en la sede La Magdalena, que está colmada de anécdotas, unas que por su emotividad forjaron mi carácter y pusieron a prueba mis ideales; y otras que llenaron de satisfacción mi ser por los logros que se evidenciaban día a día. Recuerdo el asombro de mis primeros estudiantes y sus padres al ver que su profesora era de piel negra. De regreso a sus casas decían: "Mamá, mi profe es negrita, tan negrita que me da miedo tocarla". Uno de los padres de familia retiró a sus niños de la escuela porque no quería que una negra les enseñara. Otros, perturbados por mi color de piel, sentían temor de enviarlos a clase. Para mí era entendible, ellos nunca habían tenido contacto con alguien de raza negra. Recuerdo también que Amparo Giraldo, la jefa de núcleo del momento, tuvo que hablar con la comunidad educativa para que me aceptaran y me dieran la oportunidad de trabajar y compartir costumbres y tradiciones diferentes.

Los primeros meses fue muy difícil acercarme y enseñarles a mis estudiantes, me sentí rechazada porque ellos no manifestaban confianza en mí. A través de sus ojos solo podía ver angustia y miedo, ¿será que temían que esta negrita se derritiera como el chocolate o que al tocarme les quedara la piel negrita como el carbón? Sin duda alguna el rechazo fue permanente, manifestaban no entender lo que yo les decía. En ocasiones, algunos padres de familia llegaban muy disgustados a la escuela: "No sé para qué la mandaron a usted a enseñar acá, viendo que usted no sabe nada", me decían. A otros les daba tristeza que yo les estuviera quitando el puesto a personas del municipio. Muchas veces pensé en pedir traslado, pero me acordé entonces de una frase de mi madre: "Nunca te rindas sin buscar una solución, si no puedes con el enemigo únete a él".

Y como la mejor escuela está bajo el sol, un día les propuse a mis estudiantes hacer intercambios culturales.

—¿Eso qué es? —preguntó Luis Eduardo Monsalve, estudiante del grado quinto.

—Ya les cuento —contesté muy animada.

A cada uno le entregué un cuaderno de cincuenta hojas marcado con el nombre.

—Como ustedes dicen no entenderme, hoy trabajaremos un diccionario o vocabulario étnico. Así, por ejemplo, lo que ustedes llaman "lancha" y les sirve para transportarse por la represa, nosotros le decimos "canoa" y es una embarcación que nos permite trasladarnos de un lado de la orilla del río a la otra.

Ese día les enseñé treinta palabras, muy bien explicadas, que usamos cotidianamente en el Chocó, donde yo me había criado. Ellos quedaron felices: "Ya podemos hablar con la profe y entendemos muy bien", comentaban y sonreían entre sí.

Otro día, muy alegre, entré a clase de danza con la grabadora y una música muy diferente a la que ellos estaban acostumbrados.

—Profe, que música tan bullosa, nunca la habíamos escuchado por acá —decían mis estudiantes.

—Es chirimía del Pacífico y hoy en la hora de danza vamos a aprender a bailarla. ¡Un, dos, tres, palmadas!, ¡un, dos, tres, vueltas...!

Así fueron pasando los días, con mis estudiantes cada vez más curiosos por mis costumbres ancestrales.

—Profe, cuéntame qué es eso que traes en la cabeza que te hace juego con los colores del delantal de muñequitos, ¿cómo se llama?, me gustaría usarlo a mí también —me dijo una de las estudiantes.

—Es un turbante y es algo muy significativo para mi etnia negra, pues ha sido usado desde la época de la esclavitud por las lavanderas, para cubrirse del sol cuando tenían que ir al río a lavar la ropa —le contesté muy orgullosa.

Y les enseñé a las niñas cómo ponerse un turbante. En la clase siguiente les llevé el tema de las trenzas africanas y les hablé de cómo las mujeres negras exponían sus vidas para trazar el camino de la libertad. Me di cuenta de que mis estudiantes iban cambiando de actitud y de que las clases eran más interesantes para ellos, y a su vez se sentían muy felices y a gusto. Valía la pena la madrugada, el frío y los trasnochos, todo con el fin de enseñarles cada día algo de mi cultura, de dónde vengo yo y cuáles son mis raíces. Surgió así una gran idea: ¡enseñar etnoeducación!, un proyecto que se convertiría

en la experiencia significativa “Del sueño a la realidad”, ganadora en el 2015 del Premio a la Calidad de la Educación Antioquia la más Educada.

Escogí el día miércoles y en la hora de Sociales escribí en el tablero: “Etnoeducación cada ocho días”. Cada semana elegía un tema diferente. Por ejemplo, hablábamos de costumbres gitanas, de su forma de trabajar, de cómo se vestían los indígenas, de sus lenguas, de por qué las mujeres indígenas son las que deben sembrar. Cada vez que les enseñaba era general el asombro y se interesaban por saber más. “Hoy toca algo nuevo, aprenderemos mucho”, se escuchaba por los pasillos de la escuela. Empezaron a llegar notas de las familias en el cuaderno viajero: “Qué bueno profe que les enseñaras este tema, nosotros desde la casa también estamos interesados en aprender”.

Desde el 2010 tenemos conformado el grupo de danza Anchope (Antioquia, Chocó, Peñol), que nos representa en el municipio y en la región y que en varias ocasiones ha sido ganador de premios y reconocimientos. Esto permite que personas de otros municipios nos visiten y nos hablen de temas étnicos.

En el 2013 llegó a preescolar Nasly Ximena Gil Franco, una niña de cinco años, de ojos negros y grandes y pelo largo. Era muy dinámica para todo. Se integró de una manera rápida al grupo y aprendía con facilidad los temas étnicos, bailes, danzas y poesías. Aprendió a valorar la diferencia. En una reunión de padres de familia escuché con sorpresa un comentario: “Ximena es igual a la profe, solo le falta tener el mismo color de piel”. En ese momento me di cuenta de que por fin me habían aceptado. Hoy Ximena habla y disfruta narrando lo enseñado por esta negrita de chocolate, y se gana los premios de baile cada vez que representa a la escuela y a la vereda en alguna presentación artística.

La aceptación de la diversidad cultural en La Magdalena también pasaba por la cotidianidad de la institución. A Teresa Valderrama, la encargada del restaurante escolar, le parecía muy difícil fritar un arroz con cabello de ángel o hacer un arroz con coco, pero ahora disfruta cuando las visitas le dicen: “Qué rico, me sentí en el Pacífico”. Y es que en La Magdalena ya no es novedad disfrutar de un arroz con longaniza, clavado o con camarón, cuando de recoger fondos para las actividades de fin de año se trata.

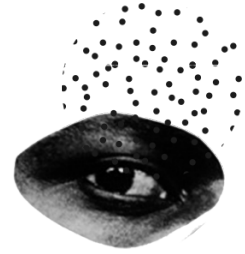
Hay algo más que ha marcado de una manera positiva a esta comunidad: la visita permanente de medios de comunicación como Teleantioquia, Radio Fénix, Tv Peñol y

el periódico municipal, que constantemente quieren saber de nosotros, de las presentaciones de los estudiantes y de los premios y reconocimientos que se han ganado por sus participaciones en diferentes actos culturales.

Grande fue mi sorpresa cuando en una reunión de padres de familia una mamá me dijo: “Gracias profe, mil gracias por enseñarnos que no eras diferente, que eres única, que al igual que el arcoíris es hermoso por la variedad de sus colores, eres única e irrepetible. Esa llegada tuya nos cambió la forma de pensar, les enseñaste a nuestros hijos que había otras culturas, costumbres y tradiciones diferentes”.

En la sede La Magdalena de la Institución Educativa Palmira hemos aprendido y comprendido que todas las personas son iguales, y las fases de la formación están fundamentadas en la práctica de valores virtuosos, la convivencia pacífica y el cooperativismo. Hablamos de justicia e igualdad, de la abolición del racismo y de la discriminación. Hoy, parte de mis metas se han cumplido y mis saberes se complementan con los saberes de la comunidad; contagio con mi alegría, comparto mi herencia histórica, mi identidad, y exhibo con orgullo el color de mi piel.

Somos como un arcoíris diverso, pero tenemos el mismo fin: hacer que nuestra vida sea tan única que valga la pena afrontar los retos y las oportunidades que se nos



presentan. Amar nuestra identidad es ver el sol brillar en nuestro ser y valorar lo que somos: una creación de Dios. Considero que cada uno de nosotros es un agente de paz formado en valores y principios, por eso, como lo decía Chopra, podemos entrenarnos para que cada vez que estemos tentados a reaccionar de la misma manera nos cuestionemos si deseamos ser prisioneros del pasado o pioneros del futuro.

LA RESILIENCIA EN LA VIDA:

camino para alcanzar los sueños

José Alexánder Cano Moreno*

*Maestro del Centro Educativo Rural El Espinal, sede Alto de Medina, municipio de San Pedro de los Milagros. Correo electrónico: alexandercano81@gmail.com

Resumen

En la presente biografía se hace un recuento de la vida y logros del docente en cuestión, donde describe aspectos fundamentales de su experiencia personal y profesional. Se hace alusión al arduo camino y a las carencias atravesadas, se demuestra el esfuerzo y las condiciones adversas que se sortearon en cumplimiento o búsqueda de un gran sueño, que al inicio no estaba muy claro, pero que se afianzó con el pasar del tiempo. Así mismo, en una secuencia cronológica se expone cada meta lograda y lo que implicó cumplir cada propósito.

Palabras clave

Resiliencia, amor, autobiografía, dedicación, esfuerzo.

***

Para iniciar, mi nombre es José Alexánder Cano Moreno. Nací el 24 de mayo de 1981, un domingo a las siete de la noche en el hospital de mi pueblo. Soy el cuarto de cinco hermanos, dos son mujeres y tres somos hombres. Mi madre, que fue madre soltera, ha sido una persona humilde y trabajadora que siempre ha luchado por sacar adelante a la familia. En el principio de mi vida fui un niño muy enfermo, padecía asfixia severa y mi madre debía permanecer conmigo en el hospital, estos padecimientos duraron hasta mis cinco años.

Hoy, a mis treinta y nueve años, recuerdo muchas cosas de mi niñez, pero otras me las ha contado mi progenitora, que a causa de las molestias que mi enfermedad le ocasionaba a su padrastro debía llevarme al cafetal y cuidarme allí. Ella también menciona que era un niño muy lindo y que por esa razón una enfermera del hospital quería hacerse cargo de mí y le pidió que me regalara. La verdad no sé qué sería de mí si me hubiera dejado con ella, ¡gracias a Dios no fue así!

Al formar parte de una familia muy humilde y vivir con mis cinco hermanos, la situación fue muy difícil económicamente; pero a pesar de todas las adversidades hoy estoy aquí contando mi historia. En mi infancia jugaba con mis amigos del barrio y trataba de ayudar en algunos quehaceres de mi casa, que incluían ir a preguntar la hora o a prestar un cuchillo en la casa de la vecina, porque carecíamos incluso de esto; pero a falta de dinero y de cosas materiales estaba siempre el amor, la unión, la entrega y un deseo constante de superación.

A la edad de seis años ingresé a estudiar. Al principio fue difícil, pues muchas veces debía aguantar hambre

toda la jornada. Así duré hasta mediados del grado tercero en la escuela del barrio, llamada Veinte de Julio; y aunque siempre estuve empeñado en salir adelante, a los ocho años decidí abandonarla, y es aquí donde el rigor de la vida me ayudó a madurar antes de tiempo.

Recuerdo como si fuera ayer el motivo: una profesora, más bien un ogro. Era una mañana de lunes, llegué des-animado y con hambre a la escuela. Ya estaba cansado de tantos maltratos por parte de la docente. Los castigos eran variados: golpes en las manos con una enorme regla, pararse a un lado de la pizarra con las manos arriba sosteniendo algún objeto y, el más usado por la señora, el pellizco en el hombro, que me parecía que se quedaba con un trozo de mi piel. Ese día en particular debía hacer un dibujo en una hoja amarillenta que dio a cada estudiante, después había que pintarlo con vinilos. Un compañero pasó rápido y de mi pupitre tiró al suelo uno de los recipientes, que se regó en el piso. La maestra no dijo nada, me puso de pie con un pellizco, me dio varias veces con la regla y me paró al lado de la pizarra sosteniendo unos libros. Este fue el detonante para odiarla y no querer estudiar más.

Ese día llegué a mi casa, le dije a mi madre lo que sucedió y añadí que no volvería nunca más a esa escuela. Mi madre, con ánimos de evitar que me retirara, me respondió: "Hijo si estudia se queda y si no, yo escasamente tengo para mantener a sus hermanos". Yo, con la indignación más grande del mundo al recordar lo que había vivido en la escuela, no dudé en irme de la casa y desde ese día me dediqué a trabajar en fincas cercanas al pueblo. Caminaba buscando trabajo y como salario solo pedía comida para mí y que los fines de semana me dieran algún producto de la finca (tomates, papas, yucas) para llevarle a mi madre. Hacía lo que fuera, de sol a sol, con tal de no volver al infierno que era la escuela.

Pasaron los días y llegué a la casa de una profesora del casco urbano del municipio, ella me vio trabajando y me pidió que le desyerbara un pequeño solar. Le dije que sí, pero que yo primero debía hablar con mi madre para que me recibiera en la casa de nuevo, así fuera por unos días, puesto que estaba en una finca trabajando por la comida y ya estaba aburrido porque desde hacía varios fines de semana no me daban nada para llevar a mi hogar. Al informar a mi madre de mi regreso a casa, naturalmente se mostró muy emocionada y feliz. Aceptó, aunque tuviéramos las mismas carencias de siempre.

Recuerdo que al día siguiente llegué a la casa de la profesora, ¡y qué casa más hermosa y grande!, ¡Dios mío! Yo nunca había visto algo así, ¡qué casa! Todo allí era hermoso, había de todo. Callé mi asombro y cuando iba a empezar a trabajar, la maestra, con voz cariñosa, me dijo: "Ven,

Alex. Ese es tu nombre, ¿verdad?". Un poco apenado le respondí que sí, y ella me llamó a desayunar. ¡Qué desayuno!, comí como si fuera la primera comida de mi vida y seguí con mis labores. Al almuerzo sucedió algo similar y al terminar, en la tarde, aquella querida docente, maestra de corazón, me ofreció un algo y aprovechó para regalarme alguna ropa y hablar conmigo sobre mi estudio.

Como era de esperar, de inmediato mostré mi desagrado por el tema, a lo que la maestra se sorprendió y me interrogó. Le conté mi historia y se mostró indignada, pero ante todo con deseos de ayudarme. Ella, en menos de media hora, me convenció de regresar a mis estudios, pero en la institución urbana donde laboraba, y así fue como los retomé. Según Freinet (citado por Sánchez, 2018), "la educación no es una fórmula de escuela sino una obra de vida" (párr.2), y eso fue lo que hizo esta docente. Comprendí que estudiar no era malo, que los malos eran quienes no amaban su profesión ni les importaban las situaciones personales de los demás.

Bueno, con ayuda de mi ángel guardián, una maestra en todo el sentido de la palabra, culminé el grado tercero y por buenas notas y demás hice cuarto y quinto en acelerado, un programa de la institución que permitía hacer estos dos años en uno. Me gradué de grado quinto con mención de honor y con un especial agradecimiento por aquella persona que le dio buen rumbo a mi vida, una maestra de verdad, una maestra con vocación, a quien después de más de treinta años le doy infinitas gracias.

Continué con mis estudios de secundaria en el colegio Simón Bolívar, allí hice hasta el grado séptimo, y a pesar de mi anhelo por seguir debí abandonarlos de nuevo para irme a trabajar a Medellín y poder ayudar a mi madre y a mis hermanos. Luego regresé a trabajar en fincas, esta vez con un sueldo, que no era mucho pero que me servía para mis fines. Mas tarde ingresé a la Institución Educativa Jaiperá, la cual ofrecía en el sabatino el programa de Formación Técnica en Convivencia y Paz. Allí culminé mis estudios de secundaria, trabajaba de lunes a viernes, estudiaba sábados y domingos y después de muchos esfuerzos pude graduarme, en el 2005, con honores del programa.

Pasaron varios años y trabajé en distintas cosas. Fui administrador de una funeraria, de una carpintería y portero en una discoteca, donde por una persona ebria recibí una puñalada que ingresó un centímetro en el ventrículo derecho de mi corazón y que me obligó a atravesar una operación de seis horas, con una probabilidad del cincuenta por ciento de no sobrevivir; pero aquí estoy.

Cuando desperté me visitó el cirujano y me dijo que Dios me tenía para cosas muy malas o muy buenas, pues había sobrevivido. Gracias a Dios fueron buenas. Después de esto siguió mi recuperación y mi vida tomó un enfoque nuevo. Empecé a pensar qué quería hacer con mi vida y qué rumbo tomaría. Con ayuda de un amigo inicié a trabajar en la administración de una cafetería ,y a los días me inscribí en un programa especial adoptado por la Escuela Normal Superior del municipio, en donde se admitían estudiantes de otras técnicas diferentes a la Pedagogía, con un año de nivelación para continuar con el ciclo complementario. Vi la oportunidad y con ayuda de terceros ingresé.

Fueron tres años de mucho esfuerzo y dedicación. El horario era de siete de la mañana a seis de la tarde, pero solo de lunes a viernes, lo que me permitía trabajar sábados, domingos y festivos. Era difícil, en muchas ocasiones sentí desfallecer; pero prevalecieron mis ganas de salir adelante, de ser un gran maestro inspirado en aquella maestra de mi niñez, y con la certeza de que nunca sería como aquella profesora que me hizo perder la fe. Empecé con miedo, con grandes interrogantes, y me dediqué con alma, corazón y vida a mi sueño, trabajo y estudio.

Otro aspecto de mi formación profesional fueron las ayudantías y practicas pedagógicas, donde desarrollé diversas actividades de interacción con la sociedad. Lo más importante fue el reconocimiento del medio social, cultural y natural de las comunidades, algo que pude hacer en varios contextos, ya que dichas actividades las ejercía en instituciones del casco urbano, rurales e indígenas. Estas últimas ubicadas a dos días de camino del casco urbano del municipio, donde viví una experiencia única, difícil; pero formadora en vivencias y en paisajes hermosos y nuevos para mí.

De esto recuerdo la fauna, la flora y una gran tormenta que nos cayó de sorpresa en plena selva. No había dónde escamparse o resguardarse de la tormenta y debíamos cruzar el río en cadenetas humanas, sin que hubiese un mínimo error, pues si alguien se soltaba posiblemente no salía. Esto generaba una combinación de entusiasmo, de sorpresa, de miedo, de cansancio, pero siempre tuve el ánimo de cumplir con mi misión. Evoco de esta etapa un sin fin de cosas: las tradiciones de los indígenas, sus lugares de vivienda, su sistema de gobierno, su composición familiar y algunas palabras en emberá katío, entre ellas *wera* (mujer) y *kapunia* (hombre blanco).

También debo agregar mis vivencias en la Escuela Normal primaria y secundaria, en el preescolar de la institución Jaiperá, en la escuela 20 de Julio, la de mis pesadillas; en los CER La Clara del Maravillo; CER Montañitas, del municipio de Urrao; y CER Asesi, del municipio de

Caicedo. En el anterior compendio hubo diversas experiencias, la mayoría muy buenas y formadoras, con gente maravillosa, con maestras que cada día velaron por mi bienestar y mi buen desenvolvimiento en los diversos temas y actividades, con estudiantes que me mostraron cómo enseñar con amor, que en combinación con las pedagogías recibidas en mi Escuela Normal construyeron en mí el docente de mis sueños.

En el año 2011 me gradué como normalista superior, ¡qué felicidad! Después de tantos momentos hermosos y tantos trasnochos por fin era docente, por fin vi en la cara de mi madre un sí se pudo, un "este es mi hijo y es profesor"; pero esto apenas era el inicio de un nuevo camino, un camino para el cual me estuve preparando por tres largos años y que ansiaba empezar a recorrer pronto.

En el año 2013 tuve la oportunidad de presentarme al concurso de méritos de ingreso a la carrera docente del Ministerio De Educación Nacional (MEN). Seguía mi interrogante, esta vez sobre si había pasado o no. La única opción era esperar, en el transcurso del año salían los resultados. La dicha más grande fue un premio a mi esfuerzo, ¡pasé, pasé! No cabía de la felicidad. Yo continuaba a la espera del nombramiento, y mientras esto sucedía seguía ayudando los fines de semana en la cafetería y aprendí a trabajar en la construcción y la instalación de redes eléctricas, por lo que me desenvolvía en una empresa como ayudante de obra y electricista. Después opté por renunciar a la cafetería para ejercer mi primer trabajo como docente en el municipio de Betulia, con la Fundación San Sebastián (Funsasen), específicamente con un programa para adultos llamado Cero Analfabetismo, en el que mi desempeño fue sobresaliente, un impulso más para mi profesión.

Mi posesión se dio en julio de 2015, ¡por fin a ejercer! Empecé en una sede educativa de mi municipio, ubicada a dos días de camino a lomo de caballo, y fue aquí donde inició el verdadero reto. El día 20 empecé con los preparativos y el martes 21 a las cuatro de la mañana tomé la escalera de la vereda. A las seis y media de la mañana, después de organizar la carga con un arriero de oficio, empecé montado en un caballo un camino nuevo y desconocido. La idea era hacer el recorrido de dos días en nueve horas para llegar en horas de la tarde a la sede educativa llamada Mandecito, del municipio de Urrao. Al principio todo era curiosidad, pero al internarnos más en aquellos parajes se convirtió en miles de incógnitas: ¿dónde quedará?, ¿cómo será la comunidad?, ¿seré capaz de salir solo?, ¿este caballo sí aguantará el camino? Después de tres horas tomé un pequeño descanso en una vereda del sector, donde ya el camino se interna en la selva, fue algo breve, pues aún faltaban más de cinco horas para llegar.

Pasaban las horas y el cansancio se adueñaba de mi cuerpo. No estaba acostumbrado a montar por tanto tiempo en un caballo; pero continué. A las dos de la tarde mencionó el guía que en este trayecto por ser plano podíamos almorzar. Yo pensé que por fin descansaría un rato, pero cuál fue mi sorpresa al ver que todos destapaban sus recipientes e iban almorzando al compás de los pasos de los caballos. No me quedó más remedio que hacer lo mismo, pensaba en que en tantos años de estudio nunca aprendí a comer en el lomo de un caballo.

Entre paisajes selváticos, fauna y galopes me empecé a encontrar con serpientes venenosas, lo que me asustó bastante porque una cosa es ir acompañado del guía, que se bajaba del caballo y las mataba, pero otra cosa es ir solo y encontrarse con estos animales. Luego vi una mula atrapada hasta el cuello en un pantano y escuché los gritos de un arriero: "Por allá no!, ¡por allá no se metan que está muy hondo!". Después de este percance continuamos el rumbo y entre reto y reto arribamos a la sede educativa a las seis de la tarde.

Ya solo estaba con el docente que era el encargado de entregarme y que se regresaría al casco urbano el siguiente día. Desmonté del caballo y le di, según recomendaciones del arriero, un poco de melaza aguada con mogolla y le quité los aperos. En esas le pregunté al profesor sobre las serpientes en la sede y me respondió que debía tener cuidado de ellas porque bajaban muchas de la selva. Le describí las que había visto en el camino y me dijo que eran dos equis, una coral y una veinticuatro, que eran mortales si no se aplicaba lo antes posible el suero antiofídico. Una razón más para estar muy pendiente de estos animales, al igual que de las arañas y los escorpiones.

Después de un breve descanso recibí la sede con sus elementos pedagógicos, didácticos y tecnológicos. En realidad, lo que más me interesaba en ese momento era saber dónde iba a dormir, por lo que escudriñé la habitación del docente y noté que estaba bien tapada, el piso con cemento y el techo con mallas antimosquitos. Me tranquilicé y me dediqué a descansar, a esperar el nuevo día.

Llegó la hora: siete de la mañana, empezaron a llegar los estudiantes y algunos padres de familia, en sus miradas gestos de interrogantes. Ese día fue muy especial, sentí la aceptación de la comunidad y con la mente puesta en desarrollar bien mi labor inicié mis actividades. Aquí entendí que las experiencias pedagógicas del pasado me formaron para estos retos y que las experiencias en otros trabajos me hicieron fuerte para sobrellevar los obstácu-

los que esta realidad me exigía, realidad donde supe que enseñar iba más allá de un aula de clase o de un libro.

Aprendí que para enseñar debía ser persona, ponerme en la situación de mis estudiantes, entender sus largas caminatas, los peligros que día a día sorteaban para llegar a la sede y luego regresar a casa. Comprendí que amaba y amo lo que hago y constaté que para algunos niños la situación era peor que la que yo había vivido, por ello en el tiempo que duré en esta sede traté de dar lo mejor de mí y agradecí cada día a Dios por permitirme ser parte del cambio en estos estudiantes. Con gusto afronté retos inimaginables: errar un caballo, sacarlo del lodo y hasta matar serpientes venenosas. Recuerdo la primera vez en que debí matar una: estaba en clase, los niños estaban divididos por grados y de un momento a otro empezaron a gritar y a subirse a las sillas. ¡Qué susto!, no sabía qué hacer; pero allí comprendí la frase que reza que "el valor no es la ausencia del miedo". No sé cómo o de dónde saqué el valor, pero resulté con una vara de chonta en la mano y la maté, con miedo, pero lo hice porque primero estaba la integridad de mis estudiantes.

También aprendí a aplicar una inyección a un animal, a padecer paludismo o fiebre amarilla, a aguantar, cada quince días, jornadas de más de nueve horas sobre un caballo. Esto lo hacía para reabastecerme y para continuar con mis estudios de Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana, iniciados en el segundo semestre del 2015 y culminados a finales del año 2017; aunque implicó un gran esfuerzo porque arribaba al casco urbano el día viernes en la tarde, estudiaba presencial todo el sábado, y algunas veces los domingos, y el resto del tiempo era destinado a comprar y mandar a la vereda los insumos requeridos para la estancia en la sede. El lunes retomaba camino, lo que representó estar lejos de mi familia por periodos muy largos y sortear muchos altibajos para alcanzar esta nueva meta.

Después de estas experiencias, que en últimas se hicieron cotidianas, por motivos de seguridad y salud salí de esta sede para el norte de Antioquia, tierra fría. Por ello defino la labor docente como una labor en constante cambio, que evoluciona según las necesidades del contexto y avanza a la vanguardia de las nuevas exigencias educativas del país para brindar educación de calidad y formar hombres y mujeres de bien, capaces de afrontar nuevos retos y ser parte del cambio positivo. En el municipio de Angostura, donde llegué, me enfrenté con varios desafíos, no tan duros como los antes vividos, pero sí de mucha persistencia y resiliencia.

Aquí encontré un grupo de trabajo excepcional, en el que cada día, en compañía de la directora encargada,

sacábamos adelante diversos proyectos productivos pedagógicos, de los cuales recuerdo el de "Semillas para la Vida", donde se fortaleció el tejido social por medio del trabajo comunitario y la participación de las familias. Esta sede educativa queda a treinta y siete kilómetros del casco urbano, en la vereda La Concepción. Allí viajaba todos los días, para lo que hacía un recorrido de cuarenta y cinco minutos en moto y media hora a pie, y en ocasiones debía pagar para que los habitantes de esta región me ayudaran a pasar la moto en los barrancos constantes que se venían en la vía.

En este centro educativo tuve la oportunidad de participar en la formación de nuevos conceptos, de aportar en la construcción del Proyecto Educativo Institucional (PEI) y desarrollar muchas otras actividades que enriquecieron mi practica pedagógica docente y mi desempeño profesional. En esta sede estuve un año y logré, en conjunto con la Administración municipal, legalizar el terreno donde se encuentra ubicada, al igual que establecer el espacio para la huerta escolar y la cancha deportiva de la sede.

Debido a que estaba esperando decreto de asignación de propiedad por parte de la Secretaría de Educación Departamental, en el mes de julio del año 2018 tomé posesión en el municipio de San Pedro De Los Milagros, en el CER El Espinal, sede Alto de Medina, ubicada a ocho kilómetros del casco urbano. Hoy veo que cada paso que di fue para ir mejorando mi calidad de vida y mi entorno profesional, pues la sede educativa en la que laboro actualmente cuenta con diversas ventajas de ubicación y una comunidad que en la medida en que fue conociendo mi trabajo y experiencia se adaptó e integró a las actividades académicas y pedagógicas.

Finalmente, sobra expresar que me encuentro plenamente satisfecho y feliz, y día a día doy gracias a Dios porque tantas noches de trasnocho, cada reto, cada obstáculo que superé, cada momento en el que pasé necesidades, cada experiencia de vida laboral y personal fueron un escalón más para llegar a este momento, en el que veo muchas de mis metas cumplidas y la sonrisa de mi madre; en el que pude convertirme en ese maestro inspirado en mi gran maestra, que con su apoyo y humildad cambió el futuro de un ser humano.

Es precisamente su ejemplo el que me da la certeza de que los docentes estamos llamados a transformar para bien, que un acto mínimo y desinteresado es capaz de cambiar realidades, de brindar a nuestros estudiantes un futuro mejor y una vida de lucha más digna. Como lo describe Freire (citado por Gómez y Vinasco, 2020), "la educación no cambia al mundo, cambia a las personas que van a cambiar al mundo" (p.77), y esto es lo que sien-

to. He cambiado por medio de la educación y esto me ha permitido no solo cambiar mi mundo, sino también el de todas las comunidades por la que he tenido la oportunidad de pasar.

El día de hoy comprendo que todo llega en proporción del esfuerzo y la dedicación que se tiene, que no es posible empezar desde arriba, que la profesionalidad la da la experiencia y que la experiencia nos hace fuertes e idóneos para enfrentar cada situación. En otras palabras, hay que empezar de abajo, padecer con resiliencia las inclemencias de los contextos, aprender a tomar de todas las vivencias lo mejor para nuestro desempeño profesional y hacer simples las cosas complicadas. Solo así seremos verdaderos maestros.

Referencias

Gómez, M. T. y Vinasco, C. (2020). *La voz del estudiante en la educación superior: un mundo por descubrir*. Universidad de los Andes

Sánchez, E. La pedagogía de Freinet en cinco citas. *Revista Internacional Magisterio*. https://www.magisterio.com.co/articulo/la-pedagogia-freinet-en-5-citas

LEER EN EL AULA:

un docente que aprende y desaprende desde la exploración de lo estético y lo sensible

Luis Fernando Cusguen Chacón*

*Director del Centro Educativo Rural El Topacio del municipio de San Rafael, Antioquia. Correo electrónico: fdocusguen@yahoo.es

Resumen

Los procesos pedagógicos en el aula deben invitar a reflexionar sobre cómo lograr que el aprendizaje sea atractivo y genere disfrute por la lectura. Cuando hemos asociado el aprendizaje con normas y castigos, cuando el aula es la cárcel que busca domesticar y regular comportamientos en los estudiantes, pueden ocurrir dos situaciones: la primera y la más de-salentadora es que los estudiantes jamás se acerquen a los libros y los vean ajenos y poco atractivos. La segunda es que el encuentro con la lectura sea un acto develador e irreverente que los transporte a mundos inimaginables. Como docentes estamos llamados a crear situaciones atractivas y a la vez retadoras, a generar un lugar para la escucha y el reconocimiento del otro, en "una apuesta clara por desnaturalizar los modos en que nos han enseñado a mirar, escuchar, oler, tocar, saborear... ser" (Durán, 2012, p.21).

Palabras clave

Educación, práctica docente, experiencia, cuerpo, lectura.

En el libro no había más que palabras, pero nosotros no recordamos exactamente palabras, recordamos personas, cosas, acontecimientos. Algunas ilustraciones nos habrán ayudado a imaginar esto o aquello, pero la gran mayoría de las cosas que recordamos procede de nuestra propia imaginación, de nuestra propia memoria. Leer un libro es también inventarlo.
William Ospina

Hace algún tiempo me compartieron por una red social un video en el que un abogado en un juicio lleva al estrado a los representantes de la escuela. Cuando el abogado expone sus evidencias ante el tribunal hace referencia a los avances tecnológicos en el último siglo: teléfonos de discado frente a los de línea inteligente y carruajes halados por caballos frente a carros último modelo. Sin embargo, al mostrar el aula de una escuela de hace cien años y compararla con la actual es evidente que no cambia nada. La única diferencia es que una imagen es a color y la otra es a blanco y negro. Vergonzosamente, por más que avance la tecnología y pretendamos educar a los niños y jóvenes del futuro, continuamos educando para el pasado.

Los dispositivos de poder a los que hace referencia Foucault en su libro *Vigilar y castigar* permean el ser de algunos docentes. Quizás es un arquetipo colectivo del inconsciente el hecho de que deseemos un aula perfecta,

y este espacio sea un lugar de niños y jóvenes ávidos por el conocimiento, pero que no cuestionan o interpelan. Es un aula donde el silencio invita a ejercicios de introspección profunda, donde se respeta la palabra, donde cada estudiante está debidamente organizado en su fila, mirando hacia el tablero, y de vez en cuando se levanta de su puesto para saludar al unísono a quien llega, o alza la mano para preguntar o para responder algún interrogante ante el llamado del docente.

> Esta pedagogía del control se contradice con el origen etimológico del término "educación": *exducere,* que significa salir hacia fuera. El predominio de una mirada unidireccional del adulto que escribe sobre el niño impide la posibilidad de perderse. El adulto fija el punto de llegada en forma de objetivos que determinan el camino en una sola dirección. El niño sale de viaje, pero no es su viaje. (Durán, 2012, p.9).

El infante sale por primera vez del núcleo familiar para emprender un viaje al conocimiento, un viaje a mundos quizá inimaginados en ese momento. La escuela es el primer destino y ha de ser ese laboratorio donde descubrir, explorar y aprender jugando sea lo primordial. Sin embargo, al llegar al aula el niño encuentra unos dispositivos de control del cuerpo, donde se domestica para ser el sujeto esperado por la sociedad.

Los centros educativos se han encargado de encausar este transitar, así como de decidir los aprendizajes que deben adquirir los estudiantes en cada puerto; pero el precio a pagar es la castración del cuerpo, del movimiento, de las sensaciones a explorar, pues el mundo sensible le es permitido solo a las niñas, que han sido erróneamente consideradas el sexo débil (este ejercicio me permite pensar en los momentos en los que he deseado llorar y he apretado la mandíbula para no hacerlo, y si aun así no logro contener mis lágrimas pido perdón por ello). ¿Desde cuándo se debe pedir perdón por expresar un sentimiento en público?, ¿dónde lo aprendí o adquirí?, ¿quién me lo enseñó?, ¿quién me castró el expresar mi sensibilidad?

La educación distingue el género y posibilita unas cosas para algunos y limita otras para otros. Un claro ejemplo de ello es el uniforme: el pantalón de los niños les permite moverse con libertad, trepar, correr saltar, rodar. Sin embargo, la falda castra estos movimientos, los limita y obliga a que sean pensados, mesurados y delicados. El uniforme desconoce que los niños pueden expresarse libremente desde el uso del cuerpo, y que este cuerpo permite el desarrollo del ser. "Los niños tienen la capacidad de experimentar formas posibles de ser" (Durán, 2012, p.7), de conocer, de aprender con los otros; pero cuando llegan a la escuela esa

capacidad es condicionada por un control o por unas políticas educativas que buscan desarrollar la competitividad más que la cooperatividad.

No podemos ignorar que el docente, o las y los docentes, llegan a la escuela motivados por transformar la práctica pedagógica, o al menos eso me ocurrió a mí en el paso por las aulas. Deseé con todas mis fuerzas hacer de mis clases una experiencia innovadora para mis estudiantes. No obstante, las dificultades a nivel comportamental de algunos me llevaron a asumir una postura más rígida, y no sé en qué momento mi deseo se fue opacando y me limité a cumplir y a responder a las exigencias, me acomodé a las rutinas y dejé de soñar, de ver y reconocer al otro como sujeto que posee un saber y un estilo de aprendizaje propio.

En la práctica nos limitamos a transmitir conocimientos, asumiendo que tenemos un grupo homogéneo, cuando la realidad es otra. Así mismo he evidenciado dos posibles dificultades en el aula: la primera es que nos olvidamos de que los niños son niños. Los vemos o asumimos como pequeños adultos y pretendemos que se comporten, piensen y hablen así. Les negamos el derecho de ser niños, autores de sí mismos y capitanes de su propio viaje, de que cometan errores, a través de los cuales pueden construir experiencias y aprendizajes. La segunda es que no hay un reconocimiento del cuerpo. Hay una negación del otro, no queremos verlo ni escucharlo, nos aterra mirarlo, reconocerlo. No queremos explorar el mundo sensible ni la estética de la práctica pedagógica.

"De ahí que algunas prácticas estéticas actuales nos hacen preguntarnos a nosotros mismos cómo mirar al otro cuando ese yo que mira ya no puede verse desde un punto de vista en el que se sienta seguro" (Farina, 2006, p.6). Al ser consciente el docente de que su postura al llegar al aula es un mensaje que inmediatamente reciben los estudiantes, que es un cuerpo que lee y es leído, que los alumnos observan el interés o el gusto que se trasmite al compartir con ellos, "desde la inquietud de explorar nuevos lenguajes para la educación, que nos vuelvan más atentos y sensibles a la relación con el otro" (Durán, 2012, pág. 13), estos lenguajes se pueden explorar en las prácticas de aula, en el cómo se entreteje la palabra en la relación con los otros. Luego, a partir de esta se puede propiciar un acercamiento sutil e intencionado a los libros, donde se le permita a cada estudiante tener una experiencia estética y sensible y no una experiencia desde el suplicio y el padecer.

Recientemente, la escuela ha idealizado la lectura como un ejercicio para mejorar la comprensión, pero también la ha visto como un tiempo de ocio y disfrute que invita a

la fantasía y el desarrollo de la imaginación. Los cuentos infantiles dentro del aula se han convertido en un insumo para la creación de historias y en una aproximación al ejercicio de escritura. Cabe resaltar, sin embargo, que este gusto no es algo generalizado, ya que a través de la historia la lectura ha sido inaccesible para algunos y vista como algo prohibido o pecaminoso para otros.

A través de los años la iniciación al mundo de las letras ha sido una labor propia de las mujeres, y son precisamente ellas las encargadas de vincular los niños al mundo de la literatura. Las mamás que en las noches, como un ritual antes de dormir, les leen cuentos o narran historias de su comunidad a sus hijos les van a permitir tener familiaridad con los libros, a diferencia de aquellos que no tuvieron la experiencia de encontrarse con ellos (Cusguen, 2014, p.25). Como bien lo afirma Petit (2006), "muchos hombres y mujeres jamás se acercarán a los libros. Creen que allí hay un mundo que no es para ellos" (2006), y luego esto les genera temor, se crea una barrera que les costará romper.

Y al parecer quedó tan marcado este imaginario en nosotros que nos cuesta acercarnos a los textos, y nos limitamos a leer por la obligación de responder y no por la sed de conocer y explorar la mirada del otro y su intencionalidad al escribir para nosotros. "Cuando alguien no ha tenido la suerte de disponer de libros en su casa, de ver leer a sus padres, de escucharlos relatar historias, las cosas pueden cambiar a partir de un encuentro" (Petit, 2006, p.25). Los niños tienen la oportunidad de explorar, conocer, disfrutar y enamorarse de la lectura a partir del encuentro que vivan en la escuela, y esta experiencia o primer encuentro la debe propiciar el docente, aunque las obras están al alcance de todos gracias a las bibliotecas públicas y, en el caso de la ruralidad antioqueña, a la donación de la Colección Semilla. Del amor que demuestre el docente, de la elección de ejemplares que despierten la curiosidad y de la narración que haga en el aula dependerá el gusto e interés de los estudiantes. Si el docente no tiene el hábito lector, si no vive la experiencia, si no la disfruta, si no conoce literatos, difícilmente conseguirá transmitir algo a sus alumnos. No se puede dar de lo que no se tiene, no se puede pretender generar una práctica que no se ha vivido. Como también lo recuerda Petit (2006):

> Abrir tiempos, espacios donde el deseo de leer pueda abrirse camino, es una postura que hay que mantener muy sutilmente para que brinde libertad, para que no se sienta como una intromisión. Esto supone, por parte del "iniciador", un trabajo sobre sí mismo, sobre su lugar, sobre su propia relación con los libros. Para que alguien no diga:

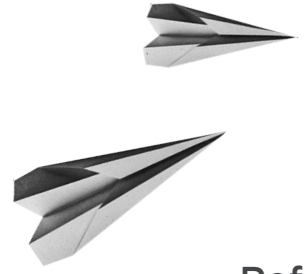
> "pero éste... ¿Qué quiere? ¿Por qué me quiere hacer leer?" y no se trata de lanzarse a una cruzada para difundir la lectura; sería la mejor manera de ahuyentar a todos. Ni tampoco de seducir, de hacer demagogia. (Petit, 2006, p. 26).

Mencioné que la delegada por la sociedad para acercar al mundo de la lectura era la mujer. Esta función también la ha ejercido el hombre, pero el encuentro entre la literatura y el género masculino ha sido lento y temeroso, pues no ha sido muy bien visto que los hombres lean literatura, ni poemas, pues esto, desde nuestra cultura machista y patriarcal, infortunadamente pone en tela de juicio su masculinidad y le genera burlas. No es desconocido que la lectura despierta lo sensible, lo estético. "Desde la teoría del psicoanalista Carl Gustav Jung, la literatura desarrolla el arquetipo del ánima, el inconsciente femenino en los hombres, su sensibilidad, afectividad, delicadeza, cualidades que han sido atribuidas exclusivamente a las mujeres" (Cusguen, 2017, p.26). De este modo,

> la lectura por parte del docente es muy importante, pues cuando un maestro les lee a sus alumnos, lo que está haciendo es ofrecer otro tipo de alimento; un manjar, una fruta, una golosina. Pero en ese dar de leer, en ese acto de dar a mamar lectura, en ese gesto maternal, el maestro también pone en juego la calidad de vida del lector de mañana. Si ha sido bien alimentado, si ha tenido suficiente leche materna, si ha sido abundante y ofrecida con pasión, este alumno será un buen lector toda la vida. (Vásquez, 2004, p.10).

A manera de conclusión, cabe mencionar la importancia del maestro en los hábitos lectoescriturales de sus estudiantes. Es necesario que el docente, independientemente de su género, viva una experiencia literaria, disfrute el manipular un libro, el leerlo hoja a hoja, el perderse entre las letras y degustar de ellas, el estar familiarizado con las nuevas formas de escribir y narrarse, el indagar qué les interesa a sus estudiantes, qué llama su curiosidad; y a partir de allí brindarles la posibilidad de acercarse, de conocer, de explorar.

Sin embargo, para que esto se dé es necesario un trabajo profundo por parte del docente, que debe desaprender el discurso y la práctica adquirida, o en palabras de Durán "desnaturalizar mis inercias, tomar conciencia de qué filtra mi mirada y mis acciones, de cómo mi historia puede afectar las maneras de relacionarme que pongo en juego" (Durán, 2012, p.7). Debemos reconocernos, tomar consciencia del cuerpo y del tacto hacia el otro, entender que conocemos a través de los múltiples sentidos y que cuando logramos activarlos el aprendizaje es más significativo tanto para nuestros estudiantes como para nosotros, que vamos compartiendo esta nueva experiencia.



Referencias

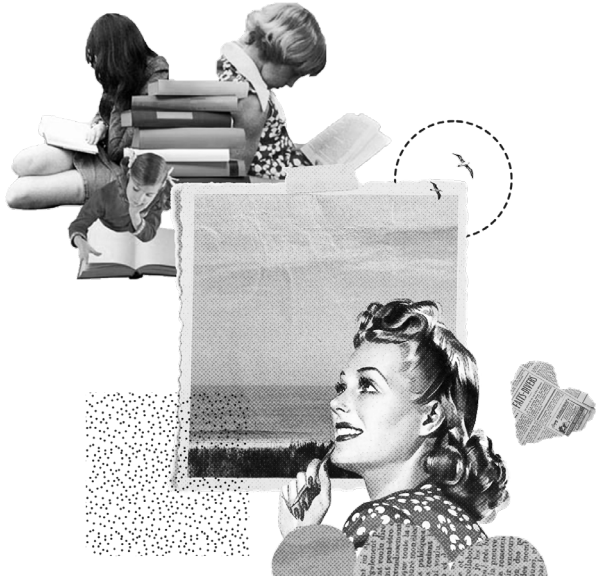
Cusguen, L. F. (2017). *Reinventarme como maestro caminos posibles para transformar-nos* [Tesis de maestría]. Universidad de Antioquia.

Durán, N. (2017). *Reescribir entre cuerpos caminos po(e)sibles*. Editorial UOC.

Farina, C. (2006). Arte, cuerpo y subjetividad: experiencia estética y pedagogía. *Educación física y ciencia,* (8),.1-14.

Petit, M. (2006). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Fondo de Cultura Económica.

Vásquez, F. (2004). *El Quijote pasa al tablero. Algunas consideraciones sobre la literatura*. Nodo de Lenguaje de Antioquia; Secretaría de Educación Departamental; Universidad de Antioquia.



SER MAESTRA:

vida que repetiría una y más veces

Luz Migdonia Gómez Guzmán*

*Maestra de la Institución Educativa Rural Nobogacita del municipio de Frontino. Correo electrónico: luzmigogu@gmail.com

Resumen

Cuando un maestro se atreve a escribir lo que su profesión genera en él deja ver su material humano, de lo que está hecho, qué lo hace vibrar y también de qué sufre desde su sentir profesional. Las letras son el reflejo de lo que se es, por eso este escrito en el que relato lo que para mí ha significado ser maestra está lleno de sentimiento. Quiero contar sobre mi encanto como docente y demostrar que la felicidad, la plenitud y la realización personal son posibles siendo maestro en Colombia. La historia de vida de un profesor no podría estar enmarcada en palabras pesimistas, desalentadoras, en discursos repetidos que muchos frecuentan y que irresponsablemente se lanzan en público, sin darse la oportunidad de contagiar a otros de la grandeza de ser el protagonista de cambios en las vidas de los estudiantes.

Palabras clave

Maestro, felicidad, pasión, esperanza, grandeza.

Ser producto de una transformación es reconocer que hubo un antes y un después, un ahora que registra un mejor estado.

Por el transitar de un maestro ocurren episodios muy diversos y experiencias productivas, unas agradables y otras no tanto. Su vida es un *collage* de episodios que tal vez no pueden ser nombrados en un orden cronológico exacto, pero sí organizados en una línea de tiempo que exponga su evolución. En esta oportunidad de escritura narro lo que han significado mis prácticas, esas modas, conductas y rutinas que con los años me han hecho trascender, como lo hizo Juan Salvador gaviota[1], que pese a tropiezos, burlas y retos logró llegar a donde algún día quiso, haciendo caso a sus propios instintos, sin mucho público pero con bastante convicción.

Desde el principio mi labor fue un ensayo que sin permitir mucho error y mediante un carácter y actitud arrolladoras dio origen a esto que ahora cuento. Mis certezas y el afán por hacer las cosas bien (sin saber cómo realmente) crearon osadamente la necesidad de dar lo mejor de mí. Es así como desde mis inicios en las aulas, en el año 2001, he creído fielmente en la educación de mi país, no con una actitud sumisa, pasiva y resignada, sino con una actitud desafiante, terca e insistente; convencida de que el esfuerzo, la dedicación y la formación permanente deben ser la constante de un profesional que tiene a su cargo el futuro de toda una sociedad.

[1]Personaje de la novela de Richard Bach.

No he detenido mis pretensiones en medio de los discursos pesimistas, pobres de argumentos y desalentadores que, a diario, en capacitaciones y encuentros de colegas son comunes de escuchar. Creo que es en la palabra escrita, los libros de pedagogos y filósofos, los procesos de formación y la universidad donde se adquiere la capacidad de dignificar la labor de los docentes. No es en pasillos, manifestaciones (que no son malas sino mal enfocadas), ni en reuniones esporádicas de maestros.

El pensar de esta manera me ha permitido llegar donde estoy: ejerciendo una docencia con esperanza, acompañando procesos de formación y cualificación de maestros (como docente tutora y como orientadora de los pioneros educativos de Frontino), colegas a los que, sin necesidad de que todo lo aprecien y vean de la manera en que yo lo hago, espero que les llegue un discurso alentador y oportuno, en una época donde los cambios son posibles si se empiezan a cerrar brechas de inequidad, inclusión y calidad.

Depender de los propios pensamientos y no dejarse amilanar ni llevar por corrientes adversas al rumbo del cauce significa una lucha; y aunque toda lucha puede ocasionalmente traer dolor, temores, inseguridades y sentimientos de fracaso, hacer que los ideales permanezcan y no se apaguen es el logro más grande, el que lleva a la victoria. Me siento triunfante por haber mantenido mi actitud guerrera y optimista. Este desafío ya ha sobrepasado las etapas que me habrían podido hacer cambiar de opinión. Es para mí la educación el camino, la esperanza, la posibilidad de sacar avante un país; no hay otra opción. En medio de la simpleza de estas palabras me vinculo, me inmiscuyo, me hago parte y responsable de lo que sucede con la enseñanza.

Cuando pienso en la grandeza de mi labor y en cómo la concibo es cuando me apego a la convicción de que el destino está trazado, de que solo hace falta ponerlo a prueba y empujar con todas las fuerzas para llegar a donde queremos ir, a una Colombia que muestre la otra cara de la moneda, la que proponemos los maestros desde las aulas. Este destino depende de mí y de ti, maestro, que crees en lo que haces y en el porqué, "para ti que has descubierto que este es el tiempo de comenzar", como bien lo dice el intérprete español Emilio José Parra en su canción *Mirar la vida con ojos nuevos*.

A lo largo de estos años he podido edificar mis propias leyes. Todas esas construcciones que nacen de varias fuentes: lecturas, experiencias, conversaciones e intercambios, han logrado impregnar en mí postulados que no he sustentado como lo haría un pedagogo (esos que escriben libros a partir de experiencias en investigaciones exhaustivas), pues los míos son quizá burdos y no tienen tanto sustento teórico, pero los puedo defender porque están basados en he-

chos y análisis personales, a raíz de mis experiencias como docente de aula, como docente tutora del Programa Todos a Aprender y como docente pionera de Frontino.

Creer fielmente en que un profesor debe dedicar su vida a la lectura y estudios de pedagogía y docencia, sin desviar su atención hacia otras labores o propuestas que no fortalecen su ser, es estar segura de que sí hay un camino: aquel que se labra con los propios ánimos y con la seguridad de que es andable. Un maestro que lee, que se actualiza y se regala momentos con la pedagogía no tiene por qué dudar de lo que hace; es un docente que sabe la grandeza y el alcance de su labor, que tiene fe en la educación, que propone y que es crítico, pero proactivo, porque no todo en este campo está perdido, más bien mucho está por encontrarse.

Considero, además, que todo maestro es un pedagogo en potencia, que escribir, reflexionar y repensar son acciones que llevan a un profesional de la educación a construir teoría, que la investigación está latente en él, que no necesita de muchos textos para hacer hallazgos importantes o para cualificar su práctica pedagógica; que mirar en detalle en el aula es encontrar muchas posibilidades para llegar con lo que muchos de nuestros estudiantes reclaman: apoyo, empuje, ayuda. Eso es ser un pedagogo: descubrir la manera de llegar a las personas.

Creo también que la educación en Colombia no es un fracaso, que ser maestro en este país es para héroes, que a pesar de algunas circunstancias podemos hacer mucho, que ver cómo algunos denigran la labor es identificar a quienes no aceptan el reto y están donde quizás no está su felicidad. Sí se puede ser feliz siendo profesor, sí se puede encontrar el equilibrio estando en las aulas y frente a tantas realidades que se pueden revertir.

En medio de todas estas autosugestiones encuentro que puedo ser libre dentro de las limitaciones de otros, que puedo ser yo misma en medio de la diferencia, la adversidad, el rechazo y la poca credibilidad que obtengo cuando en sitios públicos o en pequeñas reuniones me atrevo a hablar de educación como amor, pasión, convicción; y los adeptos son pocos. Sin embargo, esto no es de protagonismo ni de competencias absurdas, es de convencimiento, por eso voy como carreta desbocada, queriendo subir a mi volco a todo aquel que crea que estamos en el mejor viaje, siendo luz para otros, ayudándoles a alcanzar sus sueños, impulsando a niños y jóvenes hacia el cumplimiento de su proyecto de vida.

Un profesor alienta a sus estudiantes a ser profesionales o protagonistas de una sociedad, se queda a ver con satisfacción cómo llegan a ser lo que un día él soñó, pero modificó en el camino para terminar convertido en un gran maestro. Cuando me sucede pienso: “que mis alumnos

sean los profesionales o buenos ciudadanos que sean, pero de mi mano". A lo largo de su narrativa de crecimiento personal, Juan Salvador Gaviota insiste en rechazar lo que nos limita, y yo me logro identificar con esta iniciativa. Los docentes tenemos en nuestro camino piedras que tallan y cambian el color de las cosas: la descomposición social, la desmotivación de los estudiantes, la ausencia de algunas familias, el sistema que no logra llenar sus expectativas; pero ellas no me hacen desfallecer.

Por ningún motivo pienso que la solución es la irresponsabilidad; por el contrario, deben dejarse a un lado las conclusiones comunes en las que se afirma que la realidad, pese a todo, seguirá siendo la misma. Me parece que queda mucho por hacer: llamar a los padres, preparar mejores clases, leer sobre las políticas y propuestas educativas del Estado colombiano, mejorar los recursos que venimos utilizando. Tenemos muchos baches en el camino, pero uno de esos tropiezos podemos ser nosotros mismos: nuestra actitud, nuestra apatía o nuestra falta de entendimiento sobre esta labor, sobre que también estamos en proceso de formación y, por tanto, debemos seguir aprendiendo.

Encontrar plenitud, regulación, estabilidad y armonía es como estar en eso que metafóricamente llamamos cielo; y aunque no todo es perfecto, tener nuestras emociones a disposición de lo que sabemos hacer permite que llegue la calma. Así siento que puede ser ese lugar que llamamos escuela, porque muchos de los estudiantes, al igual que los docentes, pueden tener su vida en un embrollo. En su condición de vulnerabilidad de niños silenciosos y de jóvenes temerosos se enfrentan a condiciones familiares que los inmiscuyen, los involucran y les generan una descarga negativa de energía; algo que podemos ayudar a olvidar por las pocas horas que dura la jornada escolar.

Con todo esto describo lo que somos los maestros: ese bálsamo para los estudiantes, su refugio, la esperanza de un abrazo, de un saludo en la mañana. Esto es lo que me reconforta y me hace feliz. Muchos podrán hablar de la simpleza de nuestra labor, yo en cambio hablo de la grandeza de ella. Muy a menudo encontramos que se respeta, se le hace la venía, se le da la acera y se saluda con orgullo a quien tiene un título diferente al de educador, al que ostenta años de universidad y viajes al exterior; pero para mí ser profesor de un pueblo, vereda o ciudad es una ocupación loable. Vivimos de lo que somos y no de cómo nos nombra la sociedad.

Todos nacimos y permanecemos libres, podemos decidir de acuerdo con nuestras inclinaciones lo que queremos para nuestras vidas. Sé que no es fácil elegir ser maestro, pues no es la profesión que todos quieren. Antes este era el oficio de los más pobres, de los que debían

sacar una familia adelante y veían aquí la posibilidad de un salario mensual para mercar. Antes y ahora es una vocación para héroes, para guerreros.

Mi libertad me ha llevado a estar donde estoy, a elegir ser una maestra feliz, que se ufana de serlo, que lo lleva con el pecho erguido y que de ello se nutre para crecer, que copia de los otros para mejorar y ayudar a crecer a quien escucha, cree y lo ve posible, para quienes, como también lo dice la canción de Emilio José, con los años han descubierto la realidad.

Los maestros vivimos de ilusiones, esperando un mañana en el que lo que hacemos, planeamos y gestionamos para el aula desemboque en buenos frutos, en desempeños altos. Sin embargo, con el tiempo he logrado entender (sin desmeritar estos procesos) que los resultados en pruebas estatales no nos están diciendo que hemos perdido nuestro tiempo. Antes nos dicen que debemos seguir luchando, que también ganamos cuando nuestros estudiantes se mantienen en el aula y con la mejor actitud.

Con los años he aprendido refranes como "se vive de ilusiones y se muere de desengaños", "de tal palo tal astilla", "hijo de tigre sale pintado y de chucha rabipelado"; sin embargo, eso no aplica para mí porque los rótulos que se les asignan a los estudiantes que muchos rechazan por el hecho de venir de una zona en específico, o por ser de determinado estrato, no me dicen nada como educadora. Nuestra tarea es verlos como esas personas que necesitan de nuestros conocimientos y que nos seguirán como modelo. Para mí esa astilla es solo una paja, una pavesa insignificante que no nos quita la vista de hacia dónde queremos llegar con ellos. El "hijo de tigre" que recibimos sale de la escuela pintado de valores y "la chucha rabipelada" luciendo el pelaje de una buena educación.

Me veo, me concibo y entiendo esto de ser maestra. No podría vivir más orgullosa y retadora. Esto me anima, me empuja y me habla constantemente al oído. Hay en mí una voz que siempre insiste en seguir y que me alimenta de sentimientos para animar a otros. Dice que no se puede callar porque esto no está terminado, que hay mucho por hacer, que aún quedan cosas por probar; y concluye diciendo que en este camino ya he hecho mucho.

VUELVO A TI, AMADA ESCUELA

Luz Ángela Grajales Fernández*

*Maestra de la Escuela Normal Superior de Jericó, municipio de Jericó. Correo electrónico: angela.grajales@ensjerico.edu.co

Resumen

Probablemente no nazca tan pronto la vocación docente. Puede ser una de tantas oportunidades o todo lo que se ansía. La vida de una maestra no es común y corriente, es especial y diferente. Un acaecer de sueños y anhelos, un transitar de desvelos. La historia compartida es mi vida, el trayecto de treinta y cinco años de amor y entrega. Antioquia, aquí nací y me hice maestra, he recorrido tus rincones. Te he leído, admirado y comprendido de formas distintas. En este transitar me he transformado. Hoy, al mirar atrás, nada es igual, pero sí más perfecto, me he encontrado, ¡Ay de mí si no te hubiera caminado!

Palabras clave

Vocación, pedagogía, afecto, transformación, trascendencia.

***

Con las empantanadas boticas de caucho salía de mi casa cada mañana. Mi vereda distaba unos seis kilómetros de la cabecera municipal. Los zapatos negros con suela de goma esperaban dentro de la mochila heredada de algún primo de Medellín, para ser cambiados al llegar al pueblo. Los caminos de herradura, los árboles y uno que otro arriero eran testigos de mi paso diario por los caminos hacia la formación en la Escuela Normal. “Mi hija está estudiando”, contaba orgulloso mi padre a los trabajadores mientras recolectaban el café. “Es muy inteligente”, les decía mi madre a las vecinas. Esos comentarios henchidos de inocente presunción me impulsaban cada día a cumplir con mis obligaciones académicas.

El tiempo fue pasando, año tras año la Normal exigía mucho más: ¡que la tarea de Fundamentación Pedagógica!, ¡que la de Química!, ¡que las prácticas pedagógicas!, ¡que el grupo de teatro de la Hermana Mercedes!, ¡que el coro del profesor Flavio!, ¡que la banda marcial!, entre muchas otras. Esto obligaba a mis padres a esperarme en los caminos al anochecer, con lámparas hechas de tarros de lata, herrumbroso alambre y una vela que debía partirse para que su longitud encajara con el tamaño del tarro. Las diez eran la hora determinada de espera en el barranco, no había ningún tipo de comunicación, solo el fiel compromiso entre mis padres y yo.

Cada día la escuela aportaba mejores herramientas para cumplir mi sueño. Mis prácticas pedagógicas eran fantásticas. Cuando cursaba el grado octavo ya los niños nos decían profesoras y nuestro pecho se ensanchaba de orgullo. Nuestras manos eran mágicas, pintaban, recortaban, coloreaban y tejían. Los computadores aún no habían

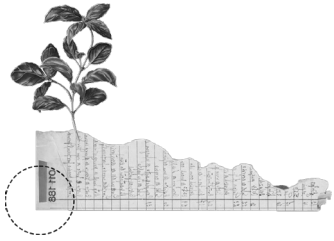
llegado, y quizá ni por nuestra mente paseaba tan osado invento, porque ni la televisión había llegado a mi casa.

Estaba muy satisfecha con mi formación, las aulas eran fastuosas y las hermanas de la Presentación nos orientaban. En el grado noveno la Normal de Jericó efectuaba un proceso para seleccionar el personal apto para continuar el ejercicio pedagógico, en ese entonces nos graduábamos como bachilleres pedagógicos y podíamos ejercer como maestros. De la rectoría hacia el corredor, donde esperábamos en filas, observábamos rostros jubilosos y otros vencidos. Aquel tiempo fue muy difícil, pues nos debíamos despedir. Algunos no continuarían la media vocacional, su sueño de ser maestros terminaba en ese instante. Sentíamos mucho dolor por ello. Sin embargo, festejábamos a nuestro modo la posibilidad de proseguir en el mundo de la pedagogía.

Entre 1989 y 1990 me separé de mis padres. Buscamos familias en el pueblo para que pudieran albergarme, ya que por los compromisos no era factible mi desplazamiento al campo. Me sentía afligida, pues mi hogar había sido siempre muy cálido y la idea de vivir en otro lugar no era para nada confortable.

Mi constancia y resiliencia posibilitaron la culminación de mis estudios. Nuestra baja economía no fue óbice para salir adelante. Mi madre, desde la finca, luchó incansablemente para que pudiera tener lo indispensable. Tenía buenas relaciones, lo que permitía acceder a las comodidades de algunas de las compañeras del pueblo. Durante mis años de estudio en la secundaria no todo fue bueno, algunas de mis compañeras se mofaban de mí. En ese tiempo los adolescentes tejíamos otros asuntos diferentes a los de hoy, pues no teníamos el fuerte influjo de los medios de comunicación. Aun así, las pocas situaciones dadas al consumismo generaban hostilidad en el ambiente: el hule de mi calzado reemplazaba el cuero de los zapatos de marca de las demás niñas, y mi *jean* no tenía marquilla. Eso les importaba mucho y creo que a mí también, porque de no ser así hoy no lo estuviera relatando. Era todo un privilegio vivir en el pueblo, las del campo olíamos mal, éramos menos.

Hoy he aprendido a percibir ese olor en mis estudiantes y a amarlo. Amo ese olor porque otrora fue mío, pero de esto hablaré más adelante. No tenía dinero para comprar en la tienda, cada artículo se me hacía imposible de obtener. Mis ojos miraban, sin que fuese descubierta, los mecatos que compraban los demás, pero nunca sentí deseos de pedirles. Fui cauta y prudente frente a las situaciones. Mamá empacaba una media mañana suficiente que me enviaba con alguien de la vereda, o hacíamos la forma para evitar el hambre. Me esforcé y cumplí con mis compromisos.



El treinta de noviembre de 1990 recibí mi graduación, no hubo fiesta. Mi tío, hoy fallecido, me regaló un anillo en oro, ya que mis padres no contaban con el dinero suficiente. Si bien eso no era importante para mí, obviamente lo acepté.

Al iniciar el mes de enero de 1991 me fui para la capital. Allí solicité estadía por un tiempo, debía conseguir un empleo y continuar estudiando, ya que no contábamos con recursos para ese fin. Mis padres, aunque muy conservadores, siempre confiaron en mí.

Me ingenié una forma de buscar empleo, con un poco de dinero hice varios viajes en el circular Coonatra desde Belén los Alpes para conocer personas que pudieran ayudarme. Sentía mucho pánico de perderme en Medellín, pero mis fieles amores: la medalla de la virgen y el escapulario, eran suficientes para tener valentía. Así, en esos paseos de bus, que daban la vuelta y me regresaban de nuevo al "cuadradero", se daba mi vida social. Notaba cómo los conductores se extrañaban por mi actuar, pero creo que comprendían mi modus operandi, puesto que no me increpaban. De esta manera conocí a un señor muy gentil que me ofreció mi primer empleo en una fábrica de pintura. Allí trabajé diecinueve días, me tocaba limpiar cartas y pulir los catálogos. Entraba a las seis de la mañana y salía a las seis de la tarde.

Un día, al regresar a la casa de la familia, conocí a un señor que estaba buscando una maestra, debía ir a la Secretaría de Educación. Sentí mucho susto, pero estaba muy complacida. Medellín significaba un reto, especialmente el centro, que era muy peligroso, pero debía atreverme. Pude concertar una cita, era la primera vez que subía a este enorme edificio, una compañera de mi vereda en Jericó me acompañó.

No estaba bien vestida, aunque modesta: vestido blanco de bolas negras, saco de lana con un agujero muy pequeño en su hombro, zapatos de charol, medias veladas y un bolso color café que para nada armonizaba con mi ropa. El "doctor" me esperaba en su oficina, su mirada fue bastante intimidante y me ruboricé cuando se refirió a mí en tono muy ladino: "¡Qué bonita está la maestra!". Creo que no era necesario que me hablara tan de cerca. Él lucía un elegante esmoquin y sobresalía su enorme bigote. A mis diecisiete años, y de manera suspicaz, comprendí que las cosas no iban a salir muy bien, pero mis afanes por ejercer mi función limitaban cualquier obstáculo. Y como usted lector quizá lo esté vaticinando, me acercó a su escritorio

y me dijo con voz bajita que tendría contrato por un año, sería un reemplazo por comisión, lo que implicaba que no tuviese sueldo por todo ese tiempo, pero que lo visitara para mirar cómo proceder. Sin más palabras, mis labios sintieron lo áspero de su bigote y su fuerte olor a cigarro y a tinto amargo. Tan amargo como el sinsabor que quedó en mí después de ese bochornoso momento. Nunca volví a saber de él, solo recuerdo su nombre por ser homónimo del gobernador de Antioquia para el año 1992.

Salí de su despacho con la firma del contrato, esta entrevista no duró mucho tiempo. Me sentía desconcertada, pero afortunada, pues la escuela Tulio Ospina sería mi primer lugar de trabajo. Al día siguiente debía ir a conocerla, estaba muy cerca de mi residencia. Fui asignada al grado primero, con el que siempre soñaba. Ese día me convertí en la maestra Ángela, no muy refinada, aún me faltaba mucho por recorrer, pero el aula y los rostros de mis primeros estudiantes me confirmaron que este mundo era extraordinario.

En la fábrica de pinturas me habían pagado sesenta y cinco mil pesos, que estuve atesorando para ir sobreviviendo. La comunicación con mis padres era exigua, ellos aún vivían en la vereda y salían los sábados al mercado. Por ello nos dábamos cita en la tarde para la llamada en casa de una señora del pueblo, hablábamos poco pero muy ameno.

Mi vida en la escuela fue muy grata, la Normal me brindó muchas herramientas conceptuales y prácticas, además de mi creatividad, elementos imprescindibles para mi desempeño. Los niños y yo nos encariñamos mucho. No tenía dinero, por lo tanto pasaba algunos apuros. En la casa donde vivía no había mucha benevolencia, me correspondía hacer los oficios domésticos antes de ir a dormir y en la madrugada. Tenía poca ropa, por lo que aprovechaba un saco de color anaranjado para cubrir muchas veces las huellas del lavado de platos en mi abdomen y el desgaste de mi ropa. No había traído mucha ropa del pueblo y además no tenía dinero para comprar, mis primas de Belén me regalaron algunos vestidos que usaba con bastante agrado.

La señora del restaurante escolar escuchaba mis dificultades y como este era tan vigilado teníamos un pacto: dejarme una tostada y un pedazo de queso o el huevo que frito en cantidad se ponía verde o grisáceo. De modo que yo debía pasar en un momento de descuido y sigilosamente tomarlo.

Mi delgadez, estatura, cabello largo y mejillas aún sonrojadas por los rubores de la virginidad me permitían ser atractiva para uno que otro atrevido de los alrededores, quienes les decían a mis niños: “Saludes a la maestra”.

El tiempo fue pasando, los niños aprendieron a cantar, leer, sumar, restar y dibujar. De las maestras también

aprendí muchas cosas, la directora de la escuela me empezó a apoyar con el anhelo de hacer parte de la academia de televisión Efraín Arce Aragón, en donde recibía las clases de seis a diez de la noche. Así que debía preparar mis cosas después del mediodía, hacer los oficios de la casa y luego desplazarme a la academia. Allí adquirí muchos elementos que mejoraron mi expresión oral y corporal. También conocí mis habilidades con relación a la lingüística: memoria, escritura, dicción, entre otros. Poco a poco mi círculo social se fue ampliando y me sentía muy bien.

A mi familia no la veía con frecuencia, puesto que habíamos tomado rumbos diferentes. El regreso a casa al finalizar las clases en la academia era bastante arriesgado, corría a gran velocidad por la avenida Oriental hasta el hotel Good Night, que aún existe, para coger el bus de Caldas. Ese año transcurrió entre mis clases en la escuela Tulio Ospina, mis deberes en la casa de La Tablaza y mis estudios en actuación. Tenía pocos amigos, no había mucho tiempo para ello.

Los fines de semana eran dedicados a la preparación de los materiales para las clases y a recibir la encomienda que mis padres enviaban del pueblo: un costal o caja con yuca, plátano y una que otra fruta o grano. El costo del semestre en la academia era de seiscientos mil pesos, afortunadamente habíamos hecho un convenio para que pudiese pagar al final del contrato. Las maestras me prestaron dinero para ir solventando necesidades muy básicas.

Empecé a ayudar a otras personas en los oficios domésticos cada que podía. Esto me ayudaba a tener algo de monedas en mis bolsillos, lo invertía en la compra de materiales para hacer las clases más agradables. También lo usaba para llenar el teléfono rojo tragamonedas, con el fin de saber de mi familia cada sábado. La despedida de mis niños y el regreso de la maestra fueron momentos muy angustiantes, los lazos que tejimos eran muy fuertes; lloramos y escribimos cartas que aún conservo, recuerdo uno que otro rostro, tal vez los más vulnerables, que reflejaban las miradas de apego de mi niñez. Al final del año, con mucho trámite, pude cobrar una buena suma de dinero por mi servicio como maestra. No recuerdo con exactitud la cantidad, pero fue significativa, tanto que sirvió para que ese diciembre pudiera disfrutar en familia, pagar el estudio, comprar ropa en El Hueco (sector en el centro de Medellín donde se compra barato) y hasta guardar para el próximo año, momento en que debía continuar con la búsqueda de empleo.

Para el año de 1992 no iba a regresar a La Tablaza ni a la escuela, eso me llenaba de incertidumbre, aun así, mi corta edad me generaba tranquilidad. Sabía que todavía había mucho de mí y que la vida me preparaba un futuro lleno de rostros inocentes, risas, aprendizajes, pupitres,

aulas, planeaciones, tizas y crayolas. Inicié el año viviendo en el barrio Caribe, junto a la terminal de transportes del norte, que en ese entonces era la única que existía. Allí continué recibiendo las encomiendas de forma más cómoda y estaba al cuidado de un adulto mayor: mamita Mercedes. A pesar de que no era mi abuela nos apegamos mucho la una a la otra y le ofrecí muy buenos cuidados. Ella me daba algún dinero, me permitía vivir en su casa y me ofrecía alimentación; mientras trabajaba como cuidadora seguí buscando empleo como maestra.

El universo parecía siempre estar a mi favor y mi fortaleza en el ser superior no me desamparó, finalmente resultó una nueva entrevista en la Gobernación, esta vez para la vinculación al departamento de Antioquia. Esto también fue gracias a la gestión de mi madre, sus amigas y algunos líderes políticos del municipio de Jericó. Asistí a la entrevista con el subsecretario de Educación de turno, no pensé que fuera tan rápido. El edificio de la Gobernación, ese enorme monstruo de cemento, era toda mi esperanza. Se me ofreció trabajar en un municipio del cual no tenía ni idea de su existencia en el mapa. Empaqué mis maletas y mi padre viajó de Jericó a Medellín para acompañarme a este nuevo destino. Nos fuimos por la vía férrea desde Medellín hasta Barrancabermeja, que, según escuché, era uno de los últimos viajes que hacia el tren. Fueron catorce horas en este y nos dejó una experiencia hermosa, mi padre y yo disfrutamos cada parada (El Limón, Santiago, Cristalinas, Porce, Cisneros, entre otros), cada estación era especial. El tren contaba con muchos servicios, la maquina estaba un tanto deteriorada, pero nos generaba agrado por el ruido de sus bocinas, los cambios de temperatura en cada paso y la expectativa del arribo a tierras desconocidas. El destino era Santander, limitando con el municipio de Yondó, allí ejercería mi labor como maestra.

El 26 de abril de 1992 llegamos a Barrancabermeja, donde pernoctamos hasta el siguiente día. Acudimos muy temprano al puerto, tenía un ambiente muy nuevo con el calor y los gritos que anunciaban una nueva experiencia. "¡Casabe, casabe!", vociferaban los pescadores, chaluperos, vendedores de peto y otros. Mi padre y yo estábamos un poco angustiados pues no encontrábamos el transporte fluvial para ir a Yondó, después de indagar descubrimos que pocos conocían este municipio por su nombre. La chalupa nos condujo al otro lado del majestuoso río Magdalena, donde otro puerto nos esperaba. Unas pequeñas busetas que conducían al pueblo hacían parte de ese paisaje porteño. Con mucha curiosidad pude observar a las personas que me encontraba al paso e iba descubriendo sus costumbres, su acento, nuevos términos, y me sentía relativamente feliz. Al llegar a la Alcaldía mi padre me esperó e ingresé a la oficina del jefe de núcleo, quien me saludó de manera muy diferente, y nos sentamos a conversar un

rato. Los funcionarios se apilaron en el despacho para conocerme, me sentí muy cómoda y bien recibida. Mi papá regresó ese día a mi tierra, lleno de lágrimas me pidió que me cuidara, sabía que me esperaba una nueva vida. Ahora yo solo soñaba llegar a mi escuela y transformar mi mundo al lado de mis pequeños. Ese día permanecí en la oficina del núcleo organizando muchas cosas, conocí muchos funcionarios, mi sociabilidad me permitió comprender muchas cosas, me hablaron de la vereda Bocas de Jabonal y de sus generalidades. Al día siguiente, el viaje en la chalupa del municipio duró tres horas, nos internamos en el río Cimitarra, un brazo del Magdalena, en la rivera encontrábamos una escuela y un maestro a cada paso, así que la chalupa se detenía y me presentaban a mis colegas.

El Bagre, Campo Cimitarra, San Francisco, entre otras escuelas empezaron a hacer parte de mi nuevo repertorio; yo ansiaba ver la mía. No puedo describir lo que siento como maestra cuando veo una, un grupo de niños, libros, tableros, tizas u otros elementos que hagan parte del ambiente escolar. Nos internábamos cada vez más, río arriba estaban los Johnsons, motores fuera de borda que eran el transporte usual. Estos tardaban de trece a catorce horas para llegar a la vereda, pues su velocidad era determinada por el río y en los tiempos de sequía tardaban un poco más o no podían operar. Al adentrarnos en la vereda no lograba ver la escuela, ya era tarde y llegamos a la casa de doña Marina, quien saludó efusivamente a los miembros de la Administración. Trajimos mucho material en la chalupa: colores, lápices, hojas, algunas colecciones de cuentos, borradores y tizas. Me presentaron algunos miembros de la comunidad, y de las casas, muy distanciadas entre sí, empezaron a salir niños, contuve mis lágrimas cuando los vi. La emoción se apoderó de mi ser pues sus sonrisas eran más blancas de lo acostumbrado, sus pieles muy negras, sus cabellos pegados, la ausencia de zapatos y camisas en los niños... Eran el contraste perfecto de lo que anhelé. Las niñas, la mayoría con su cabello también corto, me hacían confundir, pero no dude en abrazarlos como si ya nos conociéramos desde siempre, estaba fascinada, tanto que creo era imposible estarlo más. “Esta es la escuela”, mencionaron. Sentí un poco de sorpresa pues era una construcción en tabla y techo de paja de escasos seis metros cuadrados, divididos en un pequeño cuarto y un espacio para salón, un armario junto a un tablero que colgaba de unos alambres y que los pocos vientos lo movían.

Cenamos y arreglamos esa habitación antes descrita. Mi cuarto se componía de un colchón sobre unas tablas bien puestas, que hacía las veces de cama, se veía cómoda; tampoco estaba acostumbrada a ningún tipo de lujos. Despedí con mucha gratitud a los acompañantes de la Administración y me quedé con mi nueva familia. Al día siguiente recibí el mejor curso de pedagogías activas a cargo

de los niños, mis tutores, que eran en total veintisiete. Me hicieron muchos halagos, yo les enseñé los detalles que compré para ellos y ese día fue maravilloso, sé que muchos hemos sentido el cálido abrazo y palabras sinceras de los niños. Me condujeron a un edificio cerca de una colina en donde se construía la nueva escuela, la vereda no contaba con energía eléctrica ni agua potable, por lo tanto, no había ningún servicio sanitario. Cada casa tenía un filtro casero, ya que el agua del consumo era la del río Cimitarra. Esa semana, mientras trabajaba y vivía en la escuela, arreglaba las polvorientas guías de escuela carcomidas por el estiércol de los murciélagos y por los burros, lo que era muy simpático para mis niños. "¡Profe, mire! No se alcanzó a comer las letras", decían. Y era cierto, servían aún porque podíamos ver el contenido, solo que sus márgenes semejaban las formas del relieve presentes en los mapas. Por esto no les permitimos más la entrada a los burros, aseguramos la puerta con unas ingeniosas chapas de tiras de colores en telas muy bonitas, y todos teníamos la llave.

Esa semana recorrí la vereda con mis niños, mientras me contaban todas sus costumbres. Conocimos a Carmonita, un anciano de ochenta años que padecía demencia senil y cargaba un canasto inmenso que serviría para empacar el tigre cuando lo cazara, que sería muy pronto. Me miró sonriente y dijo que había llegado la princesa de los cuentos, y desde ese día no faltaron las flores y los plátanos maduros para la princesa, uno que otro comido por los pajaritos, pero eso no era impedimento para disfrutarlo. Los niños se divertían inventando historias entre la maestra Ángela y Carmonita.

Nos encontramos con los grupos subversivos en esos recorridos, hacían parte de la comunidad, eran amables. Yo me asustaba un poco al mirar sus armas. Una noche, mientras dormía, llegó una tropa de ellos y me saludaron de manera cortés: "¿Profe, nos permite "guindar" aquí?". No los veía, era de noche y mi puerta estaba asegurada con un lazo corto, pero las hendijas entre las tablas me dejaban ver sus cuerpos, "motetes" (equipaje) y, sobre todo, sus armas. Me puse un algodón en mis oídos para no sentir el tiroteo y empecé a rezar, arrodillada sobre mi cama, a una imagen de la virgen que tenía detrás de un pequeño espejo con borde azul. "Virgencita, que ninguno de sus tiros toque mi cuerpo", recitaba. Ellos permanecían en silencio, no sé cómo logré dormirme, pero a las cinco de la mañana que me dirigí al río a bañarme ya no había rastro alguno. "¡Gracias virgencita!", me dije.

Poco a poco, los aprendizajes construidos con mis niños me fueron llenando de amor, las historias y la hermosa vida de la vereda me hacían muy feliz. Los enfrentamientos entre los grupos armados y el Ejército ya no me sorprendían. Una mañana cualquiera nos acurrucamos en uno de los rincones del salón. Los soldados me dijeron que no me preocupara, que nada nos pasaría, igual que el otro grupo, pues también era nuestro amigo. Las balas causaron mucho pánico entre todos y este día dieron de baja a algunos miembros de la guerrilla, pero este no es mi tema.

Continuaba haciendo muchas cosas bonitas con los niños, quienes con sus padres de familia se convirtieron en una familia. Disfrutaba mucho la estadía allí, poco a poco fui recorriendo las escuelas más cercanas al municipio, ya que mi deseo era continuar estudiando. Esta escuela quedaba lejos, el desplazamiento implicaba dos días de viaje de ida y regreso. Eso haría que me atrasara con los niños.

Las reuniones de núcleo eran mensuales y aprovechábamos para cobrar nuestro salario. Los primeros los empleé en ayudar a mi familia y en comprarles muchas cosas a los niños. Pasé por varias escuelas, en todas viví experiencias muy enriquecedoras. Cada centro educativo era convertido en un lugar hermoso. Al vivir allí no había horarios ni fechas, los niños y yo compartíamos todo el tiempo, algunas veces hasta altas horas de la noche.

Encontré una guitarra como parte del material y nunca he tenido la oportunidad de aprender, pero generaba sonidos al pasar mis dedos sobre las cuerdas. Como mi repertorio de canciones infantiles era tan amplio, nos reuníamos en las noches a tocar guitarra y a cantar todas las canciones que les había enseñado. Les pedí a los niños guardar este secreto, pues temía que algún sabio de la vereda me invitara a uno de los bazares a interpretar serenatas y ahí sí sería un lio.

Dentro de mis discursos de buena maestra solicité a los niños soñar con el futuro, ser grandes profesionales y ayudar a sus familias. La mayoría tenía dentro de sus metas ser parte de los grupos al margen de la ley, hablaban de ello como si fuera la única opción. Les aconsejaba mucho, esto me obligó a salir del territorio. Fui llamada a una especie de juicio y tuve que dejarlo todo, incluyendo esos seres que tanto había aprendido a amar, dejé cada objeto conseguido con sacrificio, al menos conservaba mi vida.

Ya habíamos encontrado muchos muertos, entre ellos uno de nuestros compañeros maestros, y sabíamos que no era un juego. Dejé la región y conseguí traslado para otro municipio del Magdalena Medio: Puerto Nare. Allí, en el corregimiento Los Delirios pude hacer muchas cosas como directora del colegio básico, y con un buen equipo de trabajo acompañamos la continuidad de la posprimaria hasta el grado noveno. Fue muy especial esta experien-

cia, la población del corregimiento me recibió con mucho amor e hicimos grandes cosas como comunidad.

Mi hijo, que había nacido en Yondó, era otra de mis preocupaciones. No podía tenerlo conmigo. Había estado por varios años en esa región, disfrutando de cada experiencia con los niños, fui muy apreciada y valorada, pero empecé a sentir la necesidad de estar cerca de mi núcleo familiar. Por otro lado, ya había empezado la licenciatura en la Universidad de Pamplona, Santander, pero mi traslado obstaculizó mi desplazamiento. Suspendí mis estudios, aunque continué leyendo y fortaleciendo mi saber específico.

Siempre he sido muy afectiva con los niños y nunca había tenido dificultades. Un día, la inspectora de Policía, quien fue asesinada ese mismo año, se me acercó con voz temblorosa y me dijo: "Hay un miembro de la guerrilla que está preguntando por usted, tiene su nombre y apellidos completos". Siempre he confiado mucho en Dios, y aunque sentí temor me dirigí a esta cita. Su cara aporreada por el sol, la presencia de acné en su rostro, su vestimenta y pañoleta que cubría su cuello no me permitieron reconocerlo.

"Hola", le dije. Quizá percibió mi miedo, porque de inmediato me enseñó una fotografía de la fiesta de los niños en Bocas de Jabonal, donde les compré regalos. "Soy Camilo, ¿me recuerda?", expresó. Mis ojos se llenaron de lágrimas y lo abracé fuerte, estaba aliviada de saber quien era. "Profe, la recuerdo y la quiero mucho, usted ha sido lo mejor de mi niñez", me dijo. Se llevó la foto decolorada y se alejó por las montañas.

A finales de la década de los noventa la situación violenta de la región me afectó en gran medida. Los grupos se tomaban territorios más amplios. Los maestros nos veíamos envueltos en situaciones ajenas a nosotros, pero que nos involucraban directamente. Para uno de los grupos, el uso constante de mi motocicleta fue un factor personal de riesgo. Por estas razones quise buscar nuevos caminos.

Como Dios siempre me acompaña, en abril de 2002 regresé de nuevo a mi municipio: Jericó. Llegué como docente de la Institución Educativa San Francisco de Asís, en un ambiente totalmente diferente y de calma, ¡suroeste, tierra de paz! Solo queda el grato recuerdo de lo que fueron mis experiencias en el Magdalena Medio. Por supuesto, ahora volvería con más madurez y capacidad para enfrentar las adversidades.

La institución y Jericó me permitieron recuperar mi vida familiar, culminé mi licenciatura y especializaciones. En el 2007 comencé a hacer parte de la escuela María Gonzales de Ángel, donde estudié mis primeros años y, posteriormente, de la José María Ospina. En el 2010

regresé a la Normal, ya no como estudiante sino como docente. Ahora estoy al lado de excelentes compañeros y un maravilloso grupo de estudiantes. He recorrido estos diez años donde la pedagogía, como elemento esencial de mi vida, ha determinado este segundo ciclo de ser maestra. En este claustro he aprendido a valorar el papel de las escuelas normales como formadoras de maestros, a transferir y construir conocimientos, a tejer juntos, a amar a los jóvenes, a percibir el olor del campesino, a comprender los nuevos paradigmas de la formación de maestros, a relacionarme con el mundo académico, a comprender que no todo es una experiencia positiva. La vida tiene deparado para mí dones y herramientas en un mundo nuevo, aunque se torne difícil y parezca que no hay esperanza nos permite ver la luz a través de lo que conjuntamente construimos.

Amplios periplos me han permitido llegar aquí a mis cuarenta y siete años, treinta de ellos como maestra. Pido a Dios y al universo que en la próxima vida pueda ser maestra de nuevo, que pueda conservar mi sensibilidad y mi amor por lo que hago. Espero poder vivir en los corazones de miles de personas como un buen recuerdo. Con esto espero dejar el legado de que por más que se ahonde en el saber lo más importante es el ser.

UNA VIDA LLENA DE AVENTURAS PEDAGÓGICAS:

engrandeciendo el oficio de una maestra formadora de formadores 1964-1999 y recuperando la memoria de la escuela a través del archivo pedagógico

Daniel de Jesús Granados Rivera[1]

*Maestro de la Institución Educativa Escuela Normal Superior Amagá (IENSA) del municipio de Amagá. Correo electrónico: danielgranados1971@yahoo.com

Resumen

El presente artículo está fundamentado en la materialización del método etnográfico de historia de vida, en este caso de maestros. Aquí se refleja el proceso de aplicación, análisis e interpretación de los resultados obtenidos durante la presente investigación, como una experiencia única en la formación de formadores en la Escuela Normal Superior Amagá.

Palabras clave

Historia de vida, formación de maestros, prácticas de enseñanza, acreditación, escuela normal.

***

La vida de los maestros y las maestras en el campo de la docencia, la investigación y la extensión[1] en las instituciones educativas parece ser que desaparece en la línea del tiempo. Su hacer, su sentir y pensar se ha quedado estático en el pensamiento que transciende los muros de la escuela misma. Los alumnos, los compañeros y hasta la misma comunidad están sometidos a olvidar la labor de quienes forjaron los mejores momentos de sus vidas, y en la memoria escrita poco se ha visualizado, materializado y contado. El recuerdo de los maestros va desapareciendo como las estrellas del firmamento en las noches eternas o las arenas en el mar, se esfuma en las tardes de turbulencia, en los esplendidos amaneceres, en el bullicio de los niños y los jóvenes que llegan a la inmensidad, y en la amplitud de aquellas escuelas de grandes ventanales donde el aire y la frescura los reciben como aroma para el aprender.

Según Larrosa (1996), citado por Murillo (2015), el sentido de quienes somos maestros está construido narrativamente, por lo que en su reconstrucción y transformación tendrán un papel muy importante las historias de vida de docentes que escuchamos y leemos, así como el funcionamiento de esas historias en el interior de las prácticas sociales más o menos institucionalizadas, como por ejemplo las prácticas pedagógicas: eje articulador en el oficio mismo de la profesión.

Por otra parte, la autocomprensión narrativa no es una reflexión mediada sobre sí mismo, sino existente en ese gigantesco hervidero de historias que es la cultura y en relación con el cual organizamos nuestra propia experiencia (el sentido de lo que nos pasa) y nuestra propia identidad (el sentido de quienes somos) (Larrosa, 1996; citado por Murillo 2015). Por tal razón, el presente artículo permite que se haga visible, a través de la entrevista, la

[1] Son campos donde se moviliza actualmente el quehacer del maestro formador de formadores.

carta memoria[2] y el diario de campo, métodos de investigación que permiten recolectar, analizar y sistematizar información, un estudio de caso único relacionado con una experiencia empírica ausente en el contexto de la práctica pedagógica[3] de la escuela.

Como lo plantea Echeverri (2014):

> Ser maestro es propiciar la conversación, multiplicarla, hacer que invada nuestros cuerpos de tal modo que no se quede un solo rincón para los malos recuerdos; y en medio del rigor de la conversación, untarnos de los trocitos de la humanidad que se expresan a través de las historias del alma. Historias que se recrean toda una vida y van desde la infancia hasta la muerte. (p.10).

Este texto es resultado de una investigación sobre historias de vida de maestros, orientada desde el núcleo de conocimiento social y contextualizada en la Institución Educativa Escuela Normal Superior Amagá. Está estructurado por una presentación, un acercamiento a los antecedentes sobre la escritura y sistematización de historias de vida en el campo nacional, departamental, municipal e institucional; así como por un marco teórico acerca de algunas concepciones sobre prácticas de enseñanza, reformas educativas, formación de maestros y maestras, escuelas normales femeninas e historias. Luego se expone un escrito denominado "Volver a ser maestros", de Echeverri Sánchez (2014), y otro que se denomina "Maestros y enseñanza: la relación insoslayable", que nos propone de Tezanos (2016). En el mismo orden de ideas se presenta el componente de la metodología de la investigación, y en ella los elementos que la constituyen y dan cuenta del paradigma cualitativo, los métodos, los instrumentos para recolectar, analizar y sistematizar la información sobre la pregunta acerca de qué experiencias significativas se pueden visibilizar en la práctica pedagógica de una maestra formadora de formadores y cuál ha sido su relación con su historia de vida en el periodo comprendido entre 1964 y 1999.

Por tanto, el objetivo general se fundamenta en la indagación crítica y comprensiva de estas experiencias, mientras que los objetivos específicos se enmarcan en

[2] Es un método que intenta mantener registros escritos y hacer uso de la memoria para acercarse a los acontecimientos.

[3] "La idea de práctica pedagógica surge como una expresión contemporánea para denominar el oficio de enseñar. Esta manifiesta en su desarrollo histórico un camino complejo en tanto la radicalización del *master dixit* durante el siglo XIX llevó a un movimiento pendular, marcado por la influencia del descubrimiento y reconocimiento de la existencia de la infancia por las corrientes psicológicas (psicoanálisis y conductismo, en particular), a centrar la acción pedagógica en el alumno, en tanto sujeto que aprende. Es decir, hay un desplazamiento del eje de la discusión desde el maestro hacia el alumno" (De Tezanos, 2017, p.11).

su descripción, principalmente a través de las cartas memoria, que permiten identificar y analizar las experiencias más significativas. Así mismo, se presenta la posición ética del investigador, evidente en el consentimiento informado de los participantes.

Posteriormente, se expone la historia de vida[4] de una maestra, a nivel familiar, escolar y profesional, para luego dar a conocer distintos imaginarios y rituales en el capítulo correspondiente a la voz de exalumnos, directivos docentes, docentes, padres de familia, maestras, coordinadora de prácticas, compañeras de estudio y cada uno de los actores representados en el grupo focal, que recuerdan sus experiencias significativas[5].

Dentro de esta panorámica se plantea lo relacionado con la formación inicial de maestras y las implicaciones frente a las reformas educativas[6]. Respecto a la formación como maestra rural y profesionalización docente, se presenta el análisis y la comprensión de los imaginarios de la comunidad educativa, a la vez que los resultados de las cartas memoria propuestas cada semana, enviadas los viernes y recibidas los lunes en la tarde por la docente objeto de investigación, que narra sus acontecimientos significativos durante treinta y siete años en instituciones estatales, en donde ha atendido el ciclo de básica primaria y se ha desempeñado también como consejera, cooperadora y formadora de formadores, siguiendo los principios pedagógicos de enseñabilidad y educabilidad[7] en el contexto.

Este capítulo se hace importante tanto en su forma como en la profundidad de su contenido, puesto que la maestra objeto de estudio plasma, con su puño y letra, su experiencia, su sentir, actuar y transcender en el oficio, dejando de lado el uso de un artefacto tecnológico, de ahí que cobre importancia su originalidad. Desde esta mirada, las historias de vida se producen e interpretan mediante la profunda articulación entre las historias de los conceptos, la práctica y las experiencias pedagógicas (Granados, 2014).

De esta manera, no son anécdotas cronológicas que prescindan de una relación explicita con la pedagogía,

[4] Es un relato escrito u oral que permite el reconocimiento de su labor como maestro o maestra.

[5] Acciones que en la cotidianidad de la escuela presentan altos niveles de efectividad en los procesos de enseñabilidad y educabilidad.

[6] Son todos aquellos cambios que se hacen a nivel del Ministerio de Educación Nacional, con el propósito de mejorar la calidad de los procesos educativos en la escuela.

[7] Principio por el cual se debe garantizar al docente la capacidad de diseñar y desarrollar propuestas curriculares pertinentes para el ciclo de preescolar y básica primaria.

la cultura y la sociedad, sino que se constituyen como un elemento vital de reconstrucción de las historias de la pedagogía y la educación, en tanto posibilitan que el maestro o la maestra se reconozcan como sujetos de saber pedagógico y sujetos públicos. En esta relación vital se trasciende la escolaridad para atravesar un entramado de relaciones sociales y personales que crean su configuración como docentes (Suárez y Yarza, 2008).

Por su parte, la escuela, concebida como un taller de comunidad, se afirma en el pensamiento de Paulo Freire, en virtud de su compromiso con las creaciones simbólicas y culturales gestadas en la vida cotidiana de los sujetos. Además, se asume el concepto de la práctica pedagógica a la manera de Célestin Freinet, para quien el trabajo en el aula es un juego para desarrollar el carácter libre, creativo y autogratificante, a la altura de las condiciones de la existencia humana.

Desde el asunto ético del investigador se tuvo el consentimiento informado de quienes fueron analizados y se hace importante precisar que los resultados de este texto se deben socializar en un espacio de formación pedagógica. Además, se deben difundir en una red social, académica, revista, sitio web o periódico de circulación institucional o local.

También se hace importante resaltar que

> [...] el narrarse, como posibilidad de comprensión, es un espacio en el que el maestro se vive de múltiples modos, se experimenta crítico y reflexivo, se indaga y se evalúa, se expresa y se dice de sí mismo, al tiempo que se silencia en la acción para transformar la experiencia de sí mismo y modificar la experiencia de los sujetos y saberes, al tiempo que propicia el despliegue de las subjetividades del maestro, que determinan u orientan las relaciones, acciones o decisiones del maestro en relación al saber de los otros consigo mismos. (Echeverri y Rodríguez, 2008; citado por Suárez y Yarza, p.5).

Respecto a esto, cabe señalar que las imágenes con las cuales se percibe y asocia la formación cultural del maestro, así como la valoración social que de él se hace en un momento determinado, se encuentran directa y estrechamente relacionadas con las experiencias y las representaciones mentales de quienes la conciben y la expresan. Esas figuras y juicios de valor generalmente se fundamentan en vivencias de tipo individual o en hechos y circunstancias generadas por las actitudes personales, formativas, laborales, administrativas, políticas, académicas y culturales, en las cuales se les ha visto obrar a los educadores o se desea verlos incursionar. De ahí la relatividad y particularidad que

conllevan, pero también la frecuencia y reiteración que se presenta en su construcción (Arango, 2006, p.2).

Por último, se plantean algunas conclusiones acerca de la presente investigación, dando cuenta de todo un proceso que permite el reconocimiento de una experiencia empírica que no había sido objeto de estudio; donde el lector puede hacer una comprensión sobre una historia de vida de una maestra formadora de formadores. Así mismo, se posibilita críticas que pueden ser tenidas en cuenta en una nueva investigación sobre historias de vida de maestros, para, de esta manera darle continuidad a la línea de investigación propuesta por el núcleo de conocimiento social, articulado con el institucional.

Este abordaje no solo expone los resultados teóricos y prácticos de un paradigma investigativo, también resume las categorías a partir de las cuales se hizo posible la indagación. Así mismo, la historia de vida, para el caso del presente estudio, se constituye como forma de interacción social y académica que ha potenciado la reflexión que la escuela hace acerca de sí misma y que ha oxigenado sus propuestas formativas (Granados, 2014).

Se destaca que la metodología de esta investigación se alimenta de los postulados del paradigma cualitativo enfocado en el estudio de caso, el análisis documental, la entrevista semiestructurada, el grupo focal y las cartas memoria (Granados, 2014). Además, se destaca la importancia que cada uno de los esfuerzos investigativos ha representado para la formación inicial de maestros y maestras de la Escuela Normal.

Así mismo,

> cada una de las prácticas surgidas durante este tiempo dan cuenta de la transformación experimentada por la institución, en concordancia no solo con las políticas emanadas desde el Estado y verificadas a través del proceso de acreditación, sino también de acuerdo con las necesidades del contexto sociocultural en el que se ha encontrado ubicada la institución en las diferentes épocas. Es de resaltar también que este abordaje es resultado de un estudio único, no investigado en el ámbito pedagógico y con enfoque cualitativo descriptivo en el contexto de la Escuela Normal Superior. (Granados, 2014, p.124)

Se espera que este tipo de trabajos se constituyan en aportes relevantes para la formación inicial de maestros en la Escuela Normal y nutran el campo pedagógico en los diferentes panoramas: locales, departamentales y nacionales.

Referencias

Echeverri, J. A. (2014, julio). Volver a ser maestro. A*genda Cultural Alma Máter,* (211), 10-16.

Granados, D. (2014). *Prácticas de enseñanza en la escuela normal 1997-2012* [Tesis de maestría]. Universidad de Antioquia.

Murillo, G. J. (2006). El Maestro: Símbolo y Formador de Valores. En Gobernación de Antioquia, EDUCA (comp.). *Taller de inducción a los nuevos docentes y directivos docentes.*

Murillo, G. J. (2015). *Narrativas de experiencia en educación y pedagogía de la memoria*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Yarza de los Ríos, A. y Suarez Vallejo, J. (2008). *Pedagogía, Historias de Vida Autobiográfica de Profesorado y Escuelas Normales Superiores.*

DEJANDO HUELLAS DE COLORES

en el nordeste antioqueño

Juan Camilo Hoyos Orrego*

*Maestro de la Institución Educativa Lorenzo Yalí del municipio de Yalí. Correo electrónico: jhoyosorrego@hotmail.com

Resumen

Si algo disfrutamos los seres humanos es recordar aquellos pasos que hemos dado, ya que cada día vivido nos genera un aprendizaje que, muy seguramente, nos va a servir para edificarnos como personas. Los docentes no somos la excepción, pues me he dado cuenta de lo mucho que disfrutamos contar nuestras experiencias sobre los diferentes lugares en los cuales hemos laborado.

En el escrito que presento a continuación no voy a hacer nada diferente a lo que haría si me preguntaran por los centros educativos por los que he atravesado. Son muchas las anécdotas que quisiera narrar, pero necesitaría un libro completo para contarlas todas; por lo que aquí solo quiero expresar mi caminar, acompañándolo de los pequeños aprendizajes que han contribuido a edificarme como una persona íntegra y ansiosa por el saber.

Palabras clave

Docencia, autobiografía, metodología de enseñanza, experiencias docentes, estudiantes.

Soy consciente de que lo que voy a narrar a continuación no va a ser muy novedoso, pues a lo largo y ancho de nuestro territorio antioqueño ha habido docentes que se han caracterizado por sus grandes logros y obras y han sido reconocidos por diferentes medios. También ha habido docentes que le han invertido alma, vida y corazón a su labor, al igual que yo, y que pese a que no reciben reconocimientos de entes gubernamentales se complacen con la satisfacción del deber cumplido y con el amor de esa comunidad a la cual se entregan tanto. Quizá habrá algunos que al leer este artículo se sientan asombrados ya que lo narrado les parecerá difícil de creer, y otros, en su defecto, se sentirán identificados.

Responder con certeza desde cuando me gustó ser docente no es fácil. Vienen a mi mente diversos momentos que podrían dar una respuesta cercana, pero no una puntual. Puede ser el cariño con el cual recuerdo a todos y cada uno de mis docentes de primaria lo que haya despertado esa semillita en mí, puede ser también el respeto y admiración que inspiran mis docentes de secundaria cada vez que los recuerdo, o tal vez la formación hacia el servicio y proyección comunitaria que nos inculcaban en la Escuela Normal. En todo caso, hubo un momento en el que escogí esta ruta de navegación, que cada día estoy más convencido de que fue la indicada y agradezco a Dios por darme el discernimiento para ir por este camino.

En el año 2013 inicié labores como docente de básica primaria en el Centro Educativo Rural La Josefina, cuya metodología de trabajo se basa en el modelo Escuela Nueva. Este centro educativo está ubicado en el municipio de Yolombó, aproximadamente a veinte minutos del casco urbano, sobre la vía que conecta dicho municipio con la ciudad de Medellín (transportándose en vehículo particular). La docente de dicho establecimiento solicitó una licencia no remunerada y fui nombrado para cubrir la plaza vacante mientras ella estaba ausente de su cargo. Debo admitir que conforme ella me hacia la entrega de la escuela yo me llenaba de nervios, pues en su lenguaje me mencionaba términos que no había escuchado nunca o que nos habían mencionado mientras estaba estudiando para ser normalista superior, pero que por ser joven e inexperto no les había prestado la atención suficiente. Por su parte, la labor con los estudiantes no me atemorizaba, ya que en mis practicas pedagógicas me desempeñé muy bien. Incluso, había realizado actividades que se asemejaban mucho a la razón de ser del docente, una de ellas era orientar catecismo.

Cómo olvidar ese 4 de febrero cuando tuve la oportunidad de trabajar con los veinte estudiantes con que contaba la escuela desde el grado primero hasta el grado quinto. Niños juiciosos, entregados a su estudio, con la humildad característica del campo; inicialmente temerosos ante una cara nueva, pero acoplados a lo largo de los días. Los niños siempre son dispuestos a descubrir, a darse cariñosamente con aquella persona que los valora y los respeta; y ellos no fueron la excepción. No pasaron muchos días antes de que me asumieran como uno más de su lista de seres queridos. Considero que esta primera escuelita es difícil de olvidar, porque cuando uno mira en retrospectiva quisiera tener los conocimientos que se tienen hoy en día para haber hecho un trabajo mucho más significativo en esa comunidad. Tampoco se olvida esa primera escuela porque en la vida empiezan a darse una serie de cambios y adaptaciones que giran en torno a ese nuevo trabajo.

Cómo olvidar, por ejemplo, que la primera motocicleta que tuve fue gracias al salario recibido por trabajar en ese lugar, y fue conseguida justamente para transportarme hasta allí. Cómo olvidar a ese estudiante que hacía que reinventara mi forma de enseñar porque mi metodología no generaba en él aprendizaje. Quienes me conocen saben que hubo un tiempo en el que utilizaba, de pies a cabeza, atuendos de un solo tono para que dicho estudiante se aprendiera los colores. Lo gracioso de esto es que le preguntaba al niño “¿De qué color estoy vestido el día de hoy?” y él en tono muy seguro me contestaba que verde, cuando mi vestuario era totalmente blanco. Cuando ya faltaban pocos días para entregar la escuela a la docente

titular, empezó a mostrar aprendizajes significativos en el proceso lectoescritural, lógico-matemático y de diferenciación de conceptos, cosa que parecía imposible de creer; pero que gracias a la persistencia que caracteriza a un buen docente lo pude lograr.

Meses después fui nombrado docente provisional en el Centro Educativo Rural La Cruz, también de Yolombó, una experiencia totalmente diferente. El desplazamiento hacia la escuela podía variar: de una a tres horas en mi moto según la vía que escogiera en época de verano, mientras que en invierno el tiempo se extendía, ya que la llegada al lugar era por carretera destapada y el ingreso más amigable era por el municipio de Amalfi. La primera vez llegué en horas de la noche porque me extravié en el camino y no era hábil para manejar por carretera destapada. Fui trasladado aquí porque la docente anterior había renunciado y los estudiantes llevaban varios días sin profesores. Esta escuela, debido a su crecimiento poblacional, tenia autorizadas dos plazas en primaria, a las cuales ambos docentes llegamos al tiempo.

Pese a que ya nos conocíamos con anterioridad, era nueva la experiencia de trabajar juntos. Reafirmé que el docente no solo enseña, sino que también aprende de sus estudiantes y, en este caso, de sus compañeros de trabajo. Aquí aprendí la importancia de establecer relaciones cordiales con quien trabajo para lograr objetivos comunes. Debido a la distancia de la cabecera municipal ingresaba a la vereda los domingos en horas de la noche y salía los viernes en horas de la tarde; pero mi salida de la vereda no implicaba que dejara atrás mi trabajo de docente. Casi que a la carrera procuraba llegar a la Secretaría de Educación, Alcaldía o alguna entidad del municipio, para gestionar recursos, inmuebles o acompañamiento para la escuela.

En muchas ocasiones llegaba a esas dependencias cubierto de pantano por la dura trocha que me tocaba enfrentar antes de salir, pero cuando llegaba así a dichos lugares lo hacía con orgullo, porque llevaba encima la lucha que enfrentamos muchos docentes para entrar a nuestros territorios. Eso denotaba en mí fortaleza y empoderamiento. Podría haberme dado una ducha y cambiarme de ropa en el apartamento en el que vivía en la zona urbana, pero eso me quitaría minutos valiosos para hacer las gestiones pertinentes.

En una vereda, donde uno se encuentra lejos de la familia, muchas de nuestras tardes son de la escuela. Cuando se iban los estudiantes para sus respectivas casas aprovechaba para convertir el espacio físico en un lugar más agradable: pintaba, hacía pequeños arreglos eléctricos, de plomería, organizaba el archivo, sembraba... Ese espa-

cio se convirtió en mi segunda casa, y procuraba mantenerlo como tal. También orientaba catecismo y hacia visitas domiciliarias; en ocasiones recuerdo todo ello y me asombro de la forma como me rendía el tiempo.

Cuando estuve en ese lugar hacia el máximo esfuerzo para que mis estudiantes fueran felices, y en mi primer año de estadía llevé a algunos de ellos al zoológico y a las atracciones mecánicas del centro comercial El Tesoro. En el segundo año fuimos al Parque Los Tamarindos, ubicado en el municipio de San Jerónimo. Mi mayor satisfacción fue ver sus caritas sonrientes y llenas de asombro ante todo lo nuevo que descubrían y que, debido a que gran parte de su vida se había desarrollado en las maravillosas y vastas montañas antioqueñas, desconocían totalmente.

A finales del 2014, cuando ya los estudiantes habían finalizado un año escolar más, un docente solicitó mi plaza en la convocatoria de traslados. Sentí asombro cuando me enteré de la noticia, pero no manifesté indisposición alguna, pues sabía que ese momento llegaría. Para sorpresa mía, y gracias a Dios, no me había quedado sin empleo: el traslado no fue tan significativo ya que era para una escuela que se encontraba a una hora de camino de la actual. El recorrido iba a ser exactamente el mismo, solo que cuando llegara al Centro Educativo Rural La Cruz debía dejar mi moto guardada en el caserío y continuar caminando una hora más.

Cuando estuve en la vereda La Cruz vivía con una humilde familia a la cual hoy aún le guardo cariño: una pareja de esposos, padres de dos de mis estudiantes, que cursaban tercero y quinto de primaria, respectivamente. Vivíamos a escasos veinte pasos de la escuela, y aun así hubo momentos en los que las niñas llegaban tarde. Como docente, hacía el respectivo llamado de atención, como si no supiera el motivo de su retraso. La docencia tiene una fortaleza muy bonita y es que hace que nuestra familia crezca. Nuestro corazón, aunque pequeño, cuenta con el espacio suficiente para almacenar a todas y cada una de las personas que tienen contacto con nosotros.

Hoy soy padrino de confirmación de una de las niñas y sigo pendiente de ellos. Llegué en enero de 2015 a la casita de esta familia, y no se me olvida nunca la cara de felicidad con la que me recibieron. Intercambiamos efusivamente algunas anécdotas decembrinas y cuando aparentemente no había nada más para contar les hablé de mi traslado y quedaron totalmente estupefactos. De repente un silencio invadió aquella salita, hasta que la dueña de casa rompió el incomodo momento diciéndome: "¡Cómo así profe!, ¿entonces qué va a hacer?" y yo, en tono sereno, le contesté: "Nada, doña Margarita,

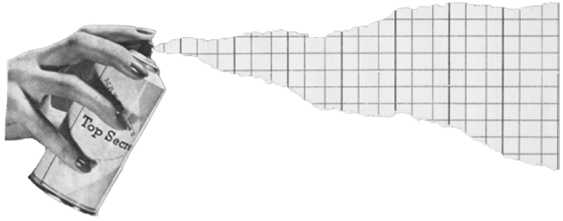
dar lo mejor de mí en mi nuevo lugar de trabajo, considero que nada va a cambiar, pues voy a ir hasta la otra escuela todos los días desde aquí".

Y así hice, todos los días me levantaba temprano y me iba caminando hasta el Centro Educativo Rural Carlos Fidel Cano, ubicado en la vereda San Agustín. Era un cambio significativo, pasé de trabajar en una escuela con cuatro docentes: dos en primaria y dos en secundaria (incluyéndome) a una donde iba a estar solo y con ocho estudiantes. Muchos dirán que era mejor que esos ocho niños estudiaran en la otra escuela, pues al fin y al cabo la diferencia caminando entre la una y la otra era solo una hora; pero a esa hora había que sumarle el tiempo que se demoraban en llegar los estudiantes al centro educativo. No puedo negar la nostalgia que sentía algunas mañanas cuando al salir de la casa lo primero que veía era mi lugar de trabajo anterior, y más cuando muchos de los acudientes o los mismos niños esperaban mi llegada para saludarme.

Sin embargo, en nuestra labor debemos ser conscientes de que cuando estamos en un lugar debemos imprimir el mayor amor posible, y que todos cumplimos un determinado ciclo. Algo deben aprender de nosotros esas personas con las que nos encontramos, y algo debemos aprender nosotros de ellas, pues si siempre estuviéramos en el mismo lugar, con las mismas personas, nuestra vida se tornaría monótona y no tendríamos un ser social ricamente construido.

En esos días se llevó a cabo un proceso de reestructuración, en el cual las sedes rurales pasaban a formar parte de un centro o institución educativa bajo la dirección de un director rural o un rector. En ese entonces, tanto el Centro Educativo Rural La Cruz como el Centro Educativo Rural Carlos Fidel Cano pasaron a ser sedes del Centro Educativo Rural Cachumbal. Dicha fusión trajo grandes beneficios dado que los docentes eran personas muy comprometidas, en las que se evidenciaba el amor por su labor. Ese proceso inicial no fue fácil, implicaba construir muchas cosas desde las cuatro áreas de gestión y mejorar o unificar otras tantas; sin embargo, lo hacíamos con empeño. De esa etapa me puedo atribuir que organicé el primer festival deportivo de todas las sedes, en aras de participar en los juegos escolares e intercolegiados.

La dinámica de caminar una hora solo duró medio año, ya que había aprobado el concurso docente y en la convocatoria escogí la plaza para el municipio de Vegachí, ubicada en el Centro Educativo Rural La Piedrancha. Podría haber pedido la misma plaza, pero esta nueva escuela estaba geográficamente mejor ubicada. En ocasiones,



cuando iba para la vereda La Cruz, pasaba por dicha escuelita y se venía a mi mente lo bueno que era trabajar en ella. Cuando llegué al nuevo centro educativo hice el empalme con la docente, que a partir de ese momento quedaba desempleada. Me sentí muy mal y quise ayudarle, pero no sabía cómo. Ella me manifestaba, entre sollozos, que iba a cuidar a un adulto mayor y que eso le generaría algo de ingresos mientras conseguía un trabajo. Aún deseo con fuerza que ella se encuentre bien. He aprendido que en esta profesión debemos ser empáticos y conscientes de que el docente que vamos a reemplazar no se va por gusto propio o porque haya hecho un mal trabajo, sino porque la situación así lo requirió.

Mis veintidós estudiantes de ese entonces eran bastante colaboradores y dispuestos. No es fácil olvidar las caritas de timidez de muchos de ellos, e incluso de temor. Los acudientes se tornaban algo temerosos porque yo era el primer docente hombre que enseñaba en la escuela. Los que nos dedicamos a la pedagogía debemos saber llegar a las comunidades de manera persuasiva y delicada, porque la imagen que generemos los primeros días determinará la manera en la que nos sigan percibiendo. Aunque era el único docente en primaria, también había posprimaria, la cual era atendida por el modelo de itinerancia, que consistía en que cada día de la semana asistía una docente diferente al centro educativo y orientaba en un área específica a los estudiantes de secundaria y media. Pese a que solamente se compartía un día con cada compañera de trabajo, guardo recuerdos muy gratos y las tengo presentes como amistades invaluables que no se pueden dejar acabar por el paso del tiempo.

Debido a que en la zona urbana de Yolombó vivía con mi abuela, para hacerle un acompañamiento más constante solicité un traslado, el cual se me fue concedido en diciembre de 2016 para la Institución Educativa Rural Villanueva, en la que también deseaba trabajar, lo que evidencia que no hay nada más fuerte que el poder de la mente. Desde el 2017, y durante tres años, estuve en ese centro educativo, que me permitió potenciar en mis

estudiantes sus habilidades y destrezas, trascender de las paredes físicas del colegio e ir más allá. Durante mi tiempo en este lugar acompañé los siguientes procesos:

Artísticos

Durante dos años consecutivos (2017- 2018) motivé la participación en el concurso de dibujo Personitas de Colores, del periódico El Mundo. En el primer año dos estudiantes de esta institución fueron finalistas, y en el segundo año tuvimos cuatro finalistas a nivel departamental.

Educativo-ambientales

Llevé a cabo la puesta en marcha del primer grupo de guardianes de la naturaleza en la sede principal, bajo el apoyo de Corantioquia. Este grupo propició, tanto en el colegio como en el corregimiento, acciones a favor del medio ambiente. Fue tal la dinámica que con los ingresos generados por el reciclaje que se separaba y posteriormente se vendía, se recogieron los recursos económicos suficientes para ir de paseo de fin de año al parque Comfama Tutucán, ubicado en el municipio de Rionegro.

Culturales

En mi primer año de estadía en la institución, con los estudiantes del grado quinto puse en escena la obra de teatro El Mago de Oz, la cual fue todo un éxito, pues los alumnos pusieron su máximo empeño y dedicación. Esta obra fue presentada en el marco del 32º Festival de Teatro llevado a cabo en el municipio de Yolombó. En el 2018, para apoyar a la docente Lina María Palacio Taborda, quien llegó nueva a la institución y con iguales o más ánimos que los míos, con los estudiantes del grado tercero se puso en escena la obra de teatro *Historias contadas por ratones.* Al año siguiente, con el mismo grupo de estudiantes, que ya cursaba cuarto de primaria, pusimos en escena la obra de teatro *Más sabe el diablo por viejo,* ambas con el interés de que la institución educativa tuviera participación en la versión 33º y 34º del festival regional, nacional e internacional de teatro.

Deportivos

En este aspecto sí tengo muchas más anécdotas; sin embargo, las resumiré contando que los deportes que como docente acompañé, apoyé e incentivé fueron el atletismo, el ajedrez, el patinaje y el microfútbol. En estos dos últimos se dio un proceso fortalecido en compañía de los monitores deportivos del municipio. En este campo el nombre de la Institución Educativa Rural Villanueva

se hizo sobresaliente en municipios como Puerto Berrío, Vegachí, Yalí, Cisneros, Santo Domingo, Marinilla, Anorí, Amalfi, Guarne, Don Matías, Yondó y Apartadó.

Lo anterior nos demostró, tanto a mí como a mis estudiantes, que todo lo que hacemos deja aprendizaje. Dejé mi saber en el aula y mi ser en el corazón de cada uno. Me motivaba mucho el interés y compromiso que mostraban al asumir estas actividades extracurriculares, por lo que estoy muy agradecido con ellos y con sus padres, que permitieron que sus hijos e hijas se destacaran y trajeran a la institución títulos de toda índole.

En ocasiones, se hace necesario hacer un pare en el camino y buscar nuevos horizontes, por eso este año me encuentro en la Institución Educativa Lorenzo Yalí, a la cual llegué permutando con un docente que deseaba estar más cerca de la ciudad de Medellín, y mi anterior institución se lo permitía. En cuanto a distancia se refiere, me era indiferente estar en un lugar o en el otro, ya que ambas instituciones son equidistantes a mi lugar de vivienda. Yalí ha sido un municipio acogedor, sus habitantes me han hecho sentir como en casa, y aunque poco he podido compartir con los estudiantes, padres de familia y docentes, debido al aislamiento en el cual nos encontramos, me he sentido muy a gusto en el lugar.

Esta época ha servido para reinventar muchas metodologías como docente y ha sido una oportunidad más para potenciar en mis estudiantes sus habilidades y destrezas. Por ejemplo, desde el área de Educación Religiosa, la cual oriento en básica primaria, se realizó el primer concurso de canto virtual *Mi voz para Cristo* y la primera exposición virtual de arte sacro. La comunidad educativa me ha manifestado lo contenta que está con mi desempeño, lo que me motiva a seguir dando lo mejor de mí para que los estudiantes superen de la mejor manera la situación por la cual estamos atravesando.

En vista de que gané el concurso de posconflicto, desarrollado en el marco de los acuerdos del proceso de paz, y con el interés de cambiar como docente de básica primaria a secundaria y media en mi área de idoneidad, el próximo municipio en el cual aspiro dejar mi huella es Remedios; el cuarto lugar en el que espero seguir dando lo mejor de mí como docente.

TRAYECTORIA DE UNA MAESTRA:

reflexiones desde el quehacer pedagógico

Julia Rosa Mena Córdoba*

*Magister, maestra en la Institución Educativa Miguel Vicente Garrido Ortiz, Arboletes. Correo electrónico: j_rosa7@hotmail.com

Resumen

Para mí la profesión docente es el espacio donde ponemos en marcha nuestros sueños junto a quienes nos rodean. Es un tejer de aprendizajes sobre la colcha del conocimiento. De allí que el hacer pedagógico de un docente sea tan importante, tanto en su entorno familiar como en el escolar.

Este es un escrito sucinto acerca de los aprendizajes que adquirí y apliqué como docente, en el cual expongo los ideales que he alcanzado con el paso de los años. También resalto el aporte de la universidad, asistencia a talleres, seminarios, diplomados y cursos con saberes que me han hecho mirar las barreras como oportunidades; siempre con la actitud de aprender y desaprender para desarrollar procesos de investigación no solo en el aula, sino también en la educación del departamento.

Palabras clave

Quehacer pedagógico, maestro, investigador, práctica, educador, aprender.

Nací en el municipio de Turbo, situado en la parte norte del departamento de Antioquia, en la subregión de Urabá. Desde muy pequeña jugaba a ser maestra, vocación que siempre he llevado conmigo en los diferentes escenarios de formación académica.

Durante mis estudios en la Escuela Normal Superior de Urabá participé en eventos musicales, grabé cuentos para niños y escribí pensamientos inspirados en la educación. En aquel entonces las docentes de Pedagogía y Ciencias Sociales me motivaron y resaltaron mis cualidades y aspectos a mejorar. En casa había días en los que el que el dinero para el descanso no era suficiente, en otros no había. Mi hermana y yo caminábamos largas horas sin comer, hasta llegar a nuestro hogar. Fueron tiempos difíciles, pero con un profundo deseo de salir adelante, por eso me siento orgullosa de lo que soy.

Recuerdo con mucho aprecio a mi rectora, Zully Milán Mosquera, quien se convirtió en mi referente profesional, gracias a ella aspiro a liderar procesos administrativos en un establecimiento educativo. También me identifico con su forma de enseñar: correcta, organizada, pulcra, entregada a su labor, respetuosa y con un gran cariño para los estudiantes. Siempre le escuché decir que el maestro tiene que ser reconocido por su ética; por ello, resaltaba mucho la presentación personal y

nos enlistaba en los pasillos para revisar los uniformes, para mí siempre fue un honor portarlo adecuadamente.

Al terminar mis estudios ya tenía varias experiencias en mi quehacer docente, a continuación compartiré tres de ellas. En primer lugar se encuentran mis prácticas pedagógicas: interactué con estudiantes con necesidades educativas especiales (NEE), me interesé en fortalecer conocimientos acerca de la pedagogía para niños con discapacidad motora, cognitiva, auditiva, visual, autismo y síndrome de Down; bajo la orientación de la educadora especial. Así, planeábamos las clases y el material didáctico en el aula especial. Vale la pena recordar que,

> En 1993, las normas uniformes sobre la igualdad de oportunidades para las personas con discapacidad, promueven la idea de la integración en el campo de la educación. En 1994, la Declaración de Salamanca y el marco de acción para las necesidades educativas especiales, estipula que "las escuelas deben acoger a todos los niños, independientemente de sus condiciones físicas, intelectuales, sociales, emocionales, lingüísticas u otras". (Camargo, 2018, p. 182).

Hoy en día, "la educación inclusiva implica que todos los niños y niñas de una determinada comunidad aprendan juntos, independientemente de sus condiciones personales, sociales o culturales, incluidos aquellos que presentan una discapacidad" (Dussan, 2010, p.77).

En segundo lugar está el programa de alfabetización para adultos, experiencia en la cual apoyé a los adultos de mi barrio. Allí les enseñé a leer y escribir. En tercer lugar, trabajé con niños de grado párvulo en un centro infantil privado de mi localidad. Ingresé al pregrado en Gestión Cultural de la Universidad de Antioquia. Un poco tímida al inicio, pero después empecé a desarrollar habilidades para liderar procesos educativos desde el fomento de la cultura. Así pues, con el ánimo de perfilarme como profesional realicé una especialización en Planeación Educativa y Planes de Desarrollo en la Fundación Universitaria Juan de Castellanos, ubicada en Tunja. Fue entretenido encontrarme con otras miradas sobre la educación superior en otra institución. Finalmente, me postulé a la línea de Gestión, Evaluación y Calidad de la Maestría en Educación de la Universidad de Antioquia, lo que desplegó un trabajo de investigación en la subregión de Urabá.

Durante este proceso de aprendizaje suplí una vacante y tuve el privilegio de desempeñarme como docente

en la Institución Educativa San Martin de Porres, en los grados superiores. Luego del nombramiento en propiedad trabajé en básica primaria. Cabe resaltar que la enseñanza en los diferentes niveles educativos y las dinámicas sociales, culturales, políticas y económicas que se viven en los territorios rurales y urbanos me permitió tener una visión amplia de la educación en el país. Especialmente, al analizar las necesidades educativas que atraviesan los estudiantes y docentes, las relaciones de poder, los cambios que asume una comunidad en sus prácticas culturales debido al desplazamiento, las nuevas formas de construir su hábitat y las formas de "aprender a aprender". Para Patarroyo y Navarro (2017),

> El aprender a aprender se basa tanto en el reconocimiento de las capacidades individuales y del entorno, como en los procesos de administración del aprendizaje; se trata de una conciencia y autoconciencia que se acompaña de la capacidad de regulación y manejo de los procesos y capacidades de los que se es consciente. (p.3).

De allí que los docentes tengan responsabilidad social y alto reconocimiento de la comunidad. Este conocimiento se consolida en la práctica educativa, es decir, en los diferentes contextos en los que se desenvuelve el educador, y en el uso de diferentes métodos de enseñanza y modelos educativos flexibles, por ejemplo, la Escuela Nueva. En ese mismo orden de ideas me propuse, con el apoyo de algunos docentes, reactivar la Mesa de Microcentros Rurales a nivel municipal. Me acerqué al director de núcleo, Héctor Ríos Jiménez, quien me acompañó en la asesoría del proceso. Fue un reto asumir la responsabilidad de la mayor planta de maestros del municipio ubicada en la zona rural. Además, ganarme la confianza y aceptación de mis colegas fue un verdadero desafío.

Como producto de ello se inició un ciclo de capacitaciones entre pares, en el cual se buscaba actualizar al docente en el uso de estrategias metodológicas en escuelas rurales y desarrollar habilidades de investigación en el aula (el maestro rural, un maestro investigador en territorios pluriétnicos). Porlán (2011) afirma que,

> El profesor como investigador en el aula [...] es el mediador fundamental entre la teoría y la práctica educativas. Las características de su trabajo profesional le confieren un papel regulador y transformador de toda iniciativa externa que pretenda incidir en la dinámica de las aulas, [...] se contrapone aparentemente a la de un sujeto pasivo que aplica mecánicamente el currículum establecido. (p.37).

Con base en lo anterior se puede decir que el maestro investiga y reflexiona su práctica mediante la interacción con sus educandos y su entorno. Después de un traslado interno por parte de la Secretaría de Educación al casco urbano, orienté mi ejercicio profesional en la consolidación de una mesa de trabajo con docentes de las plazas afro en el municipio, con el ánimo de continuar el fortalecimiento de los proyectos etnoeducativos en las instituciones; pero esta vez desde los maestros. Sin embargo, los avances no fueron suficientes, ya que no contamos con la aprobación para los encuentros.

De la misma manera, fortalecí otros procesos en mi práctica pedagógica. En la Institución Educativa Miguel Vicente Garrido Ortiz, sede Santa María Goretti, acompañé la consolidación del Comité de Inclusión Educativa que permitiera la adaptación a la Ley 1421 del 29 de agosto de 2017. En este momento trabajo en la propuesta para la incursión de la cátedra de Etnoeducación y Estudios Afrocolombianos desde el grado preescolar hasta once.

Entre tantas experiencias quiero resaltar una que ha marcado mi quehacer pedagógico. En el año 2017- 2018 me asignaron un grupo un poco indisciplinado y con bajo rendimiento académico. Es por esto que debía utilizar estrategias que me permitieran enfatizar el autorreconocimiento. Iniciamos el análisis del Manual de Convivencia, hicimos lectura y resaltamos los deberes que se incumplían. De esta forma, se convertía en un reto para todos velar por el acatamiento de la norma para mantener buenas relaciones. ¿Cómo lo hicimos? De forma lúdica, dinámica y participativa; para ello utilicé las siguientes estrategias:

Primero, con el objetivo de recuperar la confianza entre ellos e inculcar el respeto por la diversidad en el grupo, utilicé una estrategia semanal llamada “El correo de la amistad”, la cual consistió en escribir un mensaje positivo al compañero con quien más o menos interactuaban en el salón de clase. Cada uno elaboró un sobre, decorado y rotulado, algunos añadían confites, otros pedían disculpas por malos entendidos, etc.

Segundo, construimos el “Semáforo de emociones”, identificamos situaciones que nos entristecían, alegraban y enojaban. Así, los niños escribieron en la cartulina sus sentimientos. Posteriormente, socializamos y planteamos alternativas de solución. Finalmente, hicimos un decálogo de normas que debíamos valorar.

Tercero, realizamos actividades que nos permitieran construir una sana convivencia: campañas de aseo, exposiciones, participación en actos culturales, etc. Como resultado, se minimizaron notablemente los conflictos

entre compañeros. Acordamos como estímulo, con carácter de aprendizaje y sano esparcimiento, una salida de campo para explorar los ecosistemas que nos rodean: "Reconociendo mi contexto".

Dicha experiencia tiene como tema central las lecturas de los estudiantes a partir de la interacción con el entorno natural, social y cultural, con el fin de fortalecer las competencias (lectora, científicas y ciudadanas) en las diferentes áreas del conocimiento. De este modo, se dinamiza la enseñanza problémica, como lo contemplan el PEI, el Modelo Pedagógico y el PMI de la Institución. Además, se realiza aprendizaje significativo al fortalecer las habilidades del pensamiento, como la observación, la descripción, la explicación de fenómenos naturales y sociales; mediante la realización de salidas de campo como un espacio pedagógico distinto al aula de clase, en el cual se desarrolla una ruta metodológica para el alcance de los objetivos propuestos.

Mediante la aplicación de la experiencia se mejora el trabajo en equipo, el respeto de las opiniones y la convivencia entre estudiantes y profesores. También se aprende a investigar, analizar, argumentar y proponer desde las características de la organización natural y el comportamiento social, pues se parte de un saber teórico a un saber vivencial-cultural. Con este proceso desarrollamos la conciencia intercultural (Henao, Gómez y Murcia, 2019).

Continué las estrategias con niños del grado segundo en situación de discapacidad o dificultades de aprendizaje. Cambié el método de enseñanza tradicional y se crearon planes de acompañamiento personalizados. Usé el juego y el arte, utilicé las TIC como herramientas y vinculé en este ejercicio a la docente orientadora de apoyo pedagógico y al Comité de Inclusión Educativa de la institución educativa.

Por otro lado, esto me ha permitido fortalecer y mejorar las clases. El apoyo que ofrece el tutor del Programa para la Excelencia Docente y Académica: Todos a Aprender (PTA) del Ministerio de Educación Nacional ha sido fundamental en el proceso. Además, las caracterizaciones diagnósticas en lenguaje y matemáticas han generado en los chicos deseos de aprendizaje, con actividades como el "Festival poético y de rondas", "Lee un libro por año", "El tren literario", "El festival del dulce", entre otras.

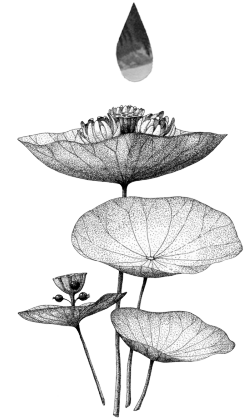
Ha sido gratificante ver los resultados de los estudiantes. Además, se observa un alto grado de compromiso de los padres de familia, quienes hacen acompañamiento, se acercan a la escuela, apoyan procesos y ven a la docente como su aliada en el proceso de formación de

sus hijos. Actualmente, participo en el Comité de Inclusión Educativa (debido a las herramientas adquiridas en seminario NEE orientado por la gobernación) y en el Consejo Académico (ajustamos el sistema de evaluación institucional, los planes de área, y monitoreamos los comités de evaluación y promoción de grado). Todo esto con el propósito de mejorar la calidad educativa en la institución y fortalecer los ambientes de aprendizaje.

En conclusión, estamos frente a un sistema educativo que requiere reformarse, y un actor clave es el docente que transforma, investiga, incentiva y guía; en palabras de Paulo Freire (2004):

> [...] enseñar no se agota en el "tratamiento" del objeto o del contenido, hecho superficialmente, sino que se extiende a la producción de condiciones en que es posible aprender críticamente. Y esas condiciones implican o exigen la presencia de educadores y educandos creadores, instigadores, inquietos, rigurosamente curiosos, humildes y persistentes. (p.13).

Esta reflexión hace parte de mi diario vivir. Motivo por el cual comencé este escrito con una frase subjetiva. Uno de los retos es seguir aportando a la calidad, evaluación y gestión educativa desde la formación académica, a través de la sistematización de mis prácticas pedagógicas como docente, que sirva como instrumento para los nuevos profesionales de la educación. Como explica Iovanovich (2007), la sistematización constituye "una forma específica de investigación que permite la recuperación a posteriori de la práctica, de los saberes y los conocimientos que han sido eficaces para operar sobre la realidad" (p.1).



Si la escuela forma, el mundo se transforma.

Referencias

Camargo, A. (2018). Breve reseña histórica de la inclusión en Colombia. *Revista Internacional de apoyo a la inclusión, logopedia, sociedad y multiculturalidad, 4*(4), 187-187.

Dussan, C. (2010). Educación inclusiva: Un modelo de educación para todos. *ISEES: Inclusión Social y Equidad en la Educación Superior,* (8), 73-84.

Freire P. (2004). *Pedagogía de la autonomía.* Paz y Terra.

Henao Mejía, E., Gómez Salazar, J. y Murcia Yalí, J. (2019). Intercultural awareness and its misrepresentation in textbooks. *Colombian Applied Linguistics Journal, 21*(2), 179-193. https://doi.org/10.14483/22487085.14177

Iovanovich, M. (2003). La sistematización de la práctica docente en educación de jóvenes y adultos. *Revista Iberoamericana de Educación, 36*(42).

Patarroyo, C. y Navarro, M. (2017). Aprender a Aprender: La apuesta pedagógica de la Universidad del Rosario. *Reflexiones Pedagógicas URosario,* (9).

Porlán, R. (2011). El maestro como investigador en el aula. Investigar para conocer, conocer para enseñar. En P. Morán (Ed.), *Docencia e investigación en el aula. Una relación imprescindible* (25-45). Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación.

EL CAMINO DE LAS ALICIAS[1]

Omar Eduardo Montes Valencia*

*Rector de la Escuela Normal Superior Pbro. José Gómez Isaza del municipio de Sonsón. Correo electrónico: omaredomon@yahoo.es

[1] Narración de historia de vida a partir de la recreación del diálogo con cuatro maestras rurales oriundas de Sonsón.

Resumen

La primera experiencia docente carga de recuerdo y significado la vida del maestro. Partir del hogar y llegar a un lugar apartado de lo urbano cobra un cambio radical de vida y enruta un estilo de acercarse a las comunidades rurales para promover la relación desde la escuela hacia lo global y convertir la enseñanza en la herramienta para pasar el umbral e ir más allá de lo imaginado. Al recopilar esas sensaciones en el marco del relato y el sentimiento afloran los más bellos recuerdos que el maestro puede poseer.

Palabras clave

Escuela rural, experiencia docente, historia de vida.

El Gato se limitó a sonreír al ver a Alicia. Parece bueno, pensó Alicia; [...] y prosiguió: —Te importaría decirme, por favor, ¿qué camino debo tomar desde aquí? —Eso depende en gran medida de adónde quieres ir —dijo el Gato. —¡No me importa mucho adónde...! —dijo Alicia. —Entonces, da igual la dirección —dijo el Gato. Añadiendo: ¡Cualquiera que tomes está bien...! —...Siempre que llegue a alguna parte —añadió Alicia a modo de explicación. —¡Ah!, —dijo el gato—, ten la seguridad de que llegarás, sobre todo si caminas bastante, añadiendo: ¡Nadie camina la vida sin haber pisado en falso muchas veces!
Lewis Carroll

Como en un cuento de hadas, desde temprana edad las maestras dibujan en su mente, como Alicia, un mundo maravilloso que les sorprende y asombra a cada paso: el mundo de sus sueños, el País de las Maravillas. Nuestras Alicias descorrerán en estas líneas la vocación, el deseo apasionado por su labor, la descripción de la elección tomada y las dificultades para afrontar la primera experiencia pedagógica en el área rural.

Formarse para ser maestro y tomar la decisión de hacer el primer camino hacia la escuela rural es un reto personal y profesional que, al igual que lo hizo la protagonista de la historia de Lewis Carroll, se asume con miedo; pero con valentía, con la seguridad de que los obstáculos se pueden superar, que los temores se pue-

den vencer y que el camino emprendido, a pesar de las confusiones, es el correcto en el inicio del desempeño profesional.

"Te importaría decirme, por favor, ¿qué camino debo tomar desde aquí?": el camino de nuestras Alicias

Nuestras Alicias, a quienes con su venia nombraremos Estella, Ismanda, Gabriela y Claudia, guardan en común su patria chica: Sonsón, y la formación recibida en la Sección Pedagógica para prepararse como maestras. De su origen humilde y de su vocación habla su paso por la escuela de niñas, su sueño de ser maestras, sus juegos que trascienden en el aire con las esperanzas de convertirse algún día en ejemplo vivaz para sus coterráneos.

Cada una de ellas, como Alicia, lee atentamente. Aunque prefiera los libros de dibujos y láminas se esfuerza para asistir al colegio, hacer sus deberes, superar las pruebas y exámenes y cumplir con las tareas del hogar. En sus quimeras reposa en lontananza la idea de conseguir su anhelo: convertirse en maestra e iniciar una vida profesional intachable.

Nuestras Alicias crecen poco a poco en sabiduría, edad y ejemplo. A su vez, se esfuerzan mucho más cuando después de ganar el examen previo dan el primer paso: ingresar a la Sección Pedagógica. ¡Cuánta alegría contenida!; pero a la vez, reto inefable. Llegar a la preparación significó en sus vidas un gran logro, más ahora, que se esbozaba una nueva meta al egresar: iniciar la experiencia docente fuera de las aulas del colegio.

Con dificultad, por las altas exigencias y los inconmensurables momentos dedicados al estudio, preparación de clases, prácticas pedagógicas y exámenes de fin de curso, nuestras Alicias alcanzaron el título merecido a su esfuerzo académico: maestra, bachiller pedagógica, normalista superior, cada una según la época en que hubiese egresado. Recibir el título no era suficiente porque ya aparecía una nueva incertidumbre: encontrar el sitio para desarrollar su labor, tarea que se agudizaba en el seno de sus hogares con voces de aliento y otras de desesperanza; pero ellas, como Alicia, se negaron a dejar que alguien más definiera lo que era imposible.

Aparentemente, Estella, Ismanda, Gabriela y Claudia se encontraban perdidas, como cuando nuestro personaje se encuentra al Gato Sonriente. Tenían un título que las acreditaba para un empleo como maestras, pero se encontraban confundidas en su deseo de buscar la estabilidad y poner en práctica lo que tan caro esfuerzo les había costado: ejercer lo que por vocación habían escogido ser. Iniciaron en este punto innumerables idas

y regresos a la capital, a las oficinas del distrito o del núcleo educativo, con el fin de hallar quien les ayudara; pero, como el Gato Sonriente, a veces bondadoso o a veces malicioso, tornaban respuestas inconclusas y ellas quedaban a la espera de ver su nombre en un listado del periódico o recibir una llamada, en el mejor de los casos. Pasan varios meses o hasta algunos años y nuestras Alicias siguen luchando por encontrar una ruta que les ayude a iniciar el camino.

La fe y la vocación continuaban firmes e intactas en sus corazones. Cada una seguía cultivando en su interior el deseo de cumplir con su misión; aunque el tiempo se les convirtió en una larga espera y en la causa de un de-saliento que las llevó casi a desistir. Tal vez tiene razón Meléndez (2000) al afirmar que "la verdad es que casi todos vamos por la vida al igual que Alicia, un poco sin saber adónde ir y cuando más o menos sabemos algo, se nos dificulta el cómo podemos lograrlo" (párr.4).

Pasado el tiempo llega el momento para que nuestras Alicias tengan su momento de gloria al iniciar su carrera docente, aquí la aventura de la vocación se pone a prueba en sus vidas, en "esa Alicia que ha vivido en el recuerdo de muchos o en el corazón de todos, [que] pocas veces la habréis visto como la protagonista de cuentos o de novelas" (Lobo, 1976, p.7), y que son parte de nuestro relato.

"Eso depende en gran medida de adónde quieres ir": del inicio del camino

Nuestras Alicias: Estella, Ismanda, Gabriela y Claudia, después de ires y venires llenaron sus oídos y sus cabezas con el llamado a iniciar la labor docente. Mágicamente sus mentes se inundaron de alborozo y entusiasmo e iniciaron a dibujar, en colores del recuerdo, un camino que las llevaría al destino: su primera experiencia pedagógica. Ellas, como Alicia, eligen ser una flor silvestre en lugar de una flor de maceta, eligen seguir su vocación y en vez de simplemente existir saldrán de sus hogares hacia la escuela rural y se convertirán en lo que quieren ser.

La primera reacción es la alegría por alcanzar la meta siguiente a la obtención del título: ser nombradas como maestras e iniciar su vida laboral. En este estado comenzarán un largo camino, y aunque son doctas en geografía ninguna imagina su destino final. Las anima el hecho de hacer su vida, y ahora, más que nunca, este camino se escribirá con las imágenes y aromas del recuerdo, un recuerdo que las marcará para siempre y dejará hondo calado en sus mentes y corazones, donde el tiempo se detendrá y lo evocarán como si hubiera pasado ayer.

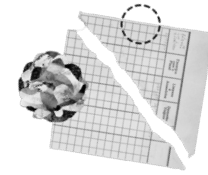
Nuestras Alicias se hallaban seguras en la comodidad de sus casas, tenían lo suficiente, pero ahora, después

de su nombramiento, se apearán de unas cuantas cosas y de una compañía temporal que vería, por propia convicción, a qué lejanía llegarían y en qué montaña les añorarían, pues en tiempo largo no disfrutarían de su presencia en el seno del hogar. Aquí Estella, Ismanda, Gabriela y Claudia se armarían de valor para aventurarse a descubrir qué hay del otro lado, qué hay más allá del pueblo natal, y revivir la infancia campesina de algunas o explorar por primera vez el entorno rural en largas jornadas, para llegar a inhóspitos lugares que solo se recreaban en escritos de autores que leyeron y que hicieron volar la imaginación. Tal vez esta es la primera lección: nunca tener miedo de correr riesgos, estar dispuesto a atreverse, estar preparado para lo que se presente y entrar en lo desconocido.

Antes de iniciar la marcha, con el corazón contrito, con la desazón de sus familiares por la lejanía, por la ausencia de comodidades, por el acceso abrupto y por la privación de lo material, nuestras Alicias tratan de averiguar cuál es su destino. Para algunos son ellas unas heroínas y para otros demasiado ingenuas o "locas" por aceptar la estadía en esos lugares; pero la decisión está tomada y la asumen con responsabilidad. En este instante, en este inicio del para siempre, que describiera el Conejo Blanco como un segundo, nuestras Alicias le preguntarían a quienes las desalentaran en sus propósitos cómo es que sabían que ellas estaban locas, y los desalentadores responderían que tendrían que estarlo o no habrían venido hasta aquí. Y esas palabras, aunque sacadas de la magia de la literatura, serían la constante que las acompañaría en todo el viaje.

Ahora nuestras Alicias se arman de valor y comienzan el primer tramo de su andar. Parten de casa dejando en los suyos tristeza, lágrimas e incertidumbre, y toman el transporte que las llevaría a conocer lo que para otros era el imposible de ir o de llegar. Este primer viaje iniciaría en escalera, luego se presentarían al jefe inmediato y al día siguiente, a pie, harían el recorrido más largo de la existencia, no solo por lo escabroso del camino, sino por las dudas sobre qué hacer o qué decir, cómo actuar, a quién encontrar, los peligros que podían correr solas en un lugar agreste o la distancia del hogar.

A pesar de su sencillez y su vocación a flor de piel, este camino era solo el primer paso de la aventura. No era fácil comenzar a trasegar, en medio de la agreste montaña, el camino de herradura, llenarse de evocaciones y ansias de regreso y no tener la capacidad para comentar con el compañero de viaje lo que se cargaba en el alma por la elección tomada. La mente, entre tanto, preguntaba si faltaba mucho todavía, cuál sería la hora de llegada, si era momento de descansar



o si aún estaba lejos la escuela. Sentirse lejos del hogar era en sí mismo un logro, pero a la vez una motivación para retornar pronto.

Este instante, este para siempre que pesaba cada vez más, se acompañaba de decisiones, expectativas y nuevos conocimientos, los cuales desde lo retórico en la formación parecían casi imposibles o abismales por la forma en que se narraron; pero son estos los que hacen de la primera experiencia docente un espacio que se llena de albores y descubrimientos, a la vez que despiertan en el alma del maestro el verdadero valor de hacer las cosas con amor.

Largas horas pasaron y sirvieron de antesala al arribo al local de la escuela, encumbrado en una montaña, al borde de un río o enclavado en una pradera, donde a primera vista se podía leer desarraigo o amor, cuidado o abandono, simpleza o rusticidad, cada uno a su modo sería el lugar que albergaría el nacimiento de nuestras Alicias como maestras. Algunas corrían con la suerte de la afabilidad del campesino, otras con el desdén de sus antecesores y otras trataban de valerse por sí mismas en un mundo desconocido, pues la compañía de alguien cercano sería en pocas horas solo un recuerdo más de esta experiencia; quedarían a merced del lugar donde ahora se hallaban.

Finalmente arribaron, sus pies cansados, la mente agobiada y sorprendida, después de un camino casi hasta la eternidad, que se marcó con la frase del Gato Risueño: “Ten la seguridad de que llegarás, sobre todo si caminas bastante” (Carroll, 2003, p.60), que fue repetida por los acompañantes, por los transeúntes del camino, por los que atendían las fondas, por los nuevos conocidos de viaje; y que retumbaría por siempre en las mentes de nuestras Alicias.

Como en el País de las Maravillas, Estella, Ismanda, Gabriela y Claudia quedaron anonadadas ante la riqueza natural, la exuberancia de la vegetación, la percepción del aire mismo, la caricia del viento y el paisaje, de aquellas cosas que la ciudad no deja entrever y hace olvidar en la rutina del “progreso”. Como Alicia dijera: “¡Qué desconcertantes son todos estos cambios! ¡Nunca estoy segura de lo que voy a ser un minuto después!” (Carroll, 2003, p.50). Este arribo a la escuela, a la primera estancia de sus vidas pedagógicas, en la toma de posesión de sus cargos, en el lugar que les designa una autoridad educativa, reflejaba la pericia y el impacto que constituiría el futuro en su quehacer docente.

“Creo que sí estás demente. Pero te diré un secreto: las mejores personas lo están”: los aprendizajes en la experiencia

Cuando nuestras Alicias recibieron la noticia de que iniciarían su labor en una escuela rural alejada, comenzaron a entretejerse comentarios en sus entornos; pero ellas dejaron prevalecer su vocación para enfrentarse a ese territorio inimaginado que hace eco en la mente. Aquí inicia el espacio desconocido y por conocer, un camino que en principio no saben a dónde las llevará. Todas afirman al unísono que una cosa es verlo en un mapa, pero que otra muy diferente es recorrerlo y vivenciarlo por los sentidos.

Ahora el mapa cambiaba, uno era el contenido en su cabeza, otro el del libro de texto y otro el que aparecía dibujado en la escarpada montaña. Las palabras se convertían en nuevas joyas por esculpir, y en medio del nerviosismo aparecían frases un poco rimbombantes que dejaban atónitos a sus alumnos y a la comunidad a la cual asistían. Así iniciaron su contacto social en ese lugar, sin saber cómo enseñar, a pesar de recordar sus prácticas en el colegio, sin encontrar cómo entablar una reunión con la comunidad y qué hacer con los niños en una jornada que parecía eterna. Nuestras protagonistas se asemejaban a Alicia cuando “no tenía la menor idea de lo que era la latitud, ni tampoco la longitud, pero le pareció bien decir estas palabras tan bonitas e impresionantes” (Carroll, 2003, p.8).

Arribar a una nueva zona, a un lugar desconocido y desprovisto de lo básico, ahí concluye para nuestras Alicias el primer capítulo de este camino recorrido hacia la escuela. Ya solas en el centro educativo, sus primeros discípulos, que aparecían como por arte de magia saliendo de los matorrales y algunos divisados desde la lejanía, con sus sonrisas se convertían en bálsamo para su soledad. Cada una, disimulando el llanto y la preocupación, se abría paso a la experiencia en medio de condiciones muy diferentes a las del hogar materno, donde lo social apremiaba en un nuevo contexto, las costumbres eran diferentes y el clima atacaba con el calor del medio día.

En este punto sopesaban lo que sabían, cerraban sus ojos para tratar de recordar cada estrategia aprendida en la formación docente, pero también se hallaban frente a una realidad latente. Al atardecer, cada una desde la escuela miraba cómo se perdían sus alumnos entre el espeso monte y los diminutos caminos, equiparándose a la hermana de Alicia cuando “ella, sentada con los ojos cerrados, casi se creía en el País de las Maravillas, aunque sabía que sólo tenía que abrirlos para que todo se transformara en obtusa realidad” (Carroll, 2003, p.8).

Las maravillas estaban dibujadas en sus mentes y ahora era su compromiso hacerlas realidad con su labor y que nunca se afirmara de ellas que "perdían mucho tiempo y no enseñaban nada" (Lobo, 1976, p.46).

En medio de esta angustia por el lugar ahora habitado y por las personas que seguirían encontrando, nuestras Alicias dan inicio al conocimiento del territorio, que pasa de verse como un simple mapa, un lugar en la memoria colectiva o una mención en algún libro de geografía, a canalizarse en los sentidos, dejando una huella indeleble al recorrer parajes inusitados, despoblados o alejados de lo urbano.

Aparecen nuevos retos personales y profesionales que se desencadenan en la vivencia cotidiana: identificar las nuevas costumbres, cultura y particularidades de la comunidad donde desarrollan su labor; adaptarse para convivir en ella de forma armónica, leer los cambios y condiciones sociales para ser agentes de mejoramiento, comprender que la lejanía geográfica no es obstáculo para entretejer relaciones sociales que promuevan un reto a nivel personal y social; y enfrentar la experiencia pedagógica haciendo gala de la ética profesional y misional que reviste la figura del maestro.

"¡Nadie camina la vida sin haber pisado en falso muchas veces!": la experiencia de los sentidos

La experiencia de salida de casa y el arribo a la escuela rural, la osadía de partir hacia una nueva aventura y la decisión de continuar el camino marcado por la vocación, la cual se convertía en el aliciente constante para luchar por la educación y la comunidad, marcaba en la vida de nuestras Alicias un terreno en el cual, donde con acierto y algo de desatino, se daban a la construcción de una reputación propia que se replegaba. Ya eran designadas maestras y con ello escribían en sus vidas la marca indeleble que durante toda su existencia seguirá siendo su vestido y su título.

Ellas se maravillaban cada vez más de las cosas simples y del cariño devoto de alumnos y comunidad, que se fueron granjeando en su conexión con el territorio y sus habitantes. La sencillez y calidez de las gentes hacían para ellas más agradable el paisaje y el tiempo; pero también se entretejía la relación con los sentidos, las percepciones y las impresiones que inundan de sentimiento la memoria.

Este punto de partida en la labor docente, que podríamos llamar confuso, había convertido a nuestras Alicias en exploradoras de nuevas sensaciones, que se traducen en caminos, pensamientos y formas de hacer la labor en medio de un vínculo intrínseco con todo aquello

que las rodeaba y maravillaba. Olores, sabores, sonidos y miedos se conjugaban para aprender, para instituir los hitos del desarrollo de la labor docente y mejorar si en algún momento de flaqueza se había fallado o cometido algún error. Esta relación que despierta la imaginación y llama a la reflexión es para Alicia "la única arma en la guerra contra la realidad".

Aquí ya se reviven los miedos: al camino, a los calvarios (que escribían la historia violenta), a los mitos y leyendas locales, a las culebras y los sapos, que en más de una ocasión les jugaron una mala pasada; pero cada lugar que rodeaba la escuela rural se revestía de una magia que con sus sonidos las sorprendía en las noches de desvelo. Los sonsonetes rítmicos de su cerebro encontraban compañía en el correr del agua en el río o la quebrada cercana, el ruido de las chicharras y los grillos, el ulular de los búhos, y hasta en el silencio de la montaña, que se podía escuchar.

Muchas veces a nuestras Alicias, después de las lágrimas pausadas que añoraban el hogar, las animaba el despertar en medio del olor a campo, a naturaleza, a hierba y a madera recién cortada, que alborozaba las madrugadas. Olían la presencia del ganado, el dulce de la panela que hervía en las rústicas cocinas y que anima y revitaliza, el café caliente y la molienda, cuando iniciando los fines de semana los campesinos empezaban a procesar la caña y envolvían el ambiente con ese aroma suave y fresco que hace olvidar las penas.

Deleitar el gusto con los alimentos era otro aliciente para emprender la jornada. Alimentos caseros y cocidos sobre leña o brasas, un chocolate caliente o una arepa con queso recién molido generan hoy la recordación sublime de los momentos vividos. Después de todo, nuestras Alicias ya habían encontrado su País de las Maravillas, que a su modo debían ayudar a mejorar. Lo más importante es que, como en la obra de Carroll, nunca serían la misma persona que fueron el día de ayer, y esta es la segunda lección.

"Comienza por el comienzo y sigue hasta que llegues al final. Entonces, paras": epílogo

En la vivencia y narrativa del acaecimiento de la llegada a la escuela e inicio de la primera experiencia docente, la ruralidad enfrenta al maestro a una realidad no solo paisajística, sino también con un espacio enriquecido por aquellos que tienen una historia y que están rodeados de unas circunstancias concretas. Por ello sitúa al maestro frente a quienes, con subjetividad propia, tienen una manera peculiar de ser y de estar; condiciones que se convierten en centro de interés, pues sin esta comprensión sería imposible construir la obra de arte de un maestro rural: sus alumnos y comunidad.

Este ejercicio reflexivo del quehacer del maestro se puede considerar un momento de relación consigo mismo y de fortalecimiento de la propia identidad en medio de las realidades sociales. En este se construye poco a poco la especificidad desde una reflexión que no puede ser minúscula y que, ante todo, debe estar cargada de una significativa motivación, ajena a cualquier otro interés que no sea el de ese alguien que espera encontrar un referente en su caminar, que busca una respuesta que le dé seguridad y le permita saborear la riqueza de la cotidianidad con su tinte de sabiduría; ese "sabor de lo bueno" donde se da el encuentro con el descubrimiento propio del que vuelve sobre su misma práctica.

La reflexión constante, "que es un cuento sencillo, como sencilla es la más humilde de las escuelas rurales" (Lobo, 1976, p.7) busca ahondar en el maestro, detectar y dimensionar la experiencia en el contexto, como también interpretar e interpelar los imaginarios con la realidad para no hundirse en el desaliento por las condiciones o quedarse en un activismo que genere descontextualización de la labor.

Para nuestras Alicias dicha reflexión puede develarse en factores históricos y culturales que enmarcaron el desarrollo de la experiencia pedagógica y el acercamiento a las comunidades rurales. Estos factores podrían considerarse las rutas que guiaron la labor docente y delinearon el acompañamiento de la vivencia en medio de las comunidades: rutas que por su contenido muestran ideas estructurales y permiten el cuestionamiento constante del maestro para mediar entre el quehacer pedagógico y la relación entablada con su sociedad.

Finalmente, el cambio dado por nuestras Alicias a partir de la primera experiencia docente nos deja también una lección: "nadie alcanza la meta con un solo intento, ni perfecciona la vida con una sola rectificación, ni alcanza altura con un solo vuelo" (Melendez, 2000, párr.8). Solo la constancia y el enfrentamiento con la realidad permite alcanzar las metas deseadas, y para ellas se concedió servir a la nobilísima tarea de la educación, iniciando en la zona rural.

Referencias

Carroll, L. (2003). *Alicia en el País de las Maravillas.* Ediciones del Sur.

Lobo, C. (1976). *Un camino para todos.* Editora Dosmil.

Meléndez, J. (2000). *¿Sabes hacia dónde vas y cómo llegar?* https://www.monografias.com/trabajos15/reflexiones/reflexiones.shtml

LA MAGIA DE JUGAR A SER MAESTRA

Martha Noelia Montoya Gómez*

*Maestra de la Institución Educativa Manuel José Sierra, sede rural Jamundí, municipio de Girardota. Correo electrónico: marthamontoya752@gmail.com

...Y pensar que de niña no me interesó jugar a ser la profe, siempre fui la estudiante.

Ingresé al sistema escolar sin hacer transición, pues en aquella época no era obligatorio. Llegué al grado primero con una maestra llamada Socorro Jiménez, una profesora alegre, pero estricta. Nos enseñaba a cantar y a bailar, hacía rondas, recitaba poesías y nos ponía música. Aún recuerdo aquella cancioncita: "coco ua, coco ua, la gallinita poquito a poco se fue a jugar".

Sin embargo, este sistema escolar nos sentó en filas en las que debíamos aprender lo que la escuela quería y no lo que deseábamos. De mi grado primero rememoro lo afectiva que fue mi maestra conmigo, creo que fui su preferida en ese año. Con el paso de los días fui creciendo hasta llegar al bachillerato, un paso gigante cuando se llega a un colegio inmenso. No sé si es porque la gente ya era "grande" que encontré aquí profesores fríos, que solo daban la clase y no se preocupaban por los estudiantes. Aburrida de este claustro me dediqué a buscar lo bueno del colegio, que definitivamente era el recreo, donde podía ver los equipos de los diferentes deportes jugando un partido, aplaudiendo y riendo, como se hacía en la escuela. Aun así, no era feliz.

Ah, pero de esta época sí recuerdo mucho a una profesora gruñona, que pese a todo no pudo impedir el que yo me riera en clase, hablara con los compañeros del lado y comiera, a escondidas, trocillos deliciosos; pero siempre sentada en primera fila para no desconcentrarme, porque atrás sería un desastre. Los profes me aguantaban un poco porque académicamente rendía y era buena, pues no me corchaban cuando me llamaban la atención, y tampoco llamaban a mi acudiente con tanta frecuencia.

En mi cabeza se había metido la idea de que quería ser medica cuando fuera grande, y para ello tenía que prepararme. Ingresé a la Cruz Roja como voluntaria y disfruté hasta el último momento. De repente se me prendió la chispa de querer formarme en el Presbítero Bernardo Montoya Giraldo, un colegio donde tenían dos modalidades: Ciencias Naturales y Pedagogía; pero por mi indisciplina, anotada en mi hoja de vida, no me dieron el puesto. Debí rogar y comprometerme a mejorar y a cambia —aunque aún lo deben estar esperando—. Mentira, sí cambié, pero nunca llegué a la meta que ellos esperaban.

Inicié entonces a estudiar allí. Era un colegio grande, con mucho espacio verde y con una caballeriza al lado. Contaba con una cantidad muy significativa de estudiantes y con muchas profesoras y profesores que eran cálidos, amables, sonreían en las clases y de vez en cuando nos hacían reír. Teníamos maestros para cada materia y otros para las de modalidad, ¡y qué gran sor-

presa cuando nos pusieron a desarrollar las prácticas de Pedagogía en los salones de la escuela anexa (los de primaria) y otras escuelas de convenio! Dictábamos clases, organizábamos presentaciones, recreábamos los niños, hacíamos carteleras. Mejor dicho, según los profes nos preparábamos para ser maestros de aula. Luego, las prácticas de Ciencias las hacíamos reciclando, sembrando arbolitos, produciendo abono y limpiando la quebrada, además pasábamos buena parte de la tarde en los laboratorios. Como decían algunas mamás, "brinconeábamos" por todo el colegio.

Resulta que en ambas practicas me iba muy bien y eso era garantía de continuar grado décimo en el colegio y ser aceptada para la modalidad de Ciencias Naturales, con lo que esperaba prepararme más para el examen de admisión de la universidad y ser estudiante de Medicina. Así fueron pasando los días. Pocos teníamos la posibilidad de elegir a qué modalidad queríamos ingresar, pues las coordinadoras, de acuerdo con el desempeño, las habilidades y las actitudes determinaban el ingreso. En mi caso era muy claro: tenía el perfil para ambas, los profesores creían en mí y mi familia me apoyaba. Ya me sentía una estudiante de Ciencias.

Sin embargo, en octubre nos sentó en el banquillo la "Santa Inquisición" (así llamábamos el comité de la modalidad, que estaba conformado por el rector, los coordinadores y los profesores). Delante de ellos cada uno pasaba, se sentaba y justificaba el porqué de su elección. Yo no tenía problema porque ya me habían dicho que podía escoger, pero era estresante porque muchos salían llorando al no ser admitidos y debían buscar colegio para estudiar el próximo año.

Estando sentada ya en el banquillo y viendo la cara de aquellos docentes que decían orgullosos "ya sabemos que elegiste Ciencias Naturales porque serás una médica", surgieron las palabras de Dioselina Zapata, que apuntó a decir: "Hubiera sido una gran pedagoga por su chispa y creatividad". Aunque había estado demasiado segura solo dije "No, yo me voy por Pedagogía porque seré una maestra de médicos". Estas palabras crearon conmoción, palidez y *shock* al interior de la "Santa Inquisición"; hicieron que el rector dijera que yo no tenía madurez para elegir, que debía llamar a mi madre para que me ayudara. Para todos los que estaban afuera fue una gran sorpresa verme salir con una citación porque con esta salían los que debían cambiar de colegio.

A mi madre "se le paró el pelo" al saber de aquella citación. No la vi llorar, pero estoy segura de que lo hizo, y la cantaleta no sobró. Fue un fin de semana de regaños, ella juraba que había hecho algo de indisciplina, que ese era el motivo del

llamado, que me echarían del colegio y que no me ayudaría a buscar otro. No entendía que yo era juiciosa, muy juiciosa.

Se llegó el bendito día de la citación. Mi madre se sentó con el rector y con las coordinadoras de práctica, no sé de qué hablaron; pero me hicieron llamar para escuchar las razones de mi elección. Nuevamente les expresé que quería estudiar Pedagogía, a lo que salió la maestra Dioselina con su pulcritud y delicadeza diciendo: "¿Niña, usted que es lo que quiere ser cuando sea grande, cuando salga de aquí?". Yo, con mucha seguridad, respondí que estudiar Medicina en la Universidad de Antioquia y especializarme en Epidemiología. "¿Entonces para que estudiar en la modalidad de Pedagogía?", preguntó ella muy seriamente. "Pues fácil, para ser maestra de médicos", respondí con mucha fuerza.

Todos miraban a mi madre, pero ella, tan sabia como siempre, solo sonrió y dijo: "Es ella quien debe elegir y ya eligió". Y así fue, ya para el grado décimo era una estudiante de Pedagogía. Hoy todavía me pregunto si lo hice solo por llevarle la contraria a los adultos de aquella época, pero aquí estoy y lo he disfrutado. Fue un momento de mi vida con alegrías, triunfos, trasnochadas y locuras, aunque de mucho aprendizaje y siempre con la certeza de lo que quería para mi vida: ser médica. Era una futura maestra, con las teorías de pedagogía, las preparaciones de clase, las carteleras, mi "recocha", las risas y toda la magia de ser estudiante. El gran laboratorio de aprendizaje fueron las aulas de las escuelas anexas, en las que nos acompañaban las maestras cooperadoras.

Aún recuerdo la cátedra en la que todo fue un desastre, fue en el grado segundo y debía enseñar sobre el relieve de Colombia. Hice una muy buena cartelera, planeé los temas con dedicación y excelencia, decía mi maestra cooperadora; pero cuando la desarrollé me demoré siete minutos. ¡Por Dios, eso fue lo peor!, yo creí que llevaba más de una hora. Ese día me estrené como maestra. Menos mal la docente cooperadora me dejó tomar aire y repetirla. Fueron mis nervios, decía ella, y yo creo que sí. Fue la sensación de que era yo quien dirigía a unos pequeños, ¡qué gran experiencia!

Luego, también para el grado segundo, dicté otra clase que para mí fue muy bonita. Era sobre el cuerpo humano y yo llevé una muñeca grande de mi pertenencia, era casi del tamaño de los niños. Con ella les expliqué cada parte del cuerpo y fue una sesión tan exitosa que la repetí varias veces en los otros segundos.

Llegó el momento cuando en mi casa me dieron el dinero para comprar el formulario de la Universidad de Antioquia, donde estudiaría Medicina. Cuando lo llené no

sé qué me paso, y juro que aún no se, me inscribí como aspirante para Educación Preescolar. No pasé, pero sí lo hice en el Tecnológico de Antioquia. El asombro de quienes me conocían fue grande, mi madre como siempre estuvo apoyándome, mi padre solo se rio y mencionó que en este país los profes tienen muy mala suerte. Él trató de persuadirme de mil maneras, pero no pudo. Fui demasiado terca como para ceder.

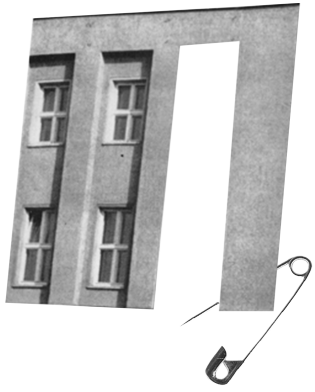
Empezó el semestre y la carrera inicialmente se trató de repasar lo que ya había visto en la modalidad de Pedagogía, lo que era una ventaja sobre los otros estudiantes y hacía que me fuera muy bien. Cada noche al salir de casa, cuando iba a hacer deporte o a verme con mis amigos del barrio, me encontraba a don Homero, un vecino que era jefe de núcleo en Medellín y que me insistía en trabajar. Aunque yo no quería laborar aún, una noche me llegó con una orden para hacer un reemplazo por ochenta y cuatro días en una escuela de La Francia, un barrio de Medellín que se encontraba en un caos de seguridad debido a las hoy fronteras invisibles, además estábamos en la guerra de Pablo Escobar.

Fue difícil, yo era muy joven y no sabía nada de guerras barriales porque en Copacabana, el municipio donde yo vivía, nada pasaba. Sin embargo, mis estudiantes fueron valientes y me cuidaban, incluso me acompañaban a tomar el bus para que no me pasara nada. La pobreza en este barrio era evidente. Muchas mamás eran viudas, las bandas del barrio eran quienes mandaban y allí no había más que hacer que obedecer.

Una tarde ingresaron a mi salón y me sacaron de la clase porque necesitaban que me fuera del barrio. Yo mencioné que si me iba no me pagarían la jornada y les pedí que me dejaran terminar. Mis razones no les importaron, solo requerían que me fuera del barrio. Debo admitir que finalmente fueron amables, pues me acompañaron a coger el bus y no me hicieron daño.

Al día siguiente en el barrio la gente murmuraba sobre los muertos en el enfrentamiento y preguntaban si yo había estado ahí. Entendí que los de la banda querían que me fuera para protegerme ¡Qué susto me dio!, pero solo me quedaba escuchar, no hacer preguntas y pedirle a Dios que me protegiera. No podía decir en mi casa porque de seguro me hacían renunciar, además era solo por unos días.

Así pasaban las jornadas: algunas veces salía con normalidad y otras me sacaban del barrio. Una tarde estaba sola en la escuelita cuando de repente escuché unos estruendos. Todos los niños se tiraron al suelo y me pidieron que me metiera debajo del pupitre. Yo lo hice, pero no tenía idea de qué estaba pasando, fue un rato



eterno. Solo se escuchaba plomo, como decían los niños del grado tercero, que apenas alcanzarían ocho o nueve años, y que para tranquilizarme me decían: "Relax profe, a usted no le hacen nada porque esa es la orden, usted métase debajo del escritorio". Lloré todo lo que pude y ellos para consolarme me decían que estaban matando a un malo. La escena no duró más de diez minutos, pero a mí me parecieron mil horas.

Ese día fue más valiente el estudiante que me explicó lo que sucedía. Él no me dejó salir de debajo del escritorio y solo decía: "Pro, espere. Espere que yo le digo cuándo puede salir". Pues sí, al rato llego la Policía y me sacó; pero que sorpresa tan horrenda, ¡había en la puerta de la escuela tres niños del grado quinto muertos! No supe la razón, pero eran unos niños y eso era lo peor. Terminé esa licencia y así surgieron más, en lugares muy difíciles de Medellín, pero con una calidad humana hermosa.

Pasó el tiempo y mi profesora de la universidad, Liliana Gaviria, me invitó a trabajar con ella en la sede de La Iguaná de la Fundación Karla Cristina, un preescolar donde los niños tenían unos tres años y eran de hogares muy humildes. La pobreza los acompañaba todo el tiempo y el hambre era su apoderada, pues sus madres trabajaban todo el día en la calle y algunas veces también en la noche. Casi siempre lo que comían en el jardín infantil era su única comida del día y hacía poco los habían reubicado por la inundación de la quebrada La Iguaná, por lo que sus familias aún pasaban el duelo de las diversas muertes. En fin, aprendí mucho más de lo imaginado. Allí vi cómo se enfermaba un niño y no tenían como llevarlo al médico, cómo cuando en la casa no tenían dinero para pagar el jardín, que eran como mil pesos mensuales, la rectora los devolvía y yo no podía hacer nada, lo que hizo que aprendiera a no darles el pez sino a enseñarles a las madres a pescar, a darles consejos sin saber que las leyes en mi país son solo teoría bonita.

Las compañeras que ya estaban terminando fueron muy buenas conmigo y me orientaron. Supe qué era realmente ser la directora de grupo y cómo jugando, bailando, leyendo cuentos y haciendo manualidades podía hacer de un grupo algo especial. Fue allí donde me di cuenta de que preescolar era lo mío, lo disfrutaba más que cualquier otra cosa, buscaba algo novedoso para hacer con ellos cada tarde, pero siempre jugando.

Esto a la rectora no le gustaba mucho. Ella manifestaba que perdía mucho el tiempo, pero no sabía que el plan de área lo cumplía jugando, y cada rato decía que parecía que a mí se me pagaba era para jugar. Y sí, a mí me pagaban para enseñarle a unos niños y el juego era la mejor motivación.

Cada día en las clases de la universidad aprendía que la teoría no tenía nada que ver con las realidades escolares, pero nos daban insumos para transformar la educación e implementar estrategias de aprendizaje en los estudiantes. Pasé luego a trabajar en un colegio privado donde sería mejor, pensaba yo, porque asumía que lo tenían todo: materiales, acompañamiento familiar, poder adquisitivo; pero no, me di cuenta de que en cualquier esfera social había faltantes, no solo de material sino también de afecto, porque los padres pensaban que con darles todo a sus hijos era suficiente para que no molestaran y ellos poder descansar.

Tener nada y pasar a tener todo lo que quería o idealizaba en el preescolar me hizo enamorar de la educación y entender que educar a un infante no requiere de cosas materiales y costosas, sino de amor por lo que hacemos y de gusto por los niños, que son paz, tranquilidad, lealtad, esperanza y cajitas de sorpresas en busca de alimentar la curiosidad. Sin embargo, también es cierto que solo de amor y gusto no se puede educar, por lo que surgió en mí la intencionalidad de hacer cosas diferentes, pero en forma, no en contenidos, porque finalmente se debe cumplir con un plan estipulado desde el Ministerio de Educación Nacional (MEN).

Ingresé en el 2006 como maestra vinculada al municipio de Girardota, en una vereda ubicada a sesenta minutos del casco urbano rural. Nunca había imaginado trabajar en el campo, pero me sentía alegre porque vería animales, sentiría aire puro y pensé que sería mucho más divertida la educación; aunque no fue así. En este lugar el campesino se sentía lo más citadino del mundo, le gustaba todo facilito, y las mamás se escudaban en su poca escolaridad para no formar parte de las actividades extraclase. Esta situación me hizo repensar las tareas y decidí hacer todo en la escuela, pero con una temática específica. Así fue como empecé a trabajar por proyectos, iniciativa que ayudó a mejorar el acompañamiento de las familias, ya que dábamos solución a una necesidad o interés de los mismos estudiantes.

Todos participábamos y disfrutábamos del aprendizaje significativo, pero por salud ocupacional fui trasladada a una sede donde la envidia y la crítica por mi forma de trabajar me trajo muchos problemas e implicó una persecución por parte de la Administración municipal, que hasta trajo problemas a mi salud mental.

Cuando llegue allí también inicié mi trabajo de investigación en el aula de clase; pero fui juzgada y desde la coordinación me cortaron las alas, porque según el coordinador de turno estaba muy mal visto que yo perdiera el tiempo buscando como loca respuestas a lo que ya estaba inventado.

Desde mi desobediencia inicié con diez niños un proyecto de investigación sobre las hormigas, pero cuando ya estábamos en el proceso me quitaron el grupo y me dejaron sin él, aludiendo a que yo sobraba en el centro educativo y debía esperar a que la gobernación me ubicara, proceso que se demoró nueve meses, que fueron de zozobra. Sin embargo, gracias a Dios la Gobernación me trasladó a la Institución Educativa Manuel José Sierra, sede Jamundí, lugar donde hoy laboro.

No ha sido fácil ya que tengo dos grados en el mismo salón, pero para trabajar con ellos y no hacer aburridas las clases hice de la investigación todo un juego de niños. Retomé aquí el proyecto sobre las hormigas; desde una pregunta problematizadora tracé el mapa de trabajo y desarrollé sin descuido los conceptos que el estudiante requería para ser promovido al próximo grado. Fui delicada y minuciosa para que el goce y el disfrute no se perdiera, pero involucré a las familias en el proceso.

Busqué en libros, videos e internet; consulté con personas que manejaran el tema y busqué asesores que ayudaran y entendieran que se trataba de un trabajo con niños de preescolar, por lo que los resultados esperados no podían ser muy rigurosos ni tangibles. Durante el proceso aprendimos mucho, tanto que nos inscribimos a la Feria de la Ciencia organizada por el Parque Explora. Después de pasar, la rectora, que antes tenía sus temores, quiso saber más sobre el proyecto y le interesó tanto que se admiraba y me preguntaba por qué nunca se lo socialicé.

En el Parque Explora todos tenían que ver con las estudiantes, todos sabían que "Las hormigas también van a la escuela", pues así se llamaba la investigación. Tres niñas de preescolar se enfrentaron a una gran cantidad de personas que las escuchaban hablar con propiedad sobre las hormigas y sobre cómo la colonia podía dejar de ser solo de hormigas para ser de toda una comunidad educativa. Fue para ellas una experiencia maravillosa, y por su excelente desempeño fueron premiadas con el primer puesto.

En ese momento toda la comunidad educativa y hasta el alcalde de turno quisieron saber de qué se trataba la iniciativa y se sentían orgullosos de las estudiantes, aunque desconocían el proceso. Luego recibí una placa de la Alcaldía municipal y fui reconocida por mi impacto en el colegio y en el municipio, aunque me hubiera gustado que hubieran apreciado mi trabajo desde el inicio y no por el hecho de que hubiéramos sido premiados.

Durante el año 2018 se desarrolló el proyecto "Invitando las mariposas a volar a mi vereda Jamundí", el cual nació a partir de la observación de los estudiantes, que durante el ingreso al aula de clase notaron algunas mariposas muertas. De igual manera, a partir del interés de los niños articulamos los contenidos y los orientamos a la realización de estas investigaciones.

En el 2019 se hizo una indagación sobre las cucarachas, titulada "Las cucarachas también son amigas", un tema de gran impacto debido a la estigmatización de estos animales en el medio, y con el que se obtuvieron hallazgos maravillosos e impactantes. En el año 2020, aún en el confinamiento, se hizo la investigación "Cucarroneando con Alan", que surgió de la necesidad de saber por qué los cucarrones afectaban los cultivos de la casa de Alan, y se encontró que realmente no son ellos, si no los mojojoyes, que son las larvas del cucarrón.

También nació el proyecto "Sembrando fresas en cuarentena donde mi mamita Elena", en el que estas frutas fueron el objeto de estudio, y se empezó a buscar la solución para las plagas que las afectaban. Ambos proyectos fueron fortalecidos por las consultas y asesorías de algunos expertos.

Entonces, si este recorrido de investigación escolar es mágico, ¿por qué no hacerlo un hábito en el aula de clase, cuando los estudiantes son tan curiosos e inquietos por el saber? Me doy cuenta de que es fácil hacer este proceso en el grado preescolar de mi institución rural, en modalidad Escuela Nueva, pues se cuenta con un contexto rural que facilita la realización de indagaciones sobre los entornos biológicos y ambientales, a la vez que se involucran a las familias y la comunidad en general.

Investigar un tema específico como eje trasversal de los contenidos de grado ha sido el pretexto de aprendizaje significativo y ha permitido lograr una experiencia innovadora en la que se tiene presente la experiencia del estudiante, que además es registrada y seguida por medio de bitácoras. Esta forma de trabajar me ha llenado de satisfacciones y me ha dejado unos estudiantes reflexivos, propositivos e inquietos por adquirir conocimiento.

Además, a nivel personal he logrado el reconocimiento y la credibilidad de mi comunidad educativa. Mi familia

se siente orgullosa de tener una maestra en la familia, una medio loca, pero apasionada con lo que hace. También es verdaderamente grato recordar las palabras de mi profesora Dioselina, porque creo que no la defraudé; y mi padre, aunque no se equivocó en nuestro valor social como maestros, sé que está muy satisfecho de mi romance con mi quehacer.

Hacer este recorrido me invita a repensar la educación como un espacio vivo que debo proteger y alimentar con el placer de seguir con mis propuestas, sin importar el tiempo que les deba dedicar, porque el amor que me impregnan mis estudiantes es la mejor magia, y sus abrazos, besos y aprendizajes son mi mejor recompensa.

Sí, soy feliz siendo maestra de preescolar y de que me paguen por jugar a ser una docente que no enseña, porque son mis estudiantes los que me instruyen y yo soy su mejor alumna. Me alegro de pertenecer a una institución educativa donde nos vemos como una familia, este es un regalo más que me ha dado la vida.

UNA HISTORIA MAL CONTADA

María Nimia Paz Arriaga*

*Maestra de la Institución Educativa El Bagre del municipio de El Bagre. Correo electrónico: nimiapaz.pazarriaga06@gmail.com

Era una niña de cinco años. Sí, era la niña, así le decían en su casa. Era la mimada, la que pataleaba y conseguía con facilidad las cosas, la que siempre mostró carácter y determinación en todo lo que se proponía hacer. Esa niña jugaba a ser la mejor maestra, ella era la que enseñaba a sus hermanos y vecinos, su mejor juego era ese. Muchos preguntaban por qué siempre el mismo y ella respondía con determinación: "¡Cuando grande quiero ser maestra!".

La niña creció. Cuando cumplió siete años dejó de ser feliz, dejó de soñar y cambió de forma drástica su carácter y su alegría. Muchos lamentaron su cambio, en especial su mamá y sus hermanas; pero es que el abandono de un padre y las carencias que conllevaron es una tarea difícil de asimilar.

Llegó a los nueve años, tercer grado de primaria, y el profe de Matemáticas siempre ahí: "Niña, pase al tablero". Aparecía esa rabia que come a cualquier estudiante cuando el profe no encuentra a otro alumno para salir al pizarrón. La niña se rebelaba y siempre se negaba a salir y a decir las benditas tablas de multiplicar.

Fin de año: la niña quedó habilitando Matemáticas y para colmo de males la mamá le dio una tunda que hacía que de las piernas le brotara sangre, pero ella, siempre rebelde, no derramaba ni una lágrima; lo que hacía que la mamá le pegara aún más. En fin, se escapó de la escuela, se escondió y perdió el grado tercero. Lección de esta rebeldía: los compañeros pasaron al grado siguiente y a ella le dolió seguir en el mismo. Lo bueno: cambiaron al profe de Matemáticas y, ahora sí, a estudiar.

Y eso de la secundaria, ¡uy!, eso sí fue un proceso más difícil todavía. Con el primo prendía a gritos el colegio y cerraba las puertas para que los profes no entraran al aula; pero ojo, no todos, solo aquellos que se notaba que no preparaban sus clases y que aburrían a granel, esos que no invitaban a soñar con un futuro mejor, que ignoraban las necesidades de sus estudiantes y desconocían que muchos se acostaban con un agua de panela o a veces sin nada. Esos que ignoraban que mamá lloraba en la noche porque no sabía cómo alimentar al día siguiente a sus siete hijos, que no entendían que a veces los estudiantes llegaban tarde porque en la esquina tenían que cambiar los zapatos con la hermana para poder ir al colegio, o que salían de clases a vender mazamorra o a lavar ropa ajena por unos cuantos pesos. Esos que eran ciegos ante el hecho de que la señora del restaurante los escondía debajo de la mesa para darles un poco de comida sin que el rector se diera cuenta; es que esa señora sí conocía la historia de esas carencias.

Sí, sufrió, fue rebelde, le pegaron hasta el cansancio, rompió el récord de voladas de casa, pero de lo que no se podía olvidar era de lo que había soñado de niña: ser maestra.

Bueno, se dice que los profes aguantan, pero tienen un límite: echada del colegio terminando el séptimo grado, ¡y ahora! Sin recursos económicos, sin otra institución en el pueblo, ¿qué hacer? Por fortuna, la niña tenía una súper mamá y unos súper tíos que vieron la opción de internarla y formarla como maestra, porque eso era lo que ella quería.

Catorce años, edad difícil en la que ella, ya adolescente, se sentía cohibida, enojada y, sobre todo, no querida. Lejos de casa, en una institución de renombre en la formación de maestros en Antioquia y Colombia. Sí, de Colombia, porque se encontró con compañeras de La Guajira, Caquetá, Cundinamarca y otros muchos lugares; todas con costumbres diferentes, acentos distintos y un léxico que muchos podrían catalogar de excepcional.

Nunca se había sentido burlada de frente por su hablado diferente y por el color negro de su piel, pero aquí todo cambió. Sus compañeras, que no tenían ese sabor de los vallenatos de antaño ni de las danzas ancestrales, la estaban destruyendo. Quería morir, ya no deseaba estar lejos de casa y mucho menos acomodarse a esas otras costumbres.

Afortunadamente, siempre se encuentra un guía, un mentor, un ángel guardián. Ella lo encontró en su profe de Fundamentos y Metodologías. Jorge, un profe gruñón, pero todo corazón, uno de esos días le dijo: "Eres negra, hablas diferente, eso no lo vas a cambiar. Demuéstrales a todos que tú estás para grandes cosas, sé la mejor maestra, dile al mundo y a todos que tú naciste para educar". Él salvó lo poco que a ella le quedaba.

En su primera clase recibió una calificación de 9.7, casi perfecta. Esa emoción que sintió enseñando la acompaña aún, después de treinta y tres años de estar educando en un territorio que tiene muchas historias parecidas a la de ella. Su vida profesional inició en 1988, un año de cambios. El jefe de núcleo la dejó en el casco urbano y no en una vereda, como era la costumbre. Su primera escuela fue Portugal, su primer director fue Jorge y su coequipera Yenny, compañeros que le enseñaron a disfrutar sus procesos educativos.

Cinco hermosos años en la educación primaria, con un grupo con el que inició en primer grado y luego certificó en quinto. Sin embargo, ella sentía que le faltaba algo: la pasión que surge cuando se enseña un área específica. Al territorio llegó la gran oportunidad de seguir estudiando, y con la Universidad de Antioquia empezó a cumplir el sueño que le había inculcado la profe Ana,

que enseñaba Biología, y Héctor, que enseñaba Química. Comenzó a estudiar con dificultades, pero persistiendo por alcanzar sus metas, y en 1999 cumplió dos grandes proezas: ser madre y licenciada en Biología Química.

La vida, la profesión y las ganas de seguir perfeccionándose le dieron la oportunidad de enseñar Química y Biología en la secundaria, aún sin haber terminado su carrera. Sin embargo, ella se pasó de la raya, se convirtió en todo aquello que odiaba cuando jovencita. Era exigente, no le importaba si ganaban o perdían, le decían "la cuchilla" y le temían, se expresaban de forma desagradable y era la conversación de muchos estudiantes en todos los recreos.

¿Qué pasó? Un día escuchó lo que hablaban de ella. Le dolió más cuando se lo escuchó a su propio primo, a quien le daba clases; y mucho más cuando fue acusada de arruinarle las ilusiones a un joven que se convirtió en paramilitar y al poco tiempo fue asesinado. La enseñanza: reinventar nuevas formas de educar, exigir con amor, saber escuchar y convertirse en puente para cumplir sueños.

Hoy, treinta y tres años después, recuerda por qué fue que cambió su forma de educar. ¡Es que no puede olvidar que esos jóvenes tienen un universo muy complejo en el entorno en el que se desarrollan, que merecen vivir de otra manera, merecen soñar con un proyecto de vida cargado de emociones y talentos, que les sirva para cambiar su propia historia y la de sus compañeros! Fue más difícil cuando le entregaron una dirección de grupo en la que encontró doce jovencitas en embarazo, que además manifestaban no tener nada organizado y mencionaban lo supuestamente necesario que era embarazarse para salir de la pobreza. En su cabeza ella comenzó a buscar alternativas para enseñar Química, pero educando para la sexualidad.

Así renació la pasión de aquella niña, ya maestra: educar para la sexualidad, construir ciudadanía, formar líderes juveniles que cambien su entorno e inviten a soñar, hacer de la educación sexual un modo de vida e incorporarlo al proceso educativo. No fue fácil, se necesitaron nueve largos años de trabajo extracurricular, muchas alianzas y jornadas de sensibilización con los actores sociales que tenían el poder de sumar nuevos proyectos en las instituciones y que fueron protagonistas en la reducción de embarazos adolescentes.

Esa profe de habla diferente, la que debió reinventarse la forma de enseñar, la que comenzó a educar para la sexualidad soy yo, María Nimia Paz Arriaga, la que aún sigue diciendo, haciendo y encarrilando a los jóvenes de El Bagre para que tomen decisiones autónomas en sus proyectos y en su vida sexual.

Hoy muchos me preguntan cómo lo hago, cómo integro los contenidos y cómo funcionan el currículo, la metodología y los tiempos. Yo les respondo que es fácil, que la propuesta surge de la interacción clara entre las preguntas pedagógicas y la relación con el entorno. Todo esto está muy bien enmarcado dentro del Proyecto Educativo Institucional (PEI), ya que el modelo pedagógico, el plan de área y los indicadores de desempeño se adaptaron al currículo institucional y son el reflejo del modelo constructivista social, representado en el lema de que "Educamos para la sana convivencia".

Actualmente, desde la virtualidad, los procesos en clase y la implementación de las didácticas son claras e involucran a toda la comunidad educativa. En los jóvenes pertenecientes al semillero "Por mí, yo decido" se proyectan las labores intersectoriales y se profundiza la relación con los temas disciplinares trabajados, específicamente en el área de las Ciencias Naturales y en lo que concierne a la educación sexual.

Soy María Nimia Paz Arriaga, la docente, la amiga, la mamá de muchos, la confidente, la osada en temas sexuales, la que se dio a la manera de vivir de otra forma y de enseñar a tomar decisiones en los jóvenes de El Bagre, porque por mí, yo decido el día y el momento en que mi vida tiene que tomar un rumbo diferente.

NUNCA DEJES DE SOÑAR

María Noemí Posada Gallego*

*Maestra de la Institución Educativa Técnico Industrial José María Córdoba del municipio de El Santuario. Correo electrónico: maria.posada@cesunbc.edu.mx

Resumen

En estas líneas solo encontrarán una historia de vida, vivencias que tal vez sirvan de inspiración para alguien. Me tomó noches y consultas con mi almohada decidir escribir sobre mis experiencias, pero ese orgullo campesino, que me ha caracterizado, y esa fuerza inculcada por mis abuelos, arrieros de grandes valores y autonomía, pudieron más que el temor al qué dirán. Especialmente cuando le consulté a mi madre, y ella, con la fe ciega en sus hijos, dijo: "Mijita, ha hecho cosas más arriesgadas, no va a ser capaz de escribir lo que tanto le ha tocado luchar, vivir y sufrir". Soy María Noemí Posada Gallego, magíster en Educación, una campesinita orgullosa de los logros que poco a poco ha ido alcanzando. En este escrito encontrarán resumida mi vida y todo lo que tuve que pasar para llegar al lugar donde estoy siendo maestra y brindando lo que sé hacer a la comunidad educativa donde trabajo.

***

Soy de un hermoso municipio del oriente antioqueño llamado Cocorná, "donde nadie es forastero", de la vereda Las Cruces que limita con el municipio de El Santuario, donde trabajo actualmente. Jorge, mi padre, era labriego y muchos años de su vida los dedicó a la quema de carbón o a jornalear. Berta, mi madre, una mujer luchadora y guerrera, le dio el estudio de la primaria a cinco de sus ocho hijos, ya que por situaciones adversas los tres mayores no pudieron culminar su proceso académico. Crecimos en una casita de bareque, muy humilde, donde teníamos que cargar el agua y la leña. Nos alumbrábamos con lámparas de petróleo; creo que a mis quince años vi la primera bombilla en mi casa, y muchos años después pudimos tener un televisor a blanco y negro, la sensación de verlo en la sala no la cambio por nada de este mundo. Siempre fui muy apasionada por la lectura, y como no se podía gastar la lámpara me metía con una linternita debajo de las cobijas para leer al escondido mis libros: novelas, cuentos, periódicos, artículos, revistas, etc. Diners era mi preferida porque tocaba temas culturales y geográficos. ¡Uy, era lo máximo! Si tenía suerte, las profes me prestaban libros. El problema era que le acababa las pilas a la linterna y eso era una pela segura, porque para bravos y mi papá. Eso era su "fuetera" fija.

Desde muy pequeña me hice cargo del cuidado de mis hermanos menores, ya que por ser de escasos recursos mi madre y mi hermana mayor debían trabajar en casas de familia para ayudarnos con el vestuario y los útiles escolares. Siempre me destaqué por ser aplicada, no perdí ningún año escolar. Cuando estaba en el grado cuarto, mi tía y madrina de bautizo me llevó a vivir con

ella a Tablacito, una vereda de Rionegro, y allí me entraron a estudiar a la escuela. Allá trabajaban con la metodología de Escuela Nueva, creo que fueron los dos meses más impactantes de mi vida, yo miraba las guías y creía que estaban en otro idioma. Fue tanto el estrés que eso generó en mí que la tía decidió retirarme de estudiar y regresarme con mis padres a la vereda Las Cruces, donde entré nuevamente a la escuela. En quince días ya estaba a la par con mis compañeros y les ayudaba con sus tareas, porque eso de ser maestra siento que viene incorporado en mi ADN. Desde chiquita ese era mi sueño, mis hermanos eran mis estudiantes, ¡pobres criaturas!

Cuando terminé la primaria ya no pude seguir estudiando porque me tocó cuidar a mis hermanos, quienes estaban realizando sus estudios mientras yo permanecía en casa; pero en mi cabeza tenía claro el objetivo: "algún día terminaré mi bachillerato", "algún día seré profe". Fueron once años que estuve en pausa, por llamarlo de alguna manera. Durante este periodo nos mataron a un hermano que estaba prestando servicio militar, esto nos marcó la vida para siempre. También me convertí en mamá de un varoncito, con quien pude reafirmar ese deseo de ser maestra.

Para el año de 1996 se presentó la posibilidad de hacer el bachillerato rural con el sistema SAT de la Corporación Educativa para el Desarrollo Integral (COREDI), pero solo recibían personas hasta los veinte años y yo tenía veintitrés, creo que jamás he rogado y suplicado tanto a un alcalde y a un sacerdote para que me permitieran estudiar. Su respuesta era: "Noemí, es hasta los veinte años y solo son veinte o veinticinco cupos, si no resulta toda la gente para conformar el grupo, tenga la seguridad de que la llamamos". Recé una semana completa por mi cupo y lo conseguí. Llevaba tiempo sin estudiar, así que fue duro adaptarme a la metodología, especialmente al autoaprendizaje. Después inicié un secretariado, algo tenía que estudiar, y me gradué como técnica en Secretariado Ejecutivo.

En 2005 fui mamá por segunda vez, de otro varón. En aquel tiempo una tutora de COREDI entraba en licencia de maternidad, por lo que dos de mis antiguas maestras, Marleny Castaño y Luz Mery Ciro, propusieron mi nombre para que cubriera dicha licencia, muerta de miedo dije que sí y los resultados fueron muy gratos. En 2006 mataron a mi compañero, el papá de mi hijo, su sepelio fue el día viernes seis de junio. El lunes nueve de junio estaba empezando el ciclo complementario para iniciar mi proceso educativo. Me iba para el baño, lloraba, respiraba profundo y regresaba a clase. Alguien me pregunto: "Noemí, ¿cómo haces?" Y yo le dije: "Uno en esta vida tiene que ser muy realista, por mucho pesar que inspiremos, por mucha lástima que dé la experiencia que estoy viviendo, la gente no me va a mantener, me tendrán consideración por un

mes, pero después todo cansa y de pesares ni mis hijos ni yo vamos a sobrevivir". Así empecé a trabajar como tutora en COREDI, con un ser maravilloso, el padre Francisco Ocampo, conocido como Pacho, un visionario y creyente de que la educación es el cambio. Él pensaba que educar a los campesinos en el cultivo de sus tierras era lo mejor.

Gracias a su apoyo pude realizar mis estudios como normalista superior y luego como licenciada. Para mí esto es un sueño increíble. En COREDI trabajé más de cuatro años y cultivé grandes amistades que continúan vigentes. Mis estudiantes aún me llaman y me dicen: "Profe, me voy a casar para que venga a la boda", "Profe, serás abuela", "Profe, ¿recuerda la muchacha que le dije que me gustaba?, ahora somos novios", "Profe, seguí estudiando una carrera superior gracias a sus consejos, en estos días me gradúo por si quiere acompañarme". Todo eso significa mucho para mí.

Buscando una mejor estabilidad laboral me presenté al concurso docente y pude pasar en el 2010. Finalmente se cumplieron todas mis expectativas y anhelos, me vinculé como profesora en propiedad en la Institución Educativa Rural El Prodigio, ubicada en el corregimiento El Prodigio, municipio de San Luis. Mi sueño de niña se estaba realizando, era lo que yo había esperado, mi meta cumplida (aquí hago una pausa y limpio mis lágrimas).

Es imposible no llorar de emoción, recuerdo tantos sacrificios y dudas. No sabía si lo iba a lograr. Muchas personas dijeron: "Ella qué va a ser capaz", "Ella es una ilusa", "Pobre montañera con ínfulas de maestra", "Qué pesar, el estrellón será tenaz". Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, verme en esa escuela y rodeada de niños con caritas sonrientes y ojitos brillantes me daba satisfacción; por otro, ver a los niños disgustados por los nuevos intrusos que venían a suplantar a sus antiguos maestros fue complicado. Sin embargo, tenía claro que lo importante era que yo, la campesinita soñadora, lo había logrado y estaba allí por mérito propio. Me sentía plena, viva, gozaba al máximo mi nueva experiencia.

Lamentablemente, mi docencia fue marcada por un trágico suceso. En el año 2011, Alejandro, un estudiante, cayo de un árbol y perdió su vida. Como maestra fue un momento triste y siempre será motivo de nostalgia. Esta fue una de las cosas que me unió a esa hermosa comunidad. Considero, además, que mantener el contacto es algo muy diciente sobre el aporte que realicé a sus vidas. El corregimiento El Prodigio es muy cercano al Magdalena Medio, por lo que su temperatura es muy alta. Esto estaba causando estragos en mi salud, por ello se gestionó mi traslado al municipio de El Santuario, donde trabajo hace ocho años y medio. Fue un cambio difícil, pasé de tener veintitrés estudiantes a cuarenta y cinco, con si-

tuaciones de vida muy diferentes a las que tenía en el corregimiento. La Institución Educativa Técnico Industrial José María Córdoba está ubicada a la orilla de la autopista Medellín-Bogotá. En un principio, por el ruido ensordecedor de los carros, me sentía en el lugar equivocado, pues venía de un remanso de paz, donde escuchaba el canto de los pájaros y el mugir de las vacas.

Durante este tiempo me han pasado cosas bonitas. Hice mi maestría y vi crecer a mis hijos física e intelectualmente. Mi hijo mayor pronto recibirá su título de tecnólogo en Construcciones Civiles y mi hijo menor será bachiller, él dice querer estudiar Criminalística o Gastronomía. Como madre, aspiro a que sean personas de bien, presten servicio a los demás y realicen sus sueños.

De la familia fui la única que luché por estudiar. Desafortunadamente, ninguno de mis otros hermanos y hermanas terminaron el bachillerato. Situación que me duele, ya que estoy convencida de que gracias a la educación se puede tener un mejor futuro. Aunque todos ellos han logrado salir adelante, mis sobrinos sí tienen intenciones de continuar con sus estudios. Mi sobrina, por ejemplo, está realizando una licenciatura en Educación Infantil. ¿Influencia de cuál tía? No sé, a mí que me esculquen. Es innegable que me siento plena al ver que están luchando para ser profesionales y tener mejores oportunidades.

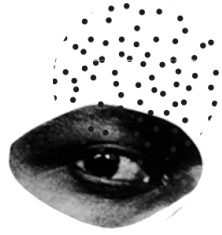
Mi vocación como maestra fue puesta a prueba en muchas ocasiones, pero Kevin Sneider, estudiante del grado tercero, fue quien me puso a reflexionar debido a su cáncer. La institución, en unión con una caja de compensación familiar, buscó la forma de que él continuara con su proceso. Como docente lo apoyaba los jueves durante tres horas, así que viví todo el avance su enfermedad. Pude verlo reír, mantener su fe y enfrentar sus miedos. Le enseñé a dividir, sumar y restar fracciones. También lloré cuando estuvo hospitalizado, continuamente me decían: "Profe, hoy no venga", "Kevin recayó", "Profe, venga un ratito que Kevin la quiere ver".

Fueron cinco meses en los que pasé de la risa al llanto. Lamentablemente, un día antes de mi cumpleaños, Kevin perdió su lucha contra esta cruel enfermedad. Sin lugar a dudas, nos dejó una pena en el alma. Me cuestionaba si debía seguir en esta labor; aun así, creía que el mejor homenaje que le podía hacer era continuar. Sé que he impactado en la vida de los demás, de tal manera que cuando estas generaciones crezcan, me reconocerán y dirán: "Ahí va la profe Noemí, la que me escuchó, me dio un consejo, creyó en mí".

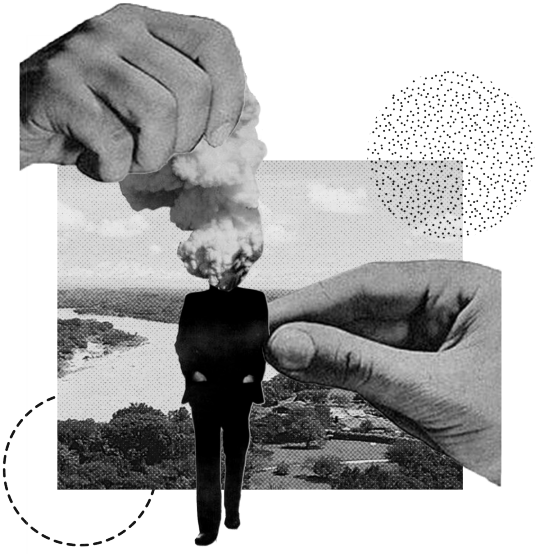
Nuestras comunidades están llamadas a valorar al maestro y a acompañarlo en su tarea. En esta emergencia sanitaria causada por la pandemia, los docentes comprobamos que se puede hacer equipo con los pa-

dres de familia y obtener buenos resultados. Hago un llamado a los maestros para que hagan las cosas con amor, de nada sirven los títulos si no sabemos dialogar, trasmitir saberes y ponernos en el lugar del otro.

No sabemos qué está viviendo un estudiante en su hogar y qué se esconde tras su rebeldía o su bajo desempeño académico. Lo digo porque gracias a mi terquedad estoy aquí. Gracias a todas las personas que creyeron en mí y me dieron una voz de aliento. Quería demostrar que, incluso viniendo de la cuna más humilde, si me lo proponía lo lograría. Hoy les digo: ¡lo logré!



Ahora miro atrás, hago catarsis de muchos dolores, miedos y angustias. Me siento plena porque soy una sobreviviente de la guerra que azotó a Cocorná. Si queremos tener generaciones que amen la naturaleza, cuiden su entorno y valoren a los demás, debemos ser maestros inspiradores de cambios de vida. Debemos ser formadores de seres integrales y autónomos, ya que en un futuro ellos serán nuestros profesionales; por eso debemos luchar para que sean los mejores ciudadanos. Como profesionales de la educación estamos llamados a dar el máximo y a buscar que estos estudiantes sean como un lienzo, en el cual podamos plasmar nuestra mejor obra de arte, al igual que mis maestros lo hicieron conmigo. Esta es mi historia y, sin dudarlo, ser maestra es mi vida.



PARA QUÉ COMPRAR LIBROS

si no son comida

Yerkis Javier Ramírez Pérez*

*Maestro de la Institución Educativa Gabriel Correa Vélez del municipio de Caracolí. Correo electrónico: yerkisramirez@gmail.com

Resumen

Mi historia de vida resume mis casi catorce años dedicados al servicio educativo en Antioquia y al aporte que he hecho desde mi área de Lengua Castellana. Cuenta, de manera jocosa, algunas situaciones familiares, personales y laborales vividas antes y después de llegar al municipio donde siempre me he desempeñado. Además, hace referencia a los proyectos que lidero en la institución y a los reconocimientos obtenidos, así como a los avances y situaciones que han permitido que nuestra institución sea reconocida no solo a nivel de la subregión del Magdalena Medio antioqueño, sino también a nivel departamental y nacional. El escrito termina con unas palabras de aprendizaje en mi experiencia docente y una frase de mi autoría, la cual me motiva a seguir adelante y siempre estar buscando cosas nuevas.

Palabras clave

Experiencia, proyectos, estrategias, premios, dedicación.

***

Qué entusiasmado me sentía y a la misma vez qué susto tenía. Venía de otro lugar del país y escuchaba diversos comentarios sobre la violencia en Antioquia. Muchos de mis familiares vivían ya en Medellín y conocían más que yo sobre la zona. Mi madre se tornaba muy feliz porque su hijo iba a empezar a trabajar como docente y se sentía representada en mí; pero mi padre no era tan confiado e inició a averiguar los datos de la plaza. Recuerdo que me dijo sin titubear: "Si es para algún "San" no vas, pues tienen famas de malo".

De inmediato le respondí: "En la Secretaría de Educación me dijeron que es un municipio que se llama Caracolí". Seguidamente, mi padre volteó su mirada lentamente y me dijo: "Por allá también hay... No sé, pero hay. De todas formas, te vas y si ves que la cosa está mala, en ese mismito bus te devolvés", como tratando de darme algo de esperanzas y de seguridad.

La cosa se puso más preocupante cuando la encargada de dicho despacho en Seduca me llamó a darme las recomendaciones del caso: "¿Está seguro de que quiere ir a la plaza y no me la va a dejar tirada? Recuerde que los muchachos están perdiendo clases". Mi respuesta fue un sí, a lo que ella añadió: "Cuando vaya a viajar lleve la carpeta con su nombramiento y sus documentos personales, por si lo paran en la carretera y le preguntan quién es y hacia dónde va, para que usted les pueda demostrar".

Llegado el día del esperado viaje hubo una despedida muy agridulce por parte de mis padres, mis hermanos y algunos vecinos que salieron a curiosear. Solo sé que me pidieron un taxi para que me llevara a la Terminal del Norte, pues ya en la secretaría me habían explicado el trayecto.

Durante el viaje sentí muchas cosas, entre ellas nervios por saber qué iba hacer cuando llegara, porque no tenía datos del rector ni de nadie. También tuve algo de susto por las curvas de Cisneros, donde muchos se mareaban y pedían bolsas para vomitar. Hasta parecía que todos en el bus se hubieran puesto de acuerdo y me dieron ganas a mí también, pero no lo logré.

El recorrido se me hizo largo y cada que veía un pueblo preguntaba si ya habíamos llegado. Al cabo de tres horas y media de recorrido hicimos una parada donde el conductor muy amable dijo: "Pueden bajar, ir al baño y comer algo. Estamos en San José del Nús". Ya ustedes se pueden imaginar qué sentí cuando escuché la palabra "San". La verdad, decidí no bajarme, quería evitar malos ratos.

Pasados veinte minutos la gente empezó a montarse de nuevo al bus, cuando de pronto a mi lado se sentó uno de varios niños y jóvenes que tenían puesto uniforme de colegio. Yo antes había escuchado que los buses recogían a los estudiantes en las vías y que no les cobraban ni un peso, entonces sentí mucha tranquilidad y la tensión que tenía empezó a bajar. El jovencito, sin pena y muy "entradorcito", me preguntó si yo era policía, creo que lo hizo por mi corpulencia. Yo le respondí con un "no" bien pronunciado, seguido de mi presentación: "Soy docente y voy a trabajar en la Institución Educativa...". Busqué el nombramiento y le leí el nombre de la institución, a lo que él me respondió que muy bueno porque allá había unas niñas muy bonitas y hacían unas fiestas hermosas. En fin, me hizo a una idea, y aunque la conversación era amena se acabó en un dos por tres ya que me dijo: "Profe, yo vivo en esta vereda y me quedo aquí, que le vaya muy bien". Yo lo despedí con un gracias.

Ya eran casi las tres de la tarde. No sentía hambre de la preocupación que nuevamente me acechaba, y más cuando la vía pasó de ser pavimentada a destapada. En mi mente decía que parecía la vía hacia el Chocó, pues reviví esa imagen que hacía pocos días había vivido. A los quince minutos el bus empezó a pitar como cuando llevan a alguien importante o llega una chiva de paseo. El bus pitaba y pitaba y seguía andando... Sentía un calor y una ansiedad impresionante, no sé si era del estrés que llevaba. Observé un pueblo muy solo, y cuando llegamos al paradero de buses me quedé sentado mientras todos los demás pasajeros se bajaban. Al ver que el bus no se movía me le acerqué al conductor y le pregunté dónde quedaba la terminal de buses,

él sonrió, como pensando "este montañero qué", mientras me respondía lentamente "Hasta aquí llegamooos, esta es la terminaaal". Luego bajé mi bolso verde, como una rana arborícola, mientras trataba de no arrugar la hoja de vida que cargué en mis manos durante el trayecto.

De inmediato se me acercó una señora a preguntarme que si yo era policía, ya era la segunda vez. Debí dar la misma respuesta que le di al joven del bus, y después de esto me buscaron un muchacho muy amable que me llevó a la institución, mientras que la señora que me había preguntado si yo era policía resultó ser la dueña de un restaurante donde comían los oficiales. Luego ella misma se ofreció a guardarme el maletín y me habló de los servicios de su negocio. Desde ese momento pude notar la amabilidad y gentileza de los habitantes del municipio de Caracolí.

Al llegar a la institución los estudiantes que hacían parte de la jornada de la tarde se salían de clases a husmear mi llegada. Me causaba algo de pena y de emoción: yo veía a muchos estudiantes casi de mi misma edad o con apariencia mayor. Siguiendo el procedimiento y las recomendaciones dadas desde Secretaría de Educación busqué a los directivos y me les presenté. Me sentí un poco mal porque me dijeron que no me estaban esperando a mí, que ya habían gestionado el envío de un docente conocido y que me lo decían para que no hubiera malentendidos, ya que en los pueblos se tiende a comentar las cosas como no son. Al aclararme este comentario dije que me podrían devolver a secretaría y que por mí no habría problemas, pues tuve la oportunidad de tener dos nombramientos más, que descarté por irme a Caracolí.

Ese mismo día sentí ganas de renunciar. Cuando me dieron la carga académica tenía diez horas de asignaturas que no eran de mi área, por lo tanto dije que a mí me habían mandado a dictar Lengua Castellana, mas no otras asignaturas. El rector me explicó que casi todos los docentes tenían el mismo inconveniente debido a la falta de algunos profesores, que por eso teníamos que ser integrales. De todas formas, asumí el reto y confieso que en ocasiones me sentí mejor dictando esas áreas que la mía.

En mi primer día de clases sentí que los estudiantes me miraban con miedo, lo cual no me gustó de a mucho porque no me expresaban sus dudas o inquietudes de forma honesta. Al quinto día una estudiante de esas pilosas se me acercó y me dijo que el coordinador les había dicho que yo era boxeador y que por eso tenían que respetarme la clase. Me dio mucha risa, pero logré entender la actitud de los estudiantes.

Al terminar fui a coordinación y conté lo sucedido. El coordinador reconoció que sí lo hizo y me explicó que era para que no se presentaran irrespetos hacia mí, así como

lo hacían con el profesor que yo estaba remplazando, el cual había perdido el periodo de prueba por falta de manejo de grupo y de preparación de las clases, al igual que de las recurrentes quejas de estudiantes y padres de familia y el incumplimiento de sus deberes como docente.

Superado el tema decidí hacer un levantamiento de información del plan de estudios, el puntaje ante el Icfes y las pruebas internas institucionales. Pude notar que había muchas falencias: no había plan de estudios estructurado, los profesores hacían mala interpretación en la libertad de catedra, por lo tanto no había preparación de clases, las pruebas Icfes estaban en nivel medio bajo (33), no tenían plan institucional de lectoescritura y se perdían muchas sesiones debido a la gran cantidad de actividades sociales y celebraciones de todo, y de todo es de todo.

Basado en lo anterior hice una lista de lo que se podría mejorar e implementar en la institución y se la hice conocer al señor rector, el cual tenía solo un año de haber llegado. Como mi arribo fue en julio del año 2007 y ya había pasado un tiempo prudente, decidí hacer caso a lo que algún docente universitario decía: "Cuando lleguen a un pueblo o a una institución nueva no traten de cambiar nada hasta no pasar un tiempo, porque los van a ver como bicho raro los que siempre han estado allí. Ustedes deben acoplarse porque son ustedes los nuevos o los llegados, no deben cambiar la cultura, ustedes deben culturizarse".

Teniendo en cuenta mis cinco meses de observación e investigación, en el segundo semestre del 2007 decidí tomar el liderazgo junto con una compañera del área, con la cual conversé y le expliqué lo que había observado. Juntos conformamos la mesa de español, que se convirtió en la primera de toda la institución y que motivó a las otras áreas y fue apoyada por las directivas.

Una de mis primeras inquietudes fue el desarrollo de actividades lectoras dentro y fuera de la institución, para lo que se implementó la lectura de un libro anual en cada grado. Sin embargo, este proceso fue una lucha grande porque los estudiantes no tenían plan lector y leer un libro era mucho para ellos, más cuando debían comprarlo ya que la biblioteca era muy pobre. Tuve muchos problemas por la negativa de los estudiantes, quienes lo veían como si yo hubiera llegado a imponer. Se hicieron notar muchas quejas ante el rector, incluso de padres de familia, por eso recibí llamados de atención verbal.

Algunos iban directamente a la Alcaldía y hasta a la Secretaría de Educación Departamental; todo justificado en el malentendido de que los estudiantes no deben gastar ni un peso. Fue ahí donde una madre de familia lanzó una frase que me dejó marcado para toda la vida: "para qué comprar libros si no son comida". La verdad no supe qué responderle a la señora porque no sabía si lo decía por ignorancia, por las necesidades económicas o porque estaban aguantando hambre en el hogar. De todas formas, para no tener un enfrentamiento con los que se oponían decidí aprovechar que cada viernes después de clases yo viajaba a Medellín, podía comprar algunos libros y luego pedirles que se los rotaran.

Entonces, empecé la motivación leyendo fragmentos llamativos en clases y buscando títulos de libros como *Memoria de mis putas tristes, Juventud en éxtasis, El coronel no tiene quien le escriba, La celestina, Del amor y otros demonios, Edipo rey,* entre otros. A los estudiantes les llamaba la atención la actividad, algunos querían leer los libros completos y los que tenían forma los conseguían así fueran prestados. Luego de seis meses de la implementación de esta actividad, una estudiante de grado décimo tuvo la idea de crear un círculo de lectores con los estudiantes de su sector, para lo cual yo le conseguía los libros. Sin embargo, como no todo es color de rosa, también se presentó un problema con otra madre de familia por el libro *Juventud en éxtasis*, ya que la señora fue a la institución muy enojada y casi que a pegarnos porque, según ella, le estábamos colocando libros a su hija para que buscara novios. Se quejó en rectoría y coordinación y gracias al apoyo de ellos se pudo solucionar el problema, se habló con la señora y se le leyeron algunos apartes. En conclusión, la señora terminó leyendo el libro y recomendándolo a otras madres de familia. Inclusive, nos pidió disculpas por el hecho.

Durante el 2008 fuimos ampliando el proyecto y vinculando a más personas, pues empezamos a ir a los sectores llevando los libros en una burra para llamar la atención, o a veces nos íbamos con los estudiantes de los

CLEI. Con el paso del tiempo, el proyecto fue conocido por toda la comunidad, que nos invitaba a sus sectores y ya no se realizaba solo una actividad de lectura, sino que también se sacaba tiempo para compartir un chocolate caliente con parva, juegos y bailes culturales. La mesa de español fue tomada como ejemplo y se empezaron a organizar actividades transversales con otras áreas y el acompañamiento de la Casa de la Cultura, de esa manera se nos creció la iniciativa.

Ya en el 2010 decidimos leer dos libros por año, en el 2011, tres; y a partir del 2012 venimos leyendo cuatro libros, actividades que se complementaron con las Olimpiadas de Lenguaje y la estructuración del proyecto que ahora lleva el nombre "Cascada de Letras", que en el 2016 fue premiado por la Secretaría de Educación Departamental y en el 2018 por el Ministerio de Educación Nacional.
Esto me motivó a formular en el 2017, junto con el docente de Matemáticas, el proyecto "CreActivo con las Matemáticas", que tiene como fin incentivar el aprendizaje en el área y que ese mismo año fue premiado por Secretaría de Educación. También lideré, en compañía del señor rector, la formulación del proyecto de calidad para mi institución, de la cual fuimos ganadores en el año 2017.

Tratando de buscarle solución a cada problema presentado en el centro educativo surge el proyecto afro "Disfrutemos entre iguales nuestras diferencias", el cual es liderado por la docente de Química y yo, y con el cual en el año 2018 fuimos merecedores del premio Evoluciona. Luego, en el año 2019 fuimos ganadores en el Foro Educativo Departamental de la Independencia, que me permitió ir en representación del departamento al Foro Educativo Nacional, llevado a cabo en la ciudad de Bogotá.

A partir de todo esto he motivado a mis compañeros docentes para que sistematicen sus experiencias y las hagan conocer. Ahora ellos me ven como una especie de asesor para formular sus proyectos, que luego son presentados a los premios que convoca Secretaría de Educación Departamental. Esto también me hizo acreedor del reconocimiento de la Secretaría de Educación y el Tecnológico de Antioquia, donde tuve la oportunidad de ir a exponer, en nombre de mi institución, todos los procesos que hemos venido llevando a cabo para el mejoramiento de la calidad de la educación, y gracias a los que hemos venido aumentando el puntaje no solo en Lengua Castellana, que ahora está en 52, sino también en las otras áreas.

Este proceso que he venido liderando como docente inquieto me motiva a diseñar e implementar estrategias metodológicas que coadyuven a una educación de calidad, por eso ahora dirijo el concurso de oratoria institucional, el de historietas, el de formación de

actores a partir de los libros que los estudiantes leen, las tertulias literarias y el club de lectura, que también es mi apoyo a la hora de desarrollar las actividades dentro y fuera de la institución.

Es grato saber que ya la Secretaría de Educación y la oficina de comunicaciones de la Universidad de Antioquia me han hecho dos videos sobre el proyecto insignia: "Cascada de Letras", que a la fecha aún vive y que me permitió crear una cartilla que contiene la compilación de cuarenta actividades. Cabe anotar que ya llevo trece años y poquito más de servicio en la institución. Nunca me han trasladado y a pesar de que soy docente provisional no he tenido miedo de iniciar procesos en la institución, pues trato de que todos los acojan y se vuelvan necesarios. Así, si pierdo mi empleo por no estar vinculado, las personas que queden o llegan los pueden continuar.

He aprendido que hay que estarse renovando y no hacer lo mismo de siempre, o si se hace hay que mejorarlo, ya que los estudiantes te agradecerán y te recordarán por los buenos momentos que les has hecho pasar. Incluso, agradecerán por los malos, pues con el tiempo verán que se trataba de nuestra preocupación por su educación.

AROMAS, SABORES, PERSONAJES, AVENTURAS Y SUEÑOS

que se aprenden y se enseñan en distintos territorios

Paula Andrea Restrepo Holguín*

*Maestra de la Institución Educativa José María Obando del municipio de Fredonia. Correo electrónico paulaniela2006@hotmail.com

Esta narrativa da vueltas y vueltas en mi cabeza, hace suspirar mi alma y resplandece en mi corazón. En ella hay tanta magia como en cada uno de los pasos que he recorrido en todos los territorios y que mi vida me ha permitido desde el inicio de mi labor docente. Llevo en mi ser mucha vocación, un gran espíritu de servir a otros, alegría mezclada con energía y ganas de enseñar todo lo que he aprendido.

Dispuesta a ejercer llegué a un territorio desconocido, donde necesitaban de mi servicio. Al llegar me sentí acogida, tantos rostros nuevos, miradas llenas de curiosidad, un clima radiante con calor de hogar, un café en mis manos que olía a dulzura, y una maestra llena de experiencia que terminaba su profesión para gozar de un feliz y remunerado descanso.

Allí estábamos las dos maestras con un vínculo fascinante entre experiencia y juventud, mi querida Rubiela enseñándome el manejo de su amada escuela, queriendo dejar todo en mis manos, dándome con paciencia todas las orientaciones sobre el manejo de papelería y dineros, algo que fue casi que imposible de aprender en los años de preparación pedagógica en un aula de clase.

Aquellas instrucciones eran similares a las que da una madre al dejar sus hijos en manos de una niñera. Ella tan minuciosa, sin evitar detalle, haciéndome entender que me dejaba su gran tesoro, y yo casi hipnotizada con sus consejos y su forma de explicarme. Faltaba lo más importante: esos seres que lo son todo en ese lugar llamado escuela, los niños, sus niños, a quienes me describía con tanto amor. Nuestro encuentro fue en el parque, yo aún no conocía la escuela, pero eran tan completas sus palabras que la imaginaba y me llenaba de ansiedad por conocer todo de cuanto me hablaba.

Al siguiente día viajamos juntas por carretera destapada hacia la vereda, y después de casi una hora de camino llegamos a la casa donde la maestra Rubiela siempre solía llegar. Sentí mucha calidez y fui bienvenida, luego caminamos hacia la escuela. Olía fresco, tranquilo, suave; saludamos la virgen y entramos por un potrero con algunas vacas, de allí divisamos una gran casa vieja con chambranas a su alrededor, un puente y una pequeña quebrada. Me asombré al ver la estructura y le dije a la maestra: "¡Es una casa, no una escuela!". Me miró con sonrisa y me respondió: "Sí, es que la escuela es nuestra casa".

Casi llegábamos y salieron tres chicos a recibirnos. Ellos, madrugadores y alegres, me miraron con asombro y preguntaron: "¿Esta es la nueva profe?". Respondí que sí, que era la nueva profesora, entonces sus caritas se alegraron y sentí que aquel lugar, con su gente y todo su paisaje, me tomaba como parte suya. De ahí en ade-

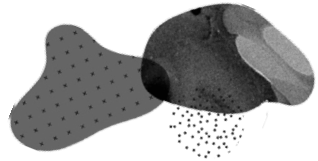
lante conocí más de sesenta niños que asistían a la escuela. Ellos se robaban todos mis días, eran mi familia, en aquel lugar solo los tenía a ellos. La comunidad educativa era espectacular, activa y participativa. El señor de la acción comunal era reconocible en todas partes, tenía una seriedad particular y una inteligencia usada para abogar a la perfección por su comunidad.

Cada día en aquel lugar se convirtió en un grato momento. Yo disfrutaba el canto en la mañana, la oración, el juego, las rutinas de aseo, el pronunciar y escribir el vocabulario, el pintar realidades e imaginar fantasías con mis estudiantes. Compartíamos historias: de sus padres, madres, del hermanito que venía en camino, de la bicicleta, de miedo. En fin, teníamos conexión para iniciar cualquier tipo de historia. Unos narraban, otros escuchaban, se reían, pero todos vivíamos juntos; yo enseñando y aprendiendo de ellos la curiosidad, inocencia y ternura con las que ven el mundo.

Era divertido bailar en los descansos, movernos al ritmo del reggaetón, o "recatón", como decían algunos papás que me prohibían ese tipo de ritmos en la escuela; pero yo, en mi bella juventud, solo quería moverme y brincar con mis niños. Buscaba las letras más cultas para poder hacer nuestras rutinas de bailes, en las que la mayoría de los niños disfrutaba, y para mí era una terapia hacerlos gastar toda esa energía para luego tenerlos en un estado de quietud en el aula y así potenciar sus conocimientos. El fútbol también llegó a mi vida en esta bonita labor. En el aula cantábamos, rezábamos, escribíamos, leíamos, resolvíamos operaciones matemáticas, contábamos historias, ubicábamos lugares en los mapas, pero en la cancha todos aprovechaban el juego con su maestra, peleaban por tomar mi mano, hacíamos rondas y me invitaban al partido. No tenía horario de salida ni de entrada a la escuela, estaba encantada, jugaba hasta que me dolían los pies. Lo único que veía al subirme la sudadera eran morados, pero eso no importaba. Nada reemplazaba la alegría que compartía con mis estudiantes.

Pintaba de colores la escuela y decidí hacer unos murales en las tardes, porque, aunque me gustaba la apariencia de casa vieja que tenía, quería cambiar el ambiente y ver muchos colores en la fachada. Dibujé niños, cometas, un arcoíris y un jardín. Sembré flores de color naranja por todo su alrededor, quería que la alegría que vivía día a día con mis estudiantes también existiera en las paredes y en todos los lugares. ¡Quería ver una escuela viva!

Los jóvenes fueron llegando poco a poco al centro educativo. Creamos un grupo juvenil con el padre Daniel, quien ya hasta en las noches disfrutaba estar allí. Todo el mundo quiso hacer parte de la escuela, donde también



nos reuníamos con la acción comunal, en la que yo era la secretaria porque me sentía en familia y quería servirle a la comunidad en todo. Visitaba las casas de mis estudiantes, motilaba a sus padres y hacia cursos de primeros auxilios. La preocupación por la lejanía que había entre la vereda y el hospital me motivó a aprender cómo aplicar inyecciones, hacer curaciones y vendajes. Siempre quería ayudar y así lo veía la comunidad. Es cierto que lo que das recibes, yo ya nada tenía que pedir para mis niños porque a la puerta de la escuela llegaban los chocolates extranjeros que la hija de un finquero quería compartir, otro día llegaban a preguntar por la fiesta para el Día del Niño, y yo solo debía tener ideas e imaginación.

Verificábamos enseñanzas y aprendizajes. En compañía de los estudiantes y sus acudientes evaluábamos el trabajo y reflexionaba sobre lo que debía mejorar. De allí partían muchas investigaciones sobre el contexto, las tradiciones, el clima, la alimentación, los modos de vida y las formas de enseñar para lograr aprendizajes efectivos. De este maravilloso territorio llamado El Rayo, del Municipio de Támesis, tengo en el corazón los mejores recuerdos. Jamás podré olvidar esas caritas, esos ojitos brillantes y esas manitos calienticas y sudorosas que me abrazaban. Hoy esos niños deben ser grandes hombres y mujeres que algún día podré volver a ver.

Mi recorrido por ese territorio continuó al otro extremo del municipio, en tierra fría, arriba en la montaña. Viajando en chiva y luego caminando por hora y media para subir descubrí una escuela bonita, recién pintada y muy pequeña, de donde se divisaba una cascada, una pinera y montañas que limitaban con otros municipios. Allí sí que amaban al maestro, valoraban su sacrificio ante la inclemencia de un clima donde helaba y llovía casi a diario.

Estaban mis estudiantes con sus cachetes rosaditos por el frío, de saco, paraguas y botas de caucho, algunos tan pequeñitos que me dolía saber que caminaban entre el monte para subir a la escuela, y llegaban con tanta alegría que forzaban a cualquier maestro a dar lo mejor de sí. Eran niños tan inteligentes y fuertes que transmitían energía a su alrededor, pero allí en esa soledad también estaban los padres de familia, siempre dispuestos y atentos a los llamados de la maestra.

Esta también se convirtió en mi casa. No tenía horarios, cantaba, todos los martes rezaba con mis estudiantes el rosario en la gruta de la escuela, en la tarde recibía a los adultos a quienes alfabetizaba con el programa de Cafam. Mi vida era enseñar y siempre estaba dispuesta a entregar todo. Quería que mis estudiantes conocieran el mundo, pero ellos no tenían electricidad en su casa, y menos televisión. Yo compartía mis conocimientos y continuaba estudiando una licenciatura en Lengua Castellana, por lo que implementé dos proyectos de lectura: uno con los niños y otro con los adultos.

En aquel lugar llamado Cedeño Alto, del Municipio de Támesis, la comunidad luchaba por tener acceso a necesidades básicas, como un acueducto en la vereda, una ruta de transporte para salir al corregimiento, electricidad en algunas viviendas. No había lujos, pero sí muchas ganas de aprender y salir adelante. Yo admiraba mucho los sueños y aspiraciones de los niños, quienes tenían grandes metas, leían mucho y eran muy cultos; así eran sus padres. Además, amaban la tierra y sembrarla, tenían cultivos de fríjol, maíz, moras de castilla... y esos eran los grandes regalos para la maestra. Me llenaban de admiración y bondad al recibir de ellos tanta gratitud.

Mi ser se llenó de vida. Una mañana mientras subía a lomo de caballo sentí un profundo dolor en mi vientre; pero lo soporté hasta llegar a la escuela. Al bajar me sentí extraña y durante todo el día estuve indispuesta. El malestar fue pasando y entre clase y clase lo olvidé. Terminó la semana y llegué al pueblo a descansar el fin de semana, allí tuve un sueño muy real con un niño que tocaba mi vientre y pronunciaba el nombre de Emanuel. Al día siguiente volví a sentir el dolor en mi vientre, era mi hija que se formaba dentro de mí y quien de ahora en adelante sería mi compañera de camino hacia la vereda Cedeño, a quien le hablaba en la soledad de una carretera que se perdía subiendo entre la montaña, quien dormía conmigo y era mi motor de vida. Todos estaban felices, doña Adela empezó a cuidarme con una rica colada de Bienestarina, doña Marina me enviaba gelatina y doña Rosalba me aconsejaba sobre cómo cuidar mi embarazo.

Regresé con mi hija en brazos, cuando ella tenía apenas tres meses de vida. Subimos a caballo mientras la llevaba tapadita con una carpa porque llovía. Mis estudiantes estaban felices, se volvió un acontecimiento. Todos me esperaban para conocer a la niña que estuvo con ellos casi los nueve meses del embarazo. Mi hija adoraba la escuela, la voz de su madre, los juegos de los niños. Lloraba y lloraba para que me la llevaran y allí, en el aula de clase, sobre dos pupitres, se quedaba acostada y totalmente tranquila. Creció en la escuela al lado de su madre.

Tiempo después salí de ese bello lugar porque mi condición de madre y maestra así lo requerían, pero esa comunidad dejó en mi corazón huellas imborrables de admiración y gratitud. Continué recorriendo caminos por el municipio de Támesis, ahora éramos dos. Contra todas las adversidades seguía en compañía de mi hija y ejerciendo mi labor como docente. No podía dejarla, sabía que estaría bien, sin ella no estaba completa.

Llegué a la escuela de La Oculta, un ambiente frutal con notas de dulzura, vista agradable hacia el río Cauca y unos jóvenes relucientes, con unas sonrisas tiernas, que me recibían como su nueva maestra. Toda la dinámica cambió: ahora eran adolescentes quienes me escucharían explicarles conceptos de todas las áreas y de quienes yo aprendería a descubrir el mundo.

En este grupo de estudiantes ya había bases firmes en cuanto a conocimiento, pero realidades duras que como docente debía abordar. Ahora como madre y profesora el camino era más amplio; pero la experiencia poca, por eso recurrí a otros profesionales que me apoyaran a impartir los diversos saberes a esos jóvenes.

Mientras tanto mi hija tenía dieciséis meses, caminaba por los salones de clase, comía mangos de los más dulces que se producían en el árbol de la escuela, jugaba con los perros, recitaba el "Rinrín renacuajo", "La pobre viejecita" y le encantaba estar con mis estudiantes, quienes la cargaban y mimaban.

Allí arreglamos la biblioteca que estaba en el olvido, llena de basura y trapos viejos, y que contaba con unas colecciones de libros espectaculares que se estaban desaprovechando; pero también organizamos la sala de sistemas. Los jóvenes veían en mí mucho ánimo y responsabilidad, y de ese modo se ofrecían a ayudar. Llegaban a la escuela en las tardes y trabajaban incansablemente por tener su biblioteca y sala de sistemas ordenadas. En esta escuela hacíamos rutinas de aseo, rozábamos y todos muy unidos adecuábamos los espacios físicos para sentirnos cómodos y en verdaderos ambientes de aprendizaje.

Gestionamos bicicletas para los estudiantes, conseguimos, con los dueños de algunas fincas, clases de inglés para los estudiantes de bachillerato, hicimos huerta escolar, hacíamos cabalgatas y también paseos para visitar las fincas, en las que compartíamos en la piscina o jugábamos en las zonas verdes, ¡claro que estaban aprendiendo! Cada salida, cada vivencia, traía consigo una enseñanza.

Ahora volví a casa, al colegio llamado Concentración, donde estudió mi mamá. He llegado gracias al concurso

y soy otra vez la nueva maestra. La Institución José María Obando me recibe con los brazos abiertos, atrás quedó el bello y acogedor Municipio de Támesis, donde conocí el amor de mi vida, donde aprendí y eduqué a muchos niños, jóvenes y adultos; en donde fortalecí mi experiencia como docente, donde como ser humano también tuve que reflexionar y reconstruir etapas de mi vida.

La Institución José María Obando del Municipio de Fredonia, mi tierra, la institución en donde aprendió mi mamá sus primeras letras y recuerda su paso por las mismas aulas en las que yo enseño y construyo aprendizajes con mis estudiantes. ¡Qué gran institución!, veo un cambio un poco duro, hay muchos alumnos y también tendré muchos compañeros docentes y con mucha experiencia, en este colegio voy a aprender mucho. Esos fueron mis pensamientos al llegar.

Recibí el grado primero: veintiocho niños agradables, inteligentes y alegres. Ellos animaban mi mundo, eran mi sol en días grises y yo retribuía esa alegría buscando estrategias para que aprendieran a leer, escribir y realizar las operaciones básicas.

En este colegio todo se celebraba y yo no estaba acostumbrada a preparar grandes actos cívicos, porque en los anteriores contextos la población escolar era reducida y a veces las fechas patrias y otras conmemoraciones se convertían en el solo hecho de izar la bandera y entonar el himno. Este fue uno de los primeros aprendizajes que recibí, "los actos cívicos y la expresión cultural son indispensables en este colegio, hacen parte de la cultura institucional, son famosos en el municipio. Cuando hay un acto cívico viene toda la comunidad y hasta personalidades importantes del casco urbano del municipio", eso me decía una de las maestras con más experiencia de la institución.

"En el colegio José María Obando hay excelentes maestros, aquí no todo el mundo se amaña porque hay que trabajar mucho y muy bien, no todos los maestros se acoplan a esta empresa, porque esto de la educación ya es una empresa", escuchaba yo estas palabras muchas veces y me retaba a mí misma. Admiraba mucho a mis compañeros y sabía que yo debía aprender mucho, que debía ser humilde, dejarme guiar por las personas que tenían experiencia y buscar por mis propios medios la autoformación que me permitiera acoplarme a este centro educativo.

De este colegio han salido grandes personajes reconocidos a nivel nacional, como el docente Edwin Rendón, al igual que trovadores y escritores. Además, temas como la oratoria convocaban a todo el municipio en un espectacular evento; y todo esto me sirvió mucho para crecer pro-

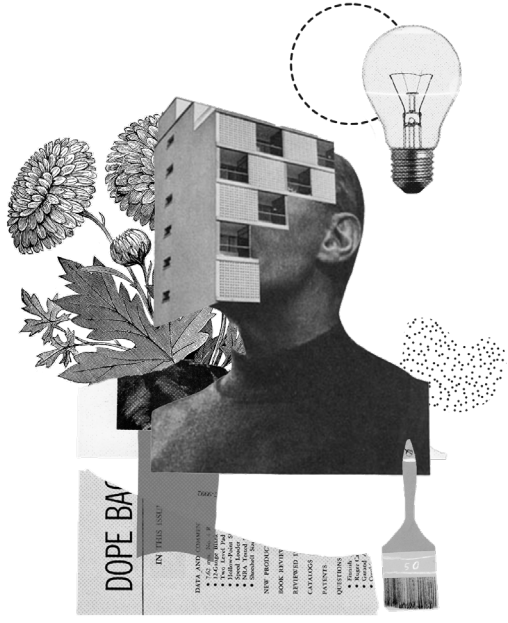
fesionalmente. Así mismo, los estudiantes y sus familias respondían positivamente a la labor del docente, pues en este lugar es muy valorado el trabajo del maestro. Podría decirse que este es un territorio natural de muy buen ambiente social y que nacen en esta vereda personas de muy buen corazón, tranquilas, respetuosas, inteligentes, acogedoras y líderes de naturaleza solidaria, como la señora Virgelina Valencia, quien compuso el himno del colegio y quien es nuestra vecina, una mamá, abuela y líder comunal que siempre apoya a los docentes en su labor.

En este colegio donde actualmente me desempeño como docente del área de Español tuve la fortuna de educar a mis hijos y de que mis compañeros fueran sus profesores. En mi recorrido como maestra mis tres hijos han sido mis compañeros de carrera más fieles, han estado conmigo siempre porque no he querido dejar de educarlos ni de formarlos; y aunque primero fui docente que madre, ambas posiciones me han enseñado que las dos figuras son vitales para el ser humano y por ello jamás podre desligarlas. Ambas las conjugo en mi vida diaria para brindar a mis hijos y a mis estudiantes lo mejor de mi ser.

En estos momentos de trabajo en casa lo más difícil es no ver a los estudiantes, no poderles explicar debidamente las actividades, porque en el contexto rural, además de sentirse profundamente la escasez tecnológica y la desigualdad social, también hay mucha distancia. A veces, si sales a la calle te puedes encontrar muy esporádicamente a uno o dos estudiantes, a quienes ya ves más grandes y más bonitos.

Es muy compleja la realidad que vivo como docente, ya que hago un esfuerzo por lograr que mis alumnos aprendan a través de la elaboración de guías de aprendizaje, que se les entregan en físico o se les envían al WhatsApp; y también de videos, que no descargan debido al lugar donde ellos viven y a su condición económica, que no les permite recargar datos.

El horario ha sido demasiado flexible, así como las oportunidades que se les brindan para hacer entrega de evidencias. Siento que estoy trabajando mucho, pero los resultados no son los esperados. El contacto, la socialización con el estudiante y el padre de familia es vital. Lo que le da sentido a la escuela, a la labor docente, es cuando estamos aprendiendo juntos, intercambiando ideas, saboreando el conocimiento, disfrutando el momento en que nos podemos reunir para cantar, bailar, jugar, escribir, leer, corregir, volver a hacer, recorrer territorios, explorar la vida, aprender a hacer, enseñar a vivir, porque la escuela somos todos. Amo mi labor como docente, cada día quiero aprender más y lograr que mis estudiantes crezcan con un equilibrio integral entre el ser y el saber.



MI ESCUELA:

Un mundo de proyectos

Leonardo José Rodríguez*

*Maestro de la Institución Educativa San José, sede rural El Caunce, municipio de Uramita. Correo electrónico: lejoro8804@gmail.com

Resumen

En este trabajo se propone el quehacer docente enfocado en las prácticas de enseñanza a partir de la planificación, apropiación, desarrollo y evaluación de proyectos de aula por parte de los estudiantes del sector rural. El docente inicia un trabajo en el que ejecuta proyectos pedagógicos y los muestra como ejemplo para que luego los estudiantes realicen un proceso de exploración y sistematización de ideas artísticas, recreativas y científicas que encuentran en los libros de la biblioteca. La aplicación de estas labores se da en tiempos, lugares, frecuencias e intenciones orientadas por el docente, y más adelante por los estudiantes, quienes se apropian del proyecto y se convierten en líderes, expositores y pares académicos.

Palabras clave

Nuevas pedagogías, escuelas rurales, proyectos educativos, huertas escolares, lectoescritura.

Un revolcón de ideas en mi cabeza

El 14 de julio de 2014 inicié mi labor como docente en la Institución Educativa Antonio Roldán Betancur, del municipio de Briceño, ubicado en el norte antioqueño. Aquí orienté a los estudiantes de primaria en las áreas de Educación Artística, Educación Física y Recreación y Deportes. Durante ocho años experimenté con la planificación, apropiación y ejecución de proyectos pedagógicos relacionados con la música, la huerta escolar, el deporte, la lectura y la escritura. Todos los proyectos se diseñaban en mi mente, se ejecutaban en forma de experimento, sin un formato o documento escrito que me orientara. Luego la apropiación se daba en el proceso, a partir de los desaciertos que cometía, y las evidencias de los resultados eran fotografías sin ningún orden o explicación. Los objetivos estaban en mi cabeza y podían cambiar según los fracasos en una u otra actividad.

Mediante esta metodología logré conformar un grupo musical con guitarra, bugle, clarinete y tambora huilense, además de un grupo de música con flauta dulce, que interpretaba canciones infantiles y villancicos. También conformé un club de lectura en los tiempos de descanso. Este grupo inició con mi ejemplo, pues un día, mientras leía los *Diálogos de Platón* recostado en una columna de concreto cerca de la zona donde realizaba el acompaña-

miento a los estudiantes, sentí la presencia de un niño que parado en una silla intentaba leer mi libro. Después visité la biblioteca, leí diez libros infantiles y elegí cinco ejemplares que me gustaron. Aquí nació un nuevo proyecto: "Egoísmo del bueno", que consistía en impedir que los estudiantes leyeran mi libro. Mientras leía, las cinco obras infantiles reposaban en una mesa ubicada en el lugar donde me correspondía el acompañamiento. La idea no era ofrecerlos, sino esperar a que uno o varios estudiantes se atrevieran a tomarlos y explorarlos.

Pasaron dos días y ningún estudiante se animó a tocarlos. Me observaban y cuchicheaban, pero solo los ojeaban desde lejos. El tercer día una niña vino corriendo, tomó uno y se fue a leerlo sentada junto a la pared. Los demás niños, al ver que no le dije nada, en seguida tomaron los otros y se fueron a explorarlos. Luego, al terminar el descanso, los dejaron en su lugar. El proyecto inició con cinco estudiantes que decidieron coger los libros, y a ellos se sumaron otros. Al final, doscientos cincuenta niños se sentaban junto a la pared para leer durante los descansos.

Bajo la misma metodología surgió un proyecto de recuperación de un terreno de la institución educativa que estaba abandonado. Inicié con dos acompañantes: un estudiante que elegí a dedo y un profesor de Historia. Creamos un agroparque en el que los estudiantes cultivaban plantas comestibles y construían sillas a la sombra de las hojas de plátano, donde los compañeros se sentaban a desayunar. El proyecto llegó a contar con ciento veinte niños y niñas, que llegaban al grupo según su buen comportamiento y rendimiento académico, y distribuyó alimentos para los beneficiarios del restaurante escolar. Este trabajo finalizó cuando me trasladaron para la sede rural El Morrón, perteneciente a la misma institución. Durante mi labor como docente rural recibí un consejo por parte del profesor de Historia que me acompañó. Me sugirió que escribiera todos los proyectos que se me ocurrieran, que en algún momento llegaría a un lugar donde pudiera ejecutarlos a mi antojo. Un día después de recibir esta sugerencia creé una carpeta con el nombre de "La vida es un proyecto", a ella añadía documentos y así fui formando una idea que se podría aplicar en una escuela rural unitaria, específicamente en la sede educativa El Caunce, adscrita a la Institución Educativa San José de Uramita, para la que fui nombrado en el año 2015.

Para llegar a la sede debía caminar durante una hora y cuarenta minutos, salir de mi casa a las seis de la madrugada y enfrentarme al pantano y a la lluvia, que por lo general arreciaba a esas horas. El primer día de labor me acompañaba el presidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda El Caunce, junto a mi suegro, quien

quería saber en qué lugar iba yo a enseñar. Durante todo el trayecto los dos señores hablaban entre ellos, mientras yo pensaba en mi carpeta, en cómo iba a exponer la estrategia, y divagaba respecto a cómo la recibirían los padres, las madres y los estudiantes.

La noche antes de ir a la escuela revisé los archivos y organicé la idea, lo hice con introducción, justificación, objetivos, cronograma y recursos. Me sentía seguro y casi que la memoricé. Era, paradójicamente, un proyecto con el que pretendía enseñar a hacer proyectos. Cuando llegamos a la escuela hubo algunas imágenes que de inmediato me impactaron y redireccionaron mis objetivos. La biblioteca estaba nueva, limpia, aromática; pero cerrada y con polvo en las puertas de los estantes donde reposaban los libros. Las guías de la metodología Escuela Nueva formaban montones desordenados sobre las mesas que el plan de Mejoramiento Alimentario y Nutricional de Antioquia (MANA) donaba para que los estudiantes colocaran el desayuno y consumieran los alimentos cómodamente.

La huerta se encontraba inundada por la maleza, mientras los estudiantes estaban recostados a las paredes. Después de despedirme de la profesora que laboraba allí inicié mi exposición y decidí que un estudiante del grado quinto leyera un corto fragmento de un párrafo. Escuché su lectura y comprendí que "La vida es un proyecto" debía enfocarse en el mejoramiento de la lectura y la escritura. Eso mismo les dije a los estudiantes y a sus familiares. De inmediato toda la comunidad me apoyó y encontré un papel en blanco donde escribir mis ideas.

Un papel en blanco donde escribir

"Mi escuela: un mundo de proyectos" (MUP) es una estrategia educativa inspirada en el trabajo social con las comunidades rurales y en busca de propuestas colaborativas que motiven el día a día de los niños y niñas en la escuela El Caunce, del municipio de Uramita. La propuesta surgió después de realizar un diagnóstico académico, social y escolar que arrojó como resultado un ambiente de apatía por parte de los estudiantes respecto a la idea de ir a la escuela, al parecer detonado por el desconocimiento de la anterior docente sobre la riqueza del contexto, que fue caracterizado por un extenso y diverso paisaje, por madres, padres y estudiantes que permitían la convivencia escolar; y por una hermosa y muy nutrida biblioteca que estaba oculta tras la ignorancia de alguien carente de vocación y, por tanto, de creatividad.

La constante inasistencia de los estudiantes en los momentos pedagógicos, los registros de los alumnos remitidos al psicólogo institucional por supuestas malas

conductas, el descuido de la planta física y el área verde que la conforma, el rendimiento académico bajo y las debilidades en la lectura, la escritura y la motricidad fina me motivaron a generar una propuesta educativa innovadora e integral que mejorara las prácticas escolares. Esta aventura inició el 21 de julio del año 2015, a las dos y cuarenta y cinco de la tarde, en el Centro Educativo Rural El Caunce, después de observar el carisma de una comunidad educativa que se vinculó a los procesos.

Desde sus inicios la propuesta se articuló al Proyecto Educativo Institucional (PEI) y apuntó al fortalecimiento del sentido crítico, la autonomía y la formación integral de los estudiantes, a partir del concepto de calidad, con el que se fundamenta el sentido de la institución en el PEI. Términos como creatividad, autonomía, participación y educación integral construyen un entramado que sostiene y fundamenta la visión educativa, los principios y valores, la filosofía, el perfil del estudiante y la gestión académica, complementada desde corrientes pedagógicas como la pedagogía activa y el constructivismo. Las prácticas se realizan en dos aulas: el campo deportivo recreacional y la huerta escolar; se construyen proyectos de aula para cada área del conocimiento, así como un proyecto pedagógico, y el docente elabora guías de aprendizaje como complemento a las que propone el modelo de Escuela Nueva.

Al ser una iniciativa que visiona la construcción de un ambiente de aprendizaje integrador de las diferentes áreas del conocimiento, se articula al Área de Gestión Académica desde cada una de sus competencias. Por otra parte, el Área de Gestión Comunitaria es abordada desde la competencia de interacción comunidad– entorno. La comunidad educativa viene haciendo posible el desarrollo pleno de la propuesta y los padres y madres de familia son partícipes y coequiperos de los proyectos que el estudiantado y el docente desarrollan.

El sentido integral que se le acuña a la propuesta tiene la intención de motivar a los estudiantes para que su estadía en la escuela sea agradable y que la actitud que asuman los profesores frente a los contenidos que deben desarrollar sea positiva y entusiasta. El hecho de que los alumnos sean los creadores y ejecutores de los proyectos de aula es el motor que los impulsa a ir a la institución y a no perderse de las actividades que se desarrollan por medio del juego, la lectura, la escritura y el arte. Esto ha contribuido a mejorar la competencia comunicativa, principalmente gracias a las obras del Plan Semilla que conserva la biblioteca escolar.

La pedagogía activa y la construcción del conocimiento permiten que los estudiantes apliquen en su realidad la esencia de cada una de las teorías, pues todo lo que se

hace en la escuela es o ha sido descubierto mediante la interacción con los libros, el docente, la naturaleza y el pensamiento de los diferentes sujetos. De este modo, se libera el conocimiento que reposa en la literatura, la naturaleza y la web. A la vez, lo planeado y ejecutado por el docente se convierte en la fuente y el ejemplo para que los estudiantes emprendan sus propias iniciativas.

Los proyectos cuentan con una metodología específica y las ideas de los alumnos surgen de la lectura de los diferentes libros que ellos escogen según las temáticas, ilustraciones y actividades artísticas y lúdicas que contienen. Cada uno lee un fragmento, planea un borrador en el cuaderno de Lenguaje y luego de la revisión del docente y la ayuda de los compañeros escribe el proyecto en un formato propuesto por el profesor. La ejecución de cada uno requiere prácticas de lectura en voz alta por parte del estudiante dinamizador, además de las explicaciones necesarias para llevar a cabo la actividad, que puede ser realizada en el aula o en el campo abierto de la escuela.

Lo que se busca es el contacto diario y directo de los estudiantes a través de la lectura y la escritura, para convertirlas en una verdadera práctica caracterizada por elementos como la frecuencia, el tiempo, el lugar y la intención. Al iniciar el año escolar los estudiantes van a la biblioteca y escogen uno o dos libros que les sirvan en la creación de sus proyectos, para esto además se debe tener en cuenta que los insumos existan en la escuela o sean de fácil consecución, pues la propuesta se desarrolla con recursos propios de la tienda y la huerta escolares, recursos de gratuidad, materiales reciclados y algunas ayudas por parte de la Administración municipal. Es decir, debe ser autosostenible.

Después de esta búsqueda se inicia una práctica que consiste en planear un proyecto al inicio de cada mes. Se escoge un día para prepararlo y se ejecuta la última semana del mismo mes, en la que también se realizan otras actividades, como el desarrollo de secuencias didácticas de Matemáticas, Lenguaje y Ciencias Naturales; o los Días del Logro, planeados como proyectos de aula por el gobierno estudiantil.

Al finalizar la ejecución los proyectos son evaluados por los estudiantes y el docente, a partir de criterios como planeación y apropiación, calidad de la lectura en voz alta, claridad en las explicaciones y uso de recursos por parte del dinamizador. Además, el estudiante escribe sus fortalezas y dificultades en el formato, según los resultados de la coevaluación.

Durante los cinco años en los que se viene construyendo, ejecutando, mejorando y disfrutando de esta propuesta, los aciertos han opacado los inconvenien-

tes que se han presentado de forma natural, entre los que se incluyen la ubicación de la vereda, la dotación tecnológica digital con que se cuenta y la salida de los estudiantes promovidos al grado sexto.

Los avances en lectura y escritura que se pueden evidenciar a la fecha son la prueba de que cualquier propuesta de trabajo en el campo de la enseñanza es viable si se ama lo que se hace. En la escuela hemos aprendido a amar los textos, a valorar los soportes analógicos y la escritura en manuscrito, gracias a la llegada de lo digital, que nos enseñó que el papel y el lápiz, si se usan como verdaderos medios para la enseñanza, pueden hacer más que la tecnología meramente instrumentalizada.

Además, desde el nivel preescolar, los niños y niñas desempeñan roles activos y sin represiones. Se sienten autónomos y sin miedo al dirigir una actividad, leer, cantar, bailar, hablar y exponer ante un público. Hemos llegado a situaciones evaluativas que enseñan, mas no frustran, pues los estudiantes no pierden nada con equivocarse. Allí solo se gana, el error es el punto de partida para la construcción del conocimiento. Lo importante es identificarlo, saber en qué momento se cometió, por qué y cuál puede ser la solución. Los estudiantes disfrutan el conocimiento y se acercan a pedacitos del mundo académico y creativo mediante los libros.

Otro avance que inspira los corazones de la comunidad educativa es la creación de la huerta escolar, en la que se desarrollan los proyectos pedagógicos “Aguacateros” y “Ecocreadivertidísimo”. A base de elementos reciclados se ha construido un espacio para la producción de frutos, lo que mantiene vivo el sentimiento agrícola de la comunidad.

De otro lado, el arte ha incentivado el interés de los estudiantes por la cultura, la música, el baile y la pintura. En este aspecto se puede decir que la distancia entre el pueblo y la escuela no ha permitido la gestión de materiales ni la proyección de las producciones artísticas hacia escenarios que puedan confirmar a los estudiantes lo importantes que son en la escuela y la sociedad. Sin embargo, el conjunto de avances y dificultades nos ha enseñado a valorar el tiempo que pasamos en el centro educativo, la importancia de planear las actividades, de ser recursivos y de utilizar lo que tenemos a la mano para darle otros usos.

El hecho de trabajar unidos ha motivado que tengamos algo de autosostenibilidad. La tienda escolar, además de brindarnos conocimientos y sabores, ha dejado recursos con los que hemos conseguido lo que posiblemente no conseguiríamos mediante peticiones a entes territoriales; y aunque en el proyecto se trabaja con lo que se tiene, si los recursos llegaran podríamos potenciar lo que hasta ahora se ha construido, mejorar las condiciones escolares y las posibilidades de aprendizaje e interacción con el mundo.

En el año 2015 el proyecto fue presentado en un concurso de experiencias significativas a nivel municipal, organizado por el Parque Educativo Utimec, del municipio de Uramita. En este evento se obtuvo el primer lugar en la categoría de experiencias con menos de seis meses de aplicación. Así mismo, fue socializado ante todos los docentes del municipio, quienes también presentaron sus propuestas, enriqueciendo el saber de la comunidad docente. Sin embargo, debido al tiempo y la distancia entre el centro educativo y las demás escuelas, su difusión se ha dado desde el uso de sitios web, que mediante imágenes, documentos y videos permiten mostrarle al mundo nuestro trabajo.

En el año 2017 la estrategia fue premiada en el evento Evoluciona, organizado por la Secretaría de Educación de Antioquia, en la categoría de Lengua Castellana y Educación Artística, gracias a lo que recibimos un incentivo económico con el cual se adquirieron cuatro computadores portátiles, con los que la estrategia pasó de ser analógica a digital. En lo que concierne a la calificación, cada actividad es evaluada de acuerdo con el producto obtenido. Por tanto, se valora el conocimiento conseguido y siempre que se desarrollan los proyectos realizamos observaciones durante y después de la actividad. Se hacen sugerencias a los líderes y ellos las transmiten a los otros participantes. Cabe destacar, además, que cualquier idea que un estudiante crea que se puede convertir en proyecto es considerada válida y ejecutable, y esto es lo que ha hecho que la propuesta crezca cada año.

Estos nuevos modelos pedagógicos han cambiado la concepción de escuela y educación que tenían los padres de familia y los estudiantes, que ahora sin temores exponen ante un público, leen, se equivocan, se corrigen entre todos, aprenden, enseñan, disfrutan y hacen felices a sus padres cuando delante de ellos manejan las tabletas digitales, realizan operaciones, escriben, juegan y enseñan. En la escuela nada se pierde porque todo es de todos. Nadie gana, nadie pierde, nadie se golpea; todos trabajan, se aplauden, se hacen sugerencias, cantan, interpretan la flauta y escriben canciones.

“Mi escuela: un mundo de proyectos” es una escuela nueva, una escuela activa, integradora e incluyente. En las

ocasiones en las que el centro educativo ha presentado propuestas como aporte a la Feria de la Ciencia y la Creatividad los estudiantes han evidenciado el impacto que MUP genera en el aspecto académico. En esos días donde la Institución Educativa San José expone las iniciativas de todas las sedes educativas rurales y del sector urbano, los estudiantes de la sede rural El Caunce son vistos como unos pilos después de socializar proyectos sobre la construcción y funcionamiento de materas con riego propio, fundamentados en la teoría de la presión atmosférica y el sistema de riego por goteo; sobre la importancia de los sentidos y el aporte de la lombricultura al planeta.

Después de que los estudiantes exponían ante todos los grupos de la institución educativa, eran aplaudidos y felicitados por los estudiantes y docentes, con palabras como "Felicitaciones muchachas, ustedes exponen mejor que nosotros" (dicho por estudiantes de grado undécimo) o "Felicidades, muy buen manejo del tema, se nota que lo prepararon" (dicho por el jurado).

Durante la presentación del proyecto de lombricultura los estudiantes obtuvieron el primer lugar en tres de las cinco categorías sobre las que se desarrollaba la feria. Eran estudiantes de los grados primero, segundo y tercero frente a estudiantes del grado undécimo. Los niños casi iniciaban su presentación y minutos antes de recibir la orden para iniciar debí abandonar el aula y dejar el computador con el que pensaba pasar las diapositivas. El público se quedó asombrado al ver que me ausentaba. Ese día debí viajar hacia la escuela a recoger dos niños que hacían parte de los expositores, pero que salieron tarde y perdieron el transporte. Cuando regresé, los estudiantes ya habían realizado su presentación ante los grados décimo y undécimo. En ese instante terminaba la segunda exposición y uno de los jurados me contó lo ocurrido durante mi ausencia.

La estudiante de segundo, al ver que me ausentaba, se sentó frente al computador e inició. En seguida, los estudiantes de primero hicieron la parte que le correspondía a ella y luego expusieron la parte de cada uno. Fue un éxito, y lo que al jurado le pareció más interesante fue ver a dos niños del grado primero hablando frente a un público, leyendo mentalmente, explicando los títulos que orientaban la presentación, mostrando imágenes y respondiendo las preguntas formuladas por estudiantes de educación media. Este relato del jurado reafirmó el impacto que ha logrado MUP en los estudiantes. Así quedó demostrado que el aprendizaje se da mejor cuando los alumnos se sienten parte del proceso y ven a los docentes como seres ubicados a su altura, seres que también necesitan enseñanza, la enseñanza que sus estudiantes tienen para ofrecer.

LA PALABRA

como posibilidad de encuentro y autoconocimiento

Wilson Andrés Rodríguez*

*Maestro de la Institución Educativa Gabriel Correa Vélez del municipio de Caracolí. Correo electrónico: zurdopleyadian@gmail.com

Resumen

El presente escrito procura mostrar la importancia de la pedagogía, entendida como una posibilidad de autoconocimiento tanto para estudiantes como para los docentes. De igual modo, se pretende explicar la importancia de la implementación de los recursos educativos digitales en la actual contingencia de la pandemia causada por el SARS-CoV-2. Es una reflexión personal sobre el quehacer educativo y los retos a los cuales me enfrento constantemente en mi labor. Plasma el anhelo y la esperanza de un docente que se interroga permanente por su lugar en la sociedad, el mundo que habita, la historia que escribe y los sueños que contempla. Es, en definitiva, un llamado a la esperanza en medio de la zozobra y el desconcierto reinante en nuestra sociedad, a tratar de encontrarnos con el otro y crear a partir de la palabra y el uso de la tecnología.

Palabras clave

Pedagogía, conocimiento, maestro, estudiante, autoconocimiento.

"Necesitamos una mayor comprensión de la naturaleza humana porque el único peligro real que existe es el hombre mismo. Él es el gran peligro y lamentablemente lo ignoramos. No sabíamos nada del hombre, de lejos poco. Su psique debe ser estudiada, porque somos el origen de todo mal que se avecina".
C.G. Jung

El ser humano es realmente complejo en su naturaleza. No en vano el Oráculo de Delfos rezaba "conócete a ti mismo". El autoconocimiento es, tal vez, en mi humilde opinión, el *arjé* de la pedagogía. Es decir, su elemento primordial y también su objetivo último. En él se depositan las esperanzas del perfeccionamiento del hombre en todas sus dimensiones, las cuales no son más que ideales. Es en este acto de conocerse donde culmina y empieza la dialéctica que determina, en cierta medida, la naturaleza del ser humano. Y es en un resquicio que se abre en la contradicción, debido al desgaste de viejos ideales, que entra la pedagogía con su intención de moldear, modelar, instruir, guiar y formar.

Es difícil escapar de la dualidad del hombre. Terminamos compartiendo la desazón del escritor Víctor Lugo (2020) al afirmar que por años fue un convencido de que los principios de Rousseau, apelando a la racionalidad, reflejaban una humanidad posible; pero que hoy piensa que es Hob-

bes el que tiene razón: "El hombre es un lobo para el hombre", esa es la naturaleza humana. Premisa ratificada por algunos estudios como el de Yuval Noah Harari, quien nos muestra que el ser humano es destructivo por naturaleza[1]. Pero, aun pensando en la posibilidad de que así fuera, decidí aprender cuanto más pudiera sobre mí, los otros, el mundo y su historia. Aunque debo admitir que en aquel momento yo también andaba buscándome, igual que ahora. Siempre con la intuición, quizá un convencimiento inconsciente, de que es posible ser justos, bondadosos, dignos (en un sentido kantiano[2]), bellos, generosos, pacíficos y realmente compasivos. Esto se convirtió en vocación y así fue como terminé licenciándome en Educación Básica con Énfasis en Ciencias Sociales.

Alguna vez leí que el docente es un verdadero maestro cuando es luz para sí mismo, logrando de esta manera iluminar a los demás. El maestro tiende un puente entre el estudiante, el conocimiento y el autoconocimiento. Dicho puente es la "palabra", a pesar del aparente desprestigio de la misma.

En medio de esta pandemia causada por la covid-19, la reflexión por diferentes aspectos de mi vida personal y laboral ha sido frecuente. Ni qué decir de los retos que he debido afrontar en mi trabajo. Hace poco leí un artículo de Lugo, el cual llamó mi atención debido a su carácter pesimista, titulado "Las falsas esperanzas de la post-pandemia o la opción por el silencio". En un momento preciso pone de relieve el desengaño de un dirigente español que dejó de publicar cosas. Cuando le preguntaron la razón simplemente dijo: "No hay esperanza de crear un mundo que se parezca un poco al que he soñado y, por tanto, todo lo que yo digo no sirve para mucho" (Lugo, 2020, párr.16). Esto manifestaba nuestro apocado dirigente con relación a la prodigalidad de la palabra.

Quizá, nada en la realidad cambiará significativamente luego de que la emergencia por la pandemia se haya ido; esta es la idea central de este relato. Al dar una mirada por el actual panorama poscuarentena podemos constatar que se ha incrementado la violencia, el desempleo, la miseria y el hambre. El actual sistema de "cosas" se mantiene igual y los ideales e imaginarios del capitalismo financiero[3] se encuentran más vigentes que nunca.

Yo creo en el poder de la palabra. "El que tiene imaginación con qué facilidad crea un mundo", decía Bécquer. Y este acto creativo, que puede ser a la vez reflexivo y críti-

[1] En su libro *Sapiens: De animales a dioses* (2013), este autor hace una interesante reflexión al respecto. Ver pp.24-82.

[2] Para Kant, la dignidad del hombre consiste en "ser un fin en sí mismo, no un medio para un fin". Para una mayor comprensión de este concepto se recomienda leer *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (p. 434-435).

[3] Para el sociólogo francés Alain Tourain, el capitalismo industrial ha mutado en capitalismo financiero. Para una mayor comprensión al respecto se recomienda leer el artículo "Lo que llamamos política es hoy una realidad muy degradada", publicado por Clarín el 8 de agosto de 2014.

co, solo es posible si se nombra, bien sea en el aparente mutismo de la palabra escrita o en la articulación de la palabra hablada. El hecho de poder nombrar las cosas nos permite problematizar la realidad, es decir, plantear interrogantes con relación a la misma. Esto permite que desde las ciencias sociales sea posible no solo explicar fenómenos humanos, sociales y naturales, sino también identificar las causas y consecuencias de las mismas; lo que supone una aproximación dinámica a la realidad.

En las ciencias sociales no se trabajan temas dentro del aula de clase, más bien se problematiza la realidad. La mejor manera de llevar a cabo este ejercicio es el diálogo entre profesores y estudiantes. Las ciencias sociales no trabajan con elementos teóricos puramente abstractos; por el contrario, comprenden y aportan soluciones a problemas reales, ya sean de índole psicológico, histórico, pedagógico, económico, político, sociológico, antropológico y ético.

Como docente, es en un contexto globalizado, interconectado y mediado por la tecnología y la información donde he decidido apostar a la belleza, la literatura, el cine y el diálogo reflexivo como posibilidad de crear. En su momento, el escritor Oscar Wilde planteó, de manera magistral, en *El retrato de Dorian Gray* (2013), que

> nunca se ha entendido bien la verdadera naturaleza de los sentidos. Han permanecido en un estado salvaje y animal sencillamente porque el hombre ha tratado de someterlos por el hambre, y someterlos por el dolor, en lugar de proponerse convertirlos en elementos de una nueva espiritualidad, en la que el rasgo dominante sea un admirable instinto para captar la belleza. (p.129)

Así, es por el descubrimiento de una nueva sensibilidad y autoconocimiento que se desarrolla el proyecto educativo "Pensarte". Esta propuesta surgió de la necesidad de complementar el uso de recursos educativos digitales con la enseñanza en el aula. Busca que la comunidad educativa aprenda de cine y con el cine. Lo anterior nos lleva a reflexionar sobre la educación en época de pandemia, en pleno auge de lo que se ha llamado sociedad del conocimiento, término usado por ciertos sectores oficiales.

Como docente, creo que se me plantean grandes retos. Afortunadamente, también aparecen importantes aportes a la tecnología en el campo educativo y, por ende, a mi quehacer pedagógico. El rol del docente dentro del mundo actual debe ser dinámico. Así mismo, debe asumirse como mediador entre el estudiante y el conocimiento. Dicha mediación, tal y como lo afirmé antes, va a necesitar siempre del encuentro con la palabra.

Por más que se dijo que lo virtual iría relegando lo real, tal como se suponía con la radio y el libro, por citar un par de ejemplos, nos encontramos que lo analógico y lo digital han logrado complementarse, sin necesidad de descartar lo primero en beneficio de lo segundo.

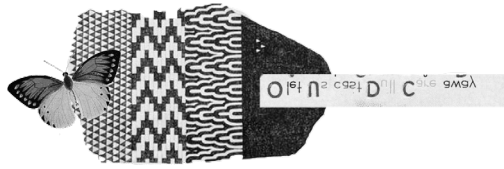
Ahora bien, superar las prácticas educativas tradicionales ha sido todo un desafío debido a que la mayoría de las instituciones poseen modelos pedagógicos supuestamente constructivistas y holísticos, y las prácticas de los docentes difícilmente se desligan de lo tradicional. En mi caso, me di cuenta de que debo ser competente en el manejo de los diferentes recursos educativos digitales y ser capaz de articularlos con el modelo pedagógico reinante en la institución educativa donde trabajo.

Los desafíos que nos plantean las tecnologías emergentes pasan por el conocimiento de las mismas, es decir, de sus especificaciones técnicas y operabilidad; lógicamente, para conocer su alcance formativo. Por esta razón, uno de los principales retos ha sido precisamente lograr coherencia entre el modelo pedagógico y mi práctica educativa. Entender que las TIC no son solo un artefacto, sino que desempeñan un verdadero papel formador.

Para López y Navas (2013), "algunas instituciones tan solo ven la necesidad de dominar el uso de los artefactos tecnológicos y las teorías, técnicas y metodologías tecnológicas, sin apreciar el efecto de la tecnología sobre la educación misma" (p.127). Así pues, este escenario de pandemia me permitió entender la esencia misma de la informática. Todo esto con el fin de que sea transversal a las diferentes áreas del conocimiento y útil a la enseñanza y el aprendizaje de las ciencias sociales.

A pesar de que a mis treinta y seis años no he sido indiferente al proceso de transformación tecnológica de la sociedad, estas nuevas prácticas sí han significado una ruptura con los esquemas preestablecidos. El hecho de realizar videos pregrabados, encuentros en plataformas digitales como Zoom y Meet, atender al teléfono, revisar correos electrónicos, asistir a reuniones de profesores por medios virtuales y generar planeaciones de clase que atiendan a este contexto de virtualidad ha significado un gran proceso de aprendizaje.

Esta situación de confinamiento ha mostrado a la sociedad colombiana de una manera cruda y sin censura. Es evidente que la desigualdad social y económica se ha agudizado en estos meses. Esto ha mostrado la gran brecha tecnológica que hay en Colombia, pues se tiene un estimado de que alrededor del noventa y seis por ciento de los municipios del país no cuentan con la posibilidad de implementar una educación virtual, algu-



nos ni siquiera cuentan con los recursos mínimos para la conectividad (La Pulla, 2020). Por ello, la idea de llevar educación de manera no convencional a diferentes rincones del país es una completa utopía.

Mientras esto sucede en el departamento de Antioquia, grandes universidades del mundo entero desarrollan cursos completos de *E-learning*, como se le conoce al desarrollo de la educación asincrónica y completamente virtual a nivel mundial. De manera que el gran reto para la Administración departamental y la Secretaría de Educación de Antioquia será el poder garantizar a las comunidades educativas, en la medida de lo posible, materiales (recursos técnicos y logísticos óptimos) para afrontar los retos de la educación básica y media en un contexto de postpandemia.

Referencias

López, G. y Navas, X. (2013). *Libro Electrónico Multimedial: Fundamentos de la Educación Mediada por TIC*. Universidad de Santander. https://aulavirtual-eew.cvudes.edu.co/publico/lems/L.000.006.EATE/librov2.html

Rincón, J. Rotta, S y Baena P. [La Pulla] (30 de julio de 2020). *El infierno de volver a clases en plena pandemia* [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=o7zl_BCYKss&t=17s

Lugo, V. (2020). *Las (falsas) esperanzas en la post-pandemia o la opción por el silencio.* http://victordecurrealugo.com/la-post-pandemia/

Wilde. O. (2013). *El retrato de Dorian Gray*. Imagen editorial.

MEMORIAS DE UNA MAESTRA:

relatos del territorio

Nancy Adriana Trujillo Puerta*

*Maestra de la Institución Educativa La Pintada, del municipio de La Pintada. Correo electrónico: nancyadrianatrujillo@gmail.com

Resumen

Como docente he tenido la oportunidad de conocer tres regiones diferentes de Antioquia. En ellas he comprendido las penosas circunstancias que rodean la infancia y sus contextos: el rigor de la pobreza, el dolor de la guerra, la relación entre territorios e insurgencia y los múltiples escenarios que la geografía y la desigualdad desencadenan en este país. Sin embargo, también entendí la fuerza, la resiliencia y la dignidad que las comunidades demuestran en su afán de levantarse de las condiciones adversas. Entre unos y otros pormenores estamos ubicados los maestros, siempre atentos y dispuestos, transformando nuestro quehacer para darle valor a lo humano, lo sensible y lo práctico. Los maestros nos configuramos a nosotros mismos y luchamos contra nuestros propios miedos para adaptarnos a las realidades de cada población, sacrificando incluso la cercanía a nuestros más profundos afectos.

Palabras clave

Maestro, ruralidad, desigualdad, insurgencia, vocación.

El comienzo: de lágrimas a plenitud

El frío era denso y penetrante, pese al abrigo y a la aromática caliente que había tomado antes de iniciar el viaje. Salía de la cabecera del municipio de Angostura hacia la vereda El Chocho La Loma. El clima era realmente helado. Seguramente el hielo brotaba de la profundidad de mi alma, al percibirme tan distante de aquellos que amaba. Mi corazón estaba suspendido en una tristeza callada. Experimentaba que me aislaba de mí misma y de mi arraigo. Me sentía confundida y sola allí donde no conocía a nadie ni distinguía nada.

Tenía diecinueve años. Esta sería mi primera experiencia docente. Estaba recién graduada como normalista superior. Mis anhelos habían estado concentrados en esta oportunidad y ahora se desvanecían entre los miedos y los apegos que afloraban.

Un bus escalera nos conducía a la vereda, la directora del colegio me acompañaba. El carro era tan lento que desesperaba. La carretera era estrecha y sola, pocas casas observé a lo largo del camino. Los paisajes eran grises. Aquella mañana estaba realmente oscura.

Después de más de una hora de excesiva pausa llegamos a nuestro destino. Descendimos del carro. Abando-

namos la carretera y avanzamos por un camino que se abría a través de la montaña. El frío de la vereda era peor que el del pueblo. Caminamos durante cinco minutos y desde un alto logré divisar la escuela. Era una construcción nueva, pequeña y agradable. En el colegio nos dirigimos a la habitación de las docentes. Allí conocí dos profesoras, descargué mi bolso y retorné hacia afuera.

Me encaminé hacia un costado de la escuela. Me senté en un prado en el que divisaba numerosas montañas. Esa mañana el cielo estaba nublado, pero no más que mis ojos, que no pudieron contener las lágrimas. Lloré con todas mis fuerzas y me preguntaba qué hacía allí. Sentía que había tomado la decisión equivocada.

Antes de las ocho de la mañana empezaron a ingresar los estudiantes. Me miraban con sus ojos alegres y curiosos. Percibí la calidez y la pobreza. Unas caras tan amables y dulces, y unos cuerpos tan delgados, descalzos y frágiles.

La tristeza fue cuestión de un rato. Desde el momento en que entré en contacto con los niños me sentí tranquila y restablecida. Me asignaron los grados de tercero a quinto en la modalidad de Escuela Nueva. Fue grato conocer aquellas personas, pero difícil comprender sus realidades e inmenso el reto de trabajar por ellas.

Aquella comunidad se constituía por familias pobres, cuyos padres trabajaban como jornaleros en sembrados de caña y en la escasa recolección de café. Sus condiciones económicas eran complejas y la cantidad de hijos era extensa. Los niños acudían a la escuela con botas de caucho, otros lo hacían descalzos. La mayoría no poseía uniforme y acudían con ropa humilde y desgastada.

Entre la enfermedad y la pobreza

Tres de mis estudiantes, hermanos menores de diez años, cargaban en sus hombros la angustiosa situación de tener una madre con problemas mentales y de vivir en medio de la pobreza. Cierto día se desarrollaban las clases con normalidad. Al salir al descanso nos encontramos con la sorpresa de observar a la madre de los tres hermanos desnuda, corriendo de un lado a otro por el patio de la escuela, completamente desorientada, aunque sin manifestar comportamientos agresivos hacia los presentes. El esposo de la mujer acudió en el momento. Entre él y la directora persuadieron a la señora para que se dejara abrigar y, minutos más tarde retornaron a su casa. Las docentes tranquilizábamos a los niños para evitar desórdenes y accidentes. Los tres niños corrieron tras sus padres, alejándose de la escuela.

Días después del incidente, los tres niños se negaban a regresar al colegio, pues temían las burlas de sus com-

pañeros. Fueron muchos los esfuerzos que tuve que hacer para conseguir su retorno: múltiples visitas a su casa, mensajes escritos, diálogo con la familia y la mediación de la directora. En las visitas efectuadas al domicilio de los niños la vista era agobiante. La vivienda tenía sus puertas y ventanas cerradas. Era una casa de adobe, pero con los pisos en tierra. Estaba rodeada de matas de plátano y árboles de guama. El corredor se contemplaba vacío, no tenía sillas ni flores, como se acostumbra en los hogares del campo. Era un lugar silencioso. Producía una sensación de pesadumbre. Cada vez que lo recuerdo, un color marrón cubre aquella imagen.

Al cabo de dos semanas los niños retornaron a clases. Nunca hubo una burla para ellos de parte de sus compañeros. En la vereda todos los compadecían, eran personas buenas, pero desventuradas por la enfermedad de la madre. Meses más tarde la señora tuvo crisis terribles que hicieron que fuera remitida a una clínica de reposo. Era peor la situación de los niños, pues ahora su madre les faltaba.

En la escuela, los menores tenían el cariño de sus compañeros y, por supuesto, el mío. Procuraba estar al pendiente de los tres para que sintieran mi afecto, pero por más atenciones que tuvieran en la escuela, el regresar a casa les devolvía su infortunada infancia. Los niños no tenían a su madre, se sentían solos y, añadiendo a su desgracia, no encontraban un plato de comida digno sobre la mesa. Relataban que el alimento en casa se componía de plátanos cocinados y agua de panela.

Los tres hermanos amaban la escuela, era sin duda el mejor lugar para ellos, quizá porque el restaurante escolar era su única oportunidad de comer bien y porque la escuela era su zona de escape para ese penoso ambiente familiar. Me conmovía la situación económica de aquella familia. No eran los únicos en pasar por esta condición. Muchos hogares de la vereda vivían en estados similares. A los niños la escuela les permitía pasar un buen rato a través del restaurante, pero ¿qué pasaba cuando no estaba?, ¿en las vacaciones, las noches y el fin de semana? La administración municipal conocía la precaria situación, y la solución para ello era ofrecerles los subsidios de Familias en Acción.

Como maestros nos sentimos impotentes frente a este tipo de eventos. Es imposible reemplazar a una madre o quitar el hambre, más aún cuando son tantos niños en situaciones similares. ¿Qué se aprende cuando escasea el alimento y el amor materno?

Entre la enfermedad y la pobreza

Las maestras recorríamos la vereda casa por casa desarrollando una encuesta. La última vivienda que visité fue

la de doña Maruja, una madre de familia que tenía cuatro niños en la escuela. Eran alrededor de las cinco de la tarde.

Al terminar la encuesta, doña Maruja puso de repente un plato de comida en mis manos. Me negué y dije que debía marcharme cuanto antes porque iba a oscurecer, pero no aceptaron mi respuesta. La comida era fríjoles con mucho plátano y bastante caldo. En el mismo plato se agregaba un poco de arroz y una minúscula porción de carne.

Me incorporé y empecé a comer, mientras tanto los niños iban recibiendo su plato de comida para sentarse a mi lado. Sentí angustia al observar que en la comida de cada niño había un cuarto de huevo frito. Tal cual, un huevo dividido para cuatro.

Dentro de mí se cruzaron sentimientos de gratitud por ofrecerme su único pedazo de carne. También sentí culpa por arrebatárselos. Me sentía confundida al encontrarme en medio de tal precariedad. Yo no precisaba de aquella carne, les pertenecía a ellos y se las estaba quitando.

Con mucha discreción partí la carne en partes pequeñas y a modo de travesura la distribuí entre los niños, pidiéndoles con señas que comieran y callaran. Fue un momento de complicidad, para los niños fue un acto de picardía y para mí una hazaña devolverles lo que les pertenecía.

Estas personas y otras más de la comunidad me enseñaron a dar lo que hace falta. Comprendí que el invitado se hace sentir elogiado, sin importar la escasez y la necesidad. Aprendí que no es preciso la queja o la congoja. Se levanta la frente y se mira hacia adelante, tal vez con hambre, pero nunca con derrota.

Bajo la lupa de los grupos armados

La comunidad se encontraba bajo la influencia de las organizaciones armadas del ELN y las FARC. Era común que visitaran a diario la escuela. A eso de la cinco de la tarde llegaban guerrilleros, a veces con armas, otras veces desarmados. Andaban de a dos. Se acercaban a comprar dulces y gaseosas de la tienda escolar. Compraban bastante y siempre pagaban.

En algún momento, el comandante de las FARC de la zona solicitó a la directora del colegio el préstamo de las instalaciones de la institución para efectuar una reunión con la comunidad. Tras consultar con el jefe de núcleo, la directora no tuvo más opción que aceptar.

El día de la reunión entre insurgentes y comunidad se dictaron las clases con normalidad. Los niños, aunque acostumbrados a ver a los guerrilleros en su territorio, se mostraban curiosos porque eran decenas de mujeres y

hombres armados los que rodeaban el colegio. No fue fácil dar las clases con esta visita, pues mientras docentes y niños intentábamos concentrarnos, los guerrilleros, parados en las ventanas, observaban lo que sucedía dentro del aula.

El ambiente era tenso. Pensaba en lo que sucedería si el ejército o los paramilitares descubrieran en la escuela este grupo armado. Sería el fin para todos. La tragedia más sonada en la historia de Colombia, y los protagonistas serían personas ajenas al conflicto, obligadas a presenciar una cita con el horror de la guerra.

Para fortuna de todos, la reunión culminó en paz. Guerrilleros y comunidad retornaron a sus lugares, los niños terminaron su jornada. Las maestras en la habitación del colegio suspirábamos terror, pensando que algún grupo armado nos tildara de cómplices y decidiera exterminarnos por nuestra "colaboración".

La academia nunca nos enseña a lidiar con el miedo, a ver a los grupos armados pasearse como "Pedro por su casa" por la escuela, nuestro lugar sagrado, donde enseñamos paz y respeto. Comprendemos que esa es la realidad de gran parte de la ruralidad en Colombia, pero enfrentarse a ella no es sencillo, más aún cuando se ha crecido en lugares sin presencia de la insurgencia. Crecí con otros miedos y hasta ahora estaba experimentando un temor nuevo.

Los niños tildados como grupo armado

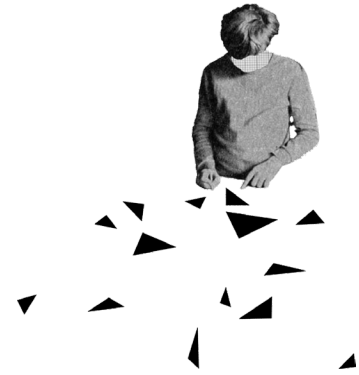
Después de un fin de semana, los niños recibieron a las maestras hablando al mismo tiempo, ansiosos por contar los acontecimientos del sábado anterior. En la vereda había un estadero que cumplía las veces de billar, bar y otras funciones más. En él se reunían personas de veredas cercanas. Era el lugar para el encuentro de los enamorados, para tomar cerveza, bailar, incluso para los niños era un sitio para jugar.

El sábado en la noche el Ejército llegó a aquel estadero, el cual estaba atestado de gente. La música se apagó. Hombres y niños salieron y a un costado del lugar debieron pararse de espaldas frente a una barranca para ser requisados. Les cortaron de las manos las manillas que usaban, algunas de caucho, otras de hilo, justificando que dichas manillas eran típicas de los insurgentes.

A los niños en la edad de ocho a catorce años les frotaban las caras en el lodo del barranco, insultándolos y repitiéndoles "guerrilleritos". Los niños narraban estos hechos con dolor y rabia. Sus expresiones denotaban la indignación que les producía que el mismo Ejército Nacional los maltratara. Las FARC y el ELN jamás les hicieron daño, nunca les robaron nada, tal vez porque no encontraban nada.

Las docentes nos quedamos sin palabras para justificar lo sucedido y los niños esperaban nuestra respuesta, parecía que nos reclamaban. Era difícil para nosotros comprender estas acciones. Los niños tenían la idea de que el Ejército los salvaba, pero fue muy diferente lo que conocieron de ellos.

Explicamos que la guerra no es justificable para ningún bando, un arma sirve para lo mismo en cualquiera de los casos. La falta de oportunidades lleva a los hombres a pensar de manera equivocada. Al sentirse escuchados los niños se retiraron, pero este fue tema de muchos días y la ira aparecía cada vez que lo nombraban.



Despidiendo la tierra de Marianito

Fueron dos años en esta tierra, aunque fue un tiempo corto sentí que era preciso irme. Trabajaba por orden de prestación de servicios, esto me permitía renunciar y apostar por un nuevo lugar de trabajo. La comunidad de El Chocho La Loma me enseñó la amabilidad y la generosidad. Comprendí que no se reprocha la escasez, se vive con ella, con la frente alta y mirando hacia adelante.

Pese a la necesidad, supe de familias que se jugaban el dinero de Familias en Acción en el casino del pueblo; también de jóvenes que se adentraban en el mundo de las drogas sin tener para comer, ¿entonces de dónde sacaban el dinero para su dosis? Niños que la única ropa nueva que tendrían en el año la conseguían trabajando en la cosecha de café, tiempo en el que se ausentaban de clase.

Un cúmulo de circunstancias que la escuela y los maestros sorteamos, denunciamos, adoptamos y enfrentamos. Comprendí en mi primera experiencia que los maestros deseamos transformar la realidad de nuestros niños y hacemos magia en el intento, por momentos lo logramos, pero no podemos calmar el hambre, ni cambiarles su contexto de inmediato, ni arrebatarlos de las inmerecidas vidas que les ha tocado.

La Perla del Nare, tras la sombra de la guerra

El oriente antioqueño fue mi nuevo destino. En Alejandría me encontré siendo monodocente en la única escuela de la Vereda San José. El día de llegada al centro educativo mi madre decidió acompañarme. El lugar era longevo, pero agradable. Tenía un buen parque recreativo en el patio y bellas pinturas en sus paredes. Estaba algo sucio por los meses que estuvo cerrado.

Pese a que por la emisora del pueblo se informó de mi llegada, ese día no arribó ningún estudiante. Hacia las once de la mañana, mientras mi madre y yo aseábamos el lugar, se acercaron a la escuela cuatro mujeres, acudientes de algunos estudiantes. Fueron amables y sentí que mi presencia era valorada en aquella vereda.

Ese primer día transcurrió entre el aseo de la escuela y la revisión de algunos documentos que hallé en la pequeña biblioteca. A las cinco de la tarde cruzó por el patio un joven de la zona. Saludó levantando la voz, mi madre y yo salimos de inmediato. Hugo era su nombre, su traje revelaba el trabajo que desempeñaba arando la tierra, su piel se veía agrietada por el sol, su expresión era amable y respetuosa, y su actitud generaba confianza.

Tras el saludo, Hugo me preguntó si viviría en la habitación de la escuela, a lo que respondí de manera afirmativa. Él sonrió diciéndome que allí espantaban. Expresé que no temía a nada, pero por dentro mi madre y yo estábamos petrificadas. Me señaló un pequeño caño que se formaba en un potrero al lado de la escuela, añadiendo que allí se encontraban sepultados muchos cuerpos. Comprendiendo que el joven tenía cosas por contarnos, los tres nos incorporamos en los asientos del restaurante escolar, situado afuera, frente al mencionado caño. Mi madre y yo escuchamos al muchacho con detalle. Los cuerpos allí enterrados pertenecieron a un grupo insurgente. Quedaron ahí tras un enfrentamiento entre guerrilla y paramilitares, los mismos rebeldes los sepultaron.

Cierto día, en la madrugada, los habitantes de las veredas La Inmaculada, San José y otras aledañas se despertaron escuchando balaceras y bombas. Eran estallidos sin descanso. Los campesinos esperaron a que amaneciera y apenas aclaró el día salieron de sus casas, dejando atrás animales, sembrados, enseres; renunciando a todo sin alternativas. Se llevaban a sí mismos con el miedo sobre la espalda.

En el camino, cientos de campesinos que marchaban hacia la cabecera municipal se encontraron, estaban confundidos y preocupados. Sabían que tenían que salvar sus vidas, pero desconocían lo que les esperaba. Estuvieron varias semanas en la zona urbana. Allí se les proporcionó lo que necesitaban.

Fueron conscientes del terrible enfrentamiento del que huyeron, mientras observaban las volquetas que cargadas de muertos cruzaban la plaza del pueblo. Afortunadamente, ningún difunto pertenecía a la comunidad, todos ellos eran de los grupos armados que se habían enfrentado.

Al cabo de tres semanas, la Administración municipal les dio a los campesinos parte de tranquilidad, les pidieron regresar a sus tierras con la consigna de que ya no había rastros de la contienda. Las personas retornaron a casa esperanzadas, sin saber que serían los próximos protagonistas de la guerra.

Alejandría fue en un tiempo un territorio dominado por la guerrilla, luego llegaron los paramilitares y entre sí jugaban al escondite, disputándose la zona. El día del enfrentamiento los guerrilleros tomaron por sorpresa a los paramilitares. Desde el alto de la vereda La Inmaculada hasta la vereda San José se atacaron unos a otros. Los muertos fueron de bando y bando; pero los paramilitares que, entre otras cosas, algunos pertenecían al pueblo, decidieron ejecutar campesinos con el argumento de que estos los habían traicionado, llamándolos "sapos colaboradores".

Cubrieron todo el pueblo, vereda por vereda, incluso la zona urbana. Atacaron familia por familia, mataron padres, madres, hijos mayores y menores, justificando que estos habían sido cómplices de la guerrilla. Sacaban a las personas de las casas y las mataban detrás de ellas. Fueron años de dolor y miedo en estas tierras. Los paramilitares paraban las escaleras en los días de mercado, hacían bajar pasajeros y se los llevaban, minutos más tarde se escuchaban las balas. El horror agobiaba a los que en el carro esperaban.

Cada familia alejandrina lloró un muerto, o más. Incluso, por los días de mi llegada seguía la matanza, uno que otro difunto aparecía en una de las entradas del pueblo, justo afuera de las instalaciones del matadero de ganado. Precisamente, para el grupo armado eso significaban las personas del pueblo: cosas peores que animales, porque ningún ser vivo merece tanta crueldad y sevicia. Pese a los temores en mí alojados, comprendí que la niñez es buena y feliz en cualquier entorno. Los niños siempre fueron muy callados, pero encendidas sus miradas. Eran el reflejo de una vida silenciada, mas no apagada. Le temían al uniforme camuflado, a las caras desconocidas y a las visitas inesperadas. Se amaban entre sí, se ayudaban y se respetaban. Deben ser ahora gentes buenas, porque su esencia, por perversidades ajenas, no ha de ser distorsionada.

Zoología de la escuela

Vivir en la escuela no era cómodo, no solo por las historias de guerra, sino también por los seres que allí me acompañaban. Cierto día, mientras revisaba unas carpetas, de entre ellas salió una serpiente larga y café. El espanto fue tal que de un salto pasé de la habitación al patio.

Las serpientes tenían su hogar en la escuela. En diferentes momentos tuve que vivir con ellas. En una mañana, ya preparada para la llegada de los niños, me dispuse a secar el baño de la habitación, sentí la trapera pesada, la sacudí y de inmediato se desprendió de ella una enorme culebra verde, larga y gruesa. Pensé que seguramente el animal me acompañó toda la noche dentro de la habitación.

En otro momento, los niños y yo estábamos en el patio, haciendo la formación general, de repente se pasea frente a todos una culebra blanca con rayas negras, larga y delgada. Era común también encontrar entre las cartillas de los estudiantes la piel que descama este animal. Para quienes les tememos era una preocupación constante encontrarlas en cualquier lugar insospechado de la escuela.

Dormir en la escuela tampoco era fácil. El techo estaba inundado de murciélagos. A eso de las seis de la tarde, cientos de ellos jugaban a hacer aterrizajes desde los árboles hasta el tejado. Algunos se precipitaban contra las paredes, caían al piso y con quienes estuvieran en el corredor se estrellaban. Nunca entraron en la habitación, pero todas las noches la multitud resbalaba por la tablilla, chillaban y jugaban.

Las comunidades rurales son amables y agradecidas con los docentes, allí se resalta nuestra presencia. Nos hacemos indispensables, incluso para quienes no tienen que ver con la escuela, pero su naturaleza no es tan benévola como se espera.

Una maestra silenciada

Un mes después de mi llegada, la comunidad alejandrina se reunió para conmemorar un año del fallecimiento de la profesora de la vereda La Pava. Muerte trágica a manos de un grupo armado. En susurro escuché los pormenores de su homicidio. Murió en el patio de la escuela mientras daba clase, frente a las miradas aterrorizadas de los niños.

Era inevitable el dolor porque, como ella, los maestros nos desempeñamos en cualquier territorio, con amor a lo que hacemos y a quienes nos debemos. No hay razón para que la vida sea arrebatada, tan indignamente, como si fuéramos nada.

Un paraíso se levanta entre cenizas

En esta tierra, la guerra, aunque evidente, era un secreto, pues los victimarios vivían entre ellos. Tal vez los muertos cuenten más historias que los vivos. Ellos son testimonio de la guerra, mientras quienes aún vivimos somos cómplices con el silencio, porque el miedo siempre nos calla. Mi paso por Alejandría fue corto, pasé el concurso docente y mi destino fue otro. Aprendí de su gente la discreción y el respeto por el prójimo, a sentir el dolor ajeno como sufrimiento propio.

Alejandría es hoy un destino turístico maravilloso. Sus gentes no se dejaron vencer, resurgieron porque fue más grande su fuerza que su miedo. Enseñan que la resiliencia y la pujanza desplazan el dolor por esperanza.

Pintando sueños, logrando metas

Hace catorce años llegué al municipio de La Pintada, intentando estar más cerca de mi tierra. Aprovechando la cercanía con la ciudad, desde aquí he logrado grandes metas a nivel profesional y personal.

Esta es una comunidad compleja. Sus gentes son festivas, auténticas, confunden la grosería con franqueza. No conocen la etiqueta para manifestar sus desacuerdos. Es pan de cada día enterarse de rencillas entre personas del pueblo, desde el más "culto" hasta el más sencillo caen en este juego.

Nuestras aulas se ven permeadas por situaciones de abuso sexual, drogas, abandono, pobreza, asesinatos de jóvenes, etc. Las instituciones del municipio trabajan por reparar esos conflictos, pero es difícil cuando parece que la comunidad no deseara salir de ellos.

Lamentablemente, la politiquería y todas sus arandelas influyen en las decisiones que se deben tomar en pro del pueblo. Así es difícil concertar acciones, planear y caminar en la misma dirección.

De cada territorio que conozco siempre quisiera escribir una historia, así hubiese sido pasajero el recorrido. Es extraño que precisamente de este municipio, en el que llevo tanto tiempo, tenga poco que contar, pues cada persona y cada lugar albergan un sinnúmero de hechos para relatar.

He narrado historias de comunidad, justamente en La Pintada no hay. Aquí se vive desde la individualidad. El egoísmo lleva a cada persona y a cada familia a vivir para sí mismos, no se piensa en colectivo y las nuevas generaciones crecen en ese sentido.

El tiempo aquí me ha hecho sabia, prudente y paciente. La academia y la experiencia me han transformado. La cercanía con las vivencias de otros me ha enseñado a dirigir la vida propia. Al final, la enseñanza es un proceso recíproco, en el que se da un saber y se recibe otro.

El maestro

Los contextos que sufren guerras experimentan dos fenómenos: por un lado está la zozobra en la que viven sus habitantes y, por el otro, la estigmatización en la que quedan anclados los territorios.

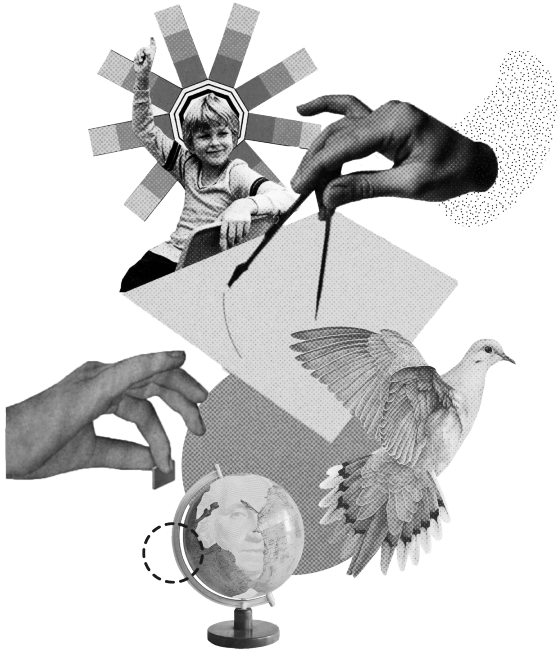
A pesar de las situaciones de temor que genera residir en comunidades afectadas por la violencia, los maestros decidimos hacer parte de ellas y ser agentes importantes de sus procesos. Nadie nos enseña a confrontar las penosas realidades de los contextos. Comprendemos las situaciones cuando experimentamos su sufrimiento y, al igual que a sus pobladores, nos embarga la incertidumbre y el miedo.

El dolor es la única verdad de muchos de nuestros niños, la educación y los maestros somos su única esperanza. Los docentes nos hacemos diligentes, sensibles, humanizamos la enseñanza, nos convertimos en maestros para la vida porque trascendemos de los conceptos a la aplicación de soluciones en la compleja cotidianidad.

Frente a las difíciles condiciones económicas de nuestras familias; educación y precariedad son confrontadas. Ambas luchan por ser privilegiadas, pero no se hallan la una sin la otra. La escuela y su programa de alimentación escolar se convierten en un instrumento de convencimiento para asistir a las aulas. Satisfechos el hambre y la ignorancia, el hombre se encuentra dispuesto a crecer en todas sus dimensiones.

Tras aquellos traumas de infancias desventuradas, las maestras somos madres, fuentes de cariño y apego. Las situaciones de abandono y maltrato al interior de los hogares nos exigen cumplir más funciones de las delegadas por la escuela. Los docentes debemos ser la voz de aliento, el abrazo y el consuelo. Solo un corazón noble como el nuestro soporta ejercer esta labor, a pesar del dolor por la lejanía de nuestra familia. La distancia nos lleva a apartarnos de nuestros propios deseos.

Un número considerable de maestros laboran en lugares apartados de sus ciudades de origen. Experimentan la soledad y la tristeza, aun así, trabajan con compromiso y empeño. Se hacen pobladores de tierras ajenas e integran familias que no son de sangre, pero sí de afecto.



LOS CARRUSELES

sobre la Constitución Política en la IER Mulatos

Breyner Eduardo Vásquez*
Galima Alexandra García**

*Maestro de la Institución Educativa Rural Mulatos del municipio de Necoclí. Correo electrónico: brey_77@hotmail.com
**Maestra de la Institución Educativa Rural Mulatos del municipio de Necoclí. Correo electrónico: alexgar29@hotmail.com

En las orillas del mar Caribe hay un lugarcito que hace parte del municipio de Necoclí, se conoce como el corregimiento de Mulatos. Allí hay un colegio que lleva su nombre: la Institución Educativa Rural Mulatos. En ella se desarrolla un proyecto conocido como el "Proyecto de Constitución Política", cuyo principal objetivo es dar herramientas legislativas, a través de espacios de formación y socialización (carruseles, exposiciones, foros, videoconferencias) a la comunidad educativa, para el desarrollo de criterios responsables y autónomos, que prioricen el ejercicio de la ciudadanía y el carácter humano del ser como miembro activo de la sociedad.

También se pretende desarrollar actividades académicas, lúdicas y de interacción con las y los estudiantes de décimo y once, que les permitan cumplir con sus estudios constitucionales: cincuenta horas estipuladas por ley como requisito para la obtención de su título como bachiller (Ley 107 de 1994).

Mi nombre es Galima Alexandra García, docente de Ciencias Sociales en la IER Mulatos, y les quiero contar que en mi experiencia como docente en dicha institución educativa he tratado de promover el liderazgo estudiantil, para que las y los estudiantes se responsabilicen de temas cotidianos que los aquejan en cuanto a su convivencia; de modo que puedan proponer actividades que conlleven a su mejora. Considero que en este país, en el cual se escuchan tantas injusticias, es posible realizar un ejercicio que desde lo cotidiano permita desarrollar un trabajo de reflexión desde las instituciones educativas. Es aquí donde se inscriben de forma particular los principios y derechos fundamentales. Sin embargo, el desinterés con respecto a esta problemática era muy grande. Así que me surgió una inquietud: ¿cómo involucrar en dicho proceso a algunas y algunos estudiantes que, por una parte, deben colaborar con las actividades económicas en sus casas y que, por otra, escuchan canciones de reguetón en las cuales se agrede a otras personas, en especial a la mujer? Esta cuestión me la pregunté en 2017, cuando las y los estudiantes del grado once de la IER Mulatos de la jornada diurna presentaban una dificultad: no sabían cómo homologar sus horas constitucionales. Lo primero que pensé fue en buscar una estrategia para desarrollar el proyecto transversal de la Constitución Política de 1991 e involucrar a las y los estudiantes, de tal manera que se comprometieran con tareas relacionadas con el tema.

La coordinadora, Nelsi, me sugirió realizar carruseles periódicos, en los cuales todo el personal estudiantil estuviera en función del proyecto; me pareció muy acertado. Entonces, me acordé de una novela mexicana llamada Carrusel, que vi cuando era niña. Me imaginé un carrusel

de animales estáticos de mentira, que giraban a través de un sistema mecánico que da vueltas. Algunas niñas y niños se sientan y se embarcan en un viaje imaginario que no sale del mismo ciclo. Se topan con el mismo punto de manera repetitiva, con sus seres queridos, quienes al verlos emocionados los saludan. Eso era lo que teníamos que lograr: que se embarcaran en un viaje, pero en esta ocasión no sería imaginario, más bien reflexivo, mientras comprendían con precisión cuáles son sus derechos, y transmitían y compartían sus saberes y experiencias con los demás integrantes de la comunidad educativa.

Decidimos en un principio, la docente Ana Paola Barreto (quien en ese momento era la directora del grado once y docente de Lengua Castellana) y yo, asumir la responsabilidad del Proyecto de Constitución Política de 1991 y acoger la propuesta de los carruseles. Tiempo después se nos unió el compañero Carlos Pérez, docente de primaria.

Anualmente planificamos un cronograma de actividades e implementamos la metodología de la siguiente manera: primero se realiza una capacitación previa a las y los estudiantes de los grados décimo y once sobre uno de los temas de la Constitución Política de Colombia de 1991. Luego ellos presentan una propuesta para explicar al resto de la población estudiantil el tema asignado, y, por último, en una fecha determinada exponen sus propuestas en forma de carrusel, en el cual las y los estudiantes, divididos en subgrupos, muestran sus exposiciones de forma simultánea, rotando por cada grupo de la institución.

En 2017 comenzamos la prueba piloto con estudiantes de décimo y once, a quienes orienté con dos capacitaciones: una sobre Gobierno escolar y Manual de Convivencia Escolar, la otra sobre principios y derechos fundamentales de la Constitución Política de Colombia de 1991. Mi compañera Ana Paola también los capacitó sobre símbolos patrios nacionales, departamentales, municipales e institucionales. Carlos Pérez, compañero docente de primaria, les habló sobre derechos humanos. Se realizaron dos capacitaciones más: una sobre la Ley de Infancia y Adolescencia y la Ley 1620, a cargo de la abogada Garin Sofía García, y otra sobre la Ley 1257 de 2008, a cargo del psicólogo Ignacio Contreras.

Fue un año en el que nos acogimos a la propuesta del carrusel. La participación permitió que se desarrollaran muchas actividades, como la exposición del Manual de Convivencia de la institución. Además, se incluyeron algunos juegos, como bingo, sopa de letras, bolos, rompecabezas, parqués, golosa, lotería, rana, encostalados con relevos. Todas estas actividades se desarrollaron con el resto de estudiantes de bachillerato y primaria.

Las y los alumnos, divididos en subgrupos, diseñaron ayudas didácticas y expusieron de manera responsable sus temas a través de estos juegos. Sin embargo, notamos que, a pesar del impacto positivo de esta primera actividad, se presentaron actos de indisciplina en algunos salones donde no se encontraba el docente a cargo en ese momento, y hubo algunas agresiones verbales entre estudiantes (todo esto está de forma detallada en las actas).

Aun así, quienes estaban encargados del proyecto de décimo y once siguieron motivados. Para desarrollar el carrusel de símbolos patrios presentaron exposiciones a través de algunos estands decorados con banderas, himnos, escudos, entre otros. Los estudiantes a cargo de los himnos institucionales no encontraron el himno del colegio, por lo que quedó la tarea de buscarlo.
En el siguiente carrusel, las y los integrantes de los subgrupos ya conformados expusieron sobre principios y derechos fundamentales a través de carteleras y dramatizaciones (arts. 11, 12, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 22, 30 y 31). Para el siguiente carrusel presentaron al resto de la población estudiantil exposiciones sobre igualdad, tolerancia, discriminación, diversidad cultural, prejuicios, racismo, estereotipos, minorías y derechos de los niños.

La metodología del carrusel sobre las leyes 1090 y 1620 fue diferente, ya que se escogieron seis delegados de cada grupo de bachillerato, quienes recibieron un taller sobre dicho tema. Hubo muchas inquietudes sobre las responsabilidades penales del acoso escolar, los embarazos a temprana edad y la responsabilidad de los padres y madres de familia.

Para finalizar este año, en el último carrusel hubo una pequeña reflexión sobre los feminicidios; a cargo de la docente orientadora Luz Oneida González. En esta actividad se presentaron poemas, videos y dramatizados sobre violencia contra la mujer y feminicidios, en un acto de clausura al cual se invitaron padres, madres y acudientes de familia de todos los grupos, desde cuarto a noveno grado.

En general, hubo una muy buena acogida. Además de tener evidencias de los estudiantes que participaron, también se cumplieron las horas constitucionales (doble objetivo). Algunos compañeros se acercaron después de cada actividad para felicitarnos, también observamos que muchas de las propuestas pedagógicas implementadas en los carruseles eran replicadas por algunos docentes en sus clases. No obstante, lo que nos motivó fue escuchar a las y los estudiantes hablar técnicamente sobre derechos y escuchando y entonando los himnos nacional y departamental con un poco más de atención y respeto. Algunos alumnos del grado octavo me dijeron que ellos también querían participar en esos carruseles y presentar sus exposiciones.

Todo eso me incentivó mucho para las actividades del próximo año. La misma compañera y yo continuamos en el 2018, esta vez se nos unió María Urango Reyes, docente de primaria, ya que el compañero Carlos fue trasladado. Con la misma metodología, las y los estudiantes de décimo, y algunos de once, recibieron las siguientes capacitaciones: Derecho Internacional Humanitario, Ley 115, Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, legislación indígena en Colombia, Convenio 169 de la OIT, Ley 70 de 1993 y desplazamiento forzado en Colombia.

Durante el primer carrusel, las y los involucrados comenzaron a participar del proyecto, expusieron al resto de la población estudiantil a través de dramatizados sobre el desplazamiento forzado, la participación de niños y niñas en la guerra, minas antipersonales, falsos positivos, secuestro y asistencia médica durante el conflicto armado. Para las presentaciones se disfrazaron y construyeron sus materiales didácticos.

Para el siguiente carrusel, por subgrupos se realizó un video de veinticinco minutos explicando las características principales de algunos puntos del Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera: la reforma rural integral, la participación política, el cese al fuego de hostilidades bilateral y definitivo; así como la dejación de armas, la solución al problema de la drogas ilícitas, el sistema integral de verdad, justicia, reparación y no repetición, y los mecanismos de implementación, verificación y refrendación.

Esta experiencia fue nueva, por ende, la edición del video se demoró más de lo previsto, ya que se tuvieron que grabar varias veces las exposiciones de cada uno de los subgrupos. Luego, el proceso de edición lo hizo un estudiante: Gerson Mena, quien se ofreció a realizarlo sin ayuda de ningún docente. En aras de consolidar el liderazgo, se hizo de esta manera; pero después de tener el consentimiento de los participantes y socializar el video con el resto de la población educativa, la estudiante Carmen, del grado décimo, nos solicitó que borráramos su parte, por lo que no se ha podido volver a proyectar. A partir de ese momento comencé a pensar en la idea de unos carruseles virtuales, en los cuales los estudiantes graben sus exposiciones y las proyecten hacia el resto de la comunidad. Esto minimiza el desgaste físico en los participantes.

En la siguiente propuesta, de nuevo las y los estudiantes de décimo y once, divididos en subgrupos, jugaron diferentes dinámicas: “chucha congelada” (educación formal), dinámica de bombas (educación incluyente), lotería (educación inclusiva), bingo ganador (educación no formal) y adivinanzas (educación para adultos).

Además, expusieron al resto de la población estudiantil los temas propuestos.

Para continuar con el cronograma, las y los participantes del proyecto construyeron trajes y herramientas con materiales del medio. Se vistieron como integrantes de grupos indígenas y expusieron sus costumbres, actividades económicas, religión, danza, entre otros; en unos estands clasificados de la siguiente manera: kogui, embera katío de Córdoba, tikuna, kuna-tule y nukak makú; y para el último carrusel de este año expusieron, a través de dramatizados, temas como el desplazamiento forzado y la participación social, política y cultural de los afrodescendientes en Colombia después de 1993.
Para finalizar las actividades del año 2018, se realizó un acto cultural con toda la población estudiantil: primaria y bachillerato. En este se hizo un resumen de todas las actividades realizadas en el año y se presentó una obra de teatro cómica sobre la participación social, política y cultural de los y las afrodescendientes en Colombia.

En el 2019 la compañera Ana Paola decide aportar desde otros espacios. Así que le pedí al compañero Breyner Vázquez, docente de Tecnología e Informática y director de grupo del grado décimo, que me colaborara mucho, ya que me habían dado la responsabilidad de direccionar al grado once y temía que el tiempo no fuera suficiente para desarrollar todas las actividades. Después de pensarlo por algunos días, él me dijo muy amablemente que sí, pero Jairo Rentería, director de núcleo y rector encargado, nos sugirió que debíamos planear otras actividades transversales que no fueran desarrolladas en jornada contraria. Esto porque los estudiantes no podían asistir en las horas de la tarde a presentar sus exposiciones, ya que necesitaban un permiso especial que había que institucionalizar.

Desde ese momento el compañero Breyner se empoderó del proyecto. De tal manera que siempre que terminábamos de planificar alguna actividad llevaba la propuesta directamente al rector, pero no porque yo lo enviara, sino porque él estuvo dispuesto desde el principio. Esto lo digo porque el rector Bonifacio Perea me hizo el comentario de que no fuera tan tímida y no enviara al compañero Brey, como yo lo llamo, a socializar todas las propuestas del proyecto. Por otro lado, como no había un puente de comunicación con la primaria porque la compañera María ya no estaba en la Institución, el docente Ernel Licona nos colaboró mucho en la socialización y el desarrollo de las actividades con los más chicos de la institución.

Para organizar el cronograma de este año, las y los estudiantes de once que ya habían participado de las actividades del proyecto, Breyner y yo, hicimos un sondeo de los temas que más acogida habían tenido durante los años anteriores. Así, quienes estaban pendientes de homologar sus horas constitucionales recibieron cuatro capacitaciones a mi cargo sobre símbolos patrios, principios y derechos fundamentales de la Constitución Política de Colombia de 1991, Ley 1620, Ley 1257 de 2008; y una final, a cargo del docente Oscar Hurtado, sobre el Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera.

El primer carrusel se desarrolló a finales de abril. Las y los estudiantes de décimo y once, participantes del proyecto, expusieron sus temas a las compañeras y compañeros de los grados sexto a noveno. Utilizaron como apoyo algunos estands diseñados por ellos, en los cuales se compartieron presentaciones de PowerPoint, carteles y cantos sobre Colombia, Antioquia, Necoclí y Mulatos. Para esta ocasión los estudiantes pudieron encontrar el himno de la IER Mulatos en el Manual de Convivencia. Consultamos sobre el autor y su melodía con algunos docentes que trabajan hace muchos años en la institución. Sin embargo, respondieron que lo encontrado allí nunca fue aprobado. De nuevo, quedamos con la tarea de seguir el rastro del himno institucional.

También se desarrolló una actividad transversal desde el grado primero hasta noveno, en la cual las y los estudiantes de primaria colorearon los símbolos patrios. Por otro lado, los estudiantes de bachillerato realizaron el ejercicio de idear una bandera y un escudo que identificara a cada uno de sus grupos. Continuando con el cronograma, para el siguiente carrusel, quienes cursaban décimo y once organizaron dramatizados sobre los artículos 1, 11, 8 y 16; desafortunadamente, algunos estudiantes tuvieron dificultades para hacer sus presentaciones y se comprometieron a realizarlas en un acto cívico.

Por otra parte, la actividad transversal se distribuyó a cada uno de los grupos de la institución. Debían representar, a través de canciones, poemas, cuentos, trovas, etc., el derecho que les había sido asignado. Corriendo contra el tiempo, en agosto se presentaron en un acto cívico algunos dramatizados sobre los diferentes roles históricos de la mujer en Colombia.

Para desarrollar la otra actividad transversal sugerida, durante una semana las y los estudiantes pasaron a la sala de informática, acompañados por el docente a cargo. Allí vieron un video sobre la violencia contra la mujer, llamado "Pégale a la pared". Posteriormente, participaron en un conversatorio sobre todas las formas de violencia que rodean a las mujeres. Finalmente, a gusto de ellos podían componer un rap o una canción sobre el tema, compartirla y socializarla en plenaria con sus grupos.

En el siguiente carrusel se presentaron exposiciones con carteleras sobre la Ley 1620 y sus características: títulos I, II, III, IV. En los conversatorios se manifestó que un gran porcentaje de los conflictos escolares surgían por los apodos y el ciberacoso. La actividad transversal para esta ocasión consistía en que debían hacer un cartel del buen trato, escribiendo los principales acuerdos de convivencia en el aula de clase.

Para finalizar este año de carruseles y actividades transversales, la mayoría de las y los participantes ya mencionados presentaron en subgrupos un videoclip de máximo dos minutos sobre los seis puntos del Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera. Durante este proceso observamos que ya no estaban tan nerviosos y expusieron los temas de forma más tranquila y segura frente a las cámaras de sus celulares.

Otra situación que nos pareció particular fue que para sus exposiciones no todos los subgrupos mostraron lugares escolares, sino que buscaron lugares cotidianos, como sus casas. Eso hizo que otras personas de la comunidad educativa estuvieran pendientes de lo que estaban haciendo. Algunas dificultades logísticas se presentaron a la hora de proyectar el video completo; entonces, pasamos a desarrollar la actividad transversal y construimos un "Mural para la Paz de Colombia", aprovechando las capacidades artísticas del compañero Breyner. Los estudiantes de la institución expusieron mensajes alusivos a la paz. Fue muy gratificante observar a todos acercarse al mural en sus ratos libres para mirar atentamente los mensajes de sus compañeros.

Finalmente, a pesar de todas las dificultades presentadas durante estos años hemos podido observar que las y los alumnos se han apropiado de sus propuestas y ahora están acostumbrados a abordar los diferentes temas. También hemos estado pensando en descentralizar el proyecto y dirigirlo hacia las sedes de las veredas. El problema es que esto tiene costos y riesgos adicionales, pero valdría la pena intentarlo.

Para escuchar esta narrativa, puede escanearse el código QR

UNA HISTORIA CONTADA AL REVÉS

Juan Esteban Vélez Marulanda*

*Maestro de la Institución Cardenal Aníbal Muñoz Duque del municipio de Santa Rosas de Osos. Correo electrónico: juanestebanvelezmarulanda.26@gmail.com

Resumen

La historia de vida que se presenta a continuación está contada desde el presente hacia el pasado, y en ella se narran algunas anécdotas que ha tenido el educador Juan Esteban Vélez Marulanda desde que inició su labor no solo dentro del aula de clase, sino también por fuera. Se expone su paso por tres instituciones: J. Emilio Valderrama, del municipio de Toledo; sede Sabanazo de la Institución Educativa Cardenal Aníbal Muñoz Duque, de Santa Rosa de Osos; y la sede El Guayabo de la misma institución. Además, se encontrarán unas pequeñas reflexiones pedagógicas después de cada experiencia vivida, para entender por qué la educación es el campo estratégico en el desarrollo de la sociedad y comprender que son estas vivencias las que han servido para fortalecer los procesos de enseñanza que utiliza el docente a la hora de generar aprendizajes significativos y recuerdos memorables en sus estudiantes.

Palabras clave

Aprendizajes, enseñanza, experiencias, estudiantes, centros educativos rurales.

Solos llegamos más rápido, juntos llegamos más lejos.

Ya eran las dos de la tarde y los estudiantes más grandes comenzaban a hacer el aseo de la escuela El Guayabo de Santa Rosa de Osos. Como era mi segundo día, después de la presentación realizada por el rector y por el jefe de núcleo, quería lucirme, quería hacer un aseo que quedara grabado en la mente de las personas de esta vereda, quería impresionarlas con mis dotes de limpieza; pero no fue así. Mientras trapeaba con las ganas más severas que mis fuerzas me lo permitían, ¡pum!, tumbé con mi cabeza la virgen de porcelana que hacía varios años había llevado doña Paula como tributo a la madre de Jesús, para que protegiera y guiara el rumbo de los procesos pedagógicos que se llevarían en la escuela. En mis adentros pensaba: "¡la embarraste, la cagas..., te echaste la sal encima!". Esa fue mi primera experiencia al llegar.

En este mismo lugar comprendí el valor de ser monodocente, la responsabilidad que cae en los hombros al tener la fortuna de dirigir el rumbo de una escuela. En mis anteriores instituciones solo me dedicaba a estar pendiente de mi aula de clase y de los estudiantes que se me asignaban. De vez en cuando era el responsa-

ble de otras funciones, como manejar el restaurante, supervisar la adecuación de la infraestructura o estar pendiente de los proyectos de la escuela; pero, siendo sinceros, muy pocas veces debía estar a cargo de esas funciones.

En El Guayabo, centro educativo en el que estoy actualmente, me puedo considerar el presidente, el órgano legislativo y el órgano judicial. Todas las determinaciones que se toman deben tener mi participación, por lo cual debo analizarlas muy bien. Una de mis primeras decisiones al llegar fue empezar a adecuar al contexto las temáticas trabajadas desde la metodología de Escuela Nueva, e incorporar estrategias neurodidácticas que ayudaran a mejorar las configuraciones neuronales del cerebro de los estudiantes, pues este es un aspecto que considero necesario para su desarrollo integral. Algunas de esas estrategias se basaron en trabajar constantemente la motricidad por medio de actividades que mejoraran su control de impulsos, como cambiar la disposición de las sillas, que estaban en filas, armar grupos, asignar roles dentro de esos grupos y disminuir la utilización de las cartillas, para abordar el aprendizaje basado en problemas, que considero bastante significativo.

En la universidad siempre se hablaba de este tipo de aprendizajes, pero como educador uno comprende su verdadero significado cuando al realizar una actividad puede ver que los estudiantes, además de saber el concepto, lo entienden y lo emplean en contexto. Una actividad muy sencilla que siempre me ayuda a que los estudiantes reconozcan la letra "m" es hacer fichas con todas las letras, esconderlas por la escuela y decirles a los estudiantes que las busquen. Al jugar tres o cuatro veces te das cuenta de que la mayoría la reconocen y de que no es necesario hacer un montón de planas, como sugieren algunos colegas.

Trabajar como único educador me da la oportunidad de implementar mis estrategias pedagógicas sin temor alguno, pues en instituciones anteriores tuve algunas situaciones, referentes al trabajo de la motricidad, que no fueron agradables, ya que para muchos colegas el rea-

lizar actividades que no impliquen que los estudiantes permanezcan sentados y escribiendo son puros juegos que generan indisciplina y desorden. Yo pienso lo contrario, por lo que siempre intento elaborar actividades que impliquen la utilización de habilidades motrices finas, como agarrar, coger, sostener, escribir; y habilidades motrices gruesas, como andar, correr, saltar y balancearse, ya que fortalecen procesos cognitivos en áreas ubicadas en el lóbulo frontal, como la corteza prefrontal; lo que los ayuda a tener más control de sus impulsos, una habilidad fundamental que debemos adquirir los colombianos.

Un segundo cambio que pude notar al trabajar como único docente se refiere al modo de transporte hacia la escuela. En mi primer colegio, el J. Emilio Valderrama, del municipio de Toledo, que queda ubicado en el área urbana, solo necesitaba caminar para llegar a la institución; y en mi segunda escuela, la sede Sabanazo del municipio de Santa Rosa de Osos, utilizaba la ruta municipal y en muchas ocasiones me transportaba en carro particular. El ser trasladado a la sede El Guayabo fue un cambio drástico porque la ruta sale a las cinco de la mañana y me dejaba en la escuela a las seis, por lo que tenía dos horas para organizar asuntos propios del centro educativo. Lo anterior fue normal durante dos semanas, pero luego el costo de la ruta y la hora de llegada empezaron a afectarme tanto emocional como económicamente, de ahí que decidiera hacer un préstamo para comprar una moto.

La primera experiencia con la motocicleta fue que no la sabía manejar y que no contaba con los requerimientos legales para utilizarla. Para solucionar el primer problema, un día antes de empezar a laborar en la sede El Guayabo me fui con mi padre a practicar cómo se manejaba, y en ese día aprendí a conducirla. El segundo problema lo solucioné yendo a Medellín a sacar la licencia de conducción. Durante una semana no tuve ningún problema con el transporte, luego la moto empezó a fallar por cosas muy simples; pero como no tenía ni un conocimiento mínimo en mecánica, en muchas oportunidades debí empujarla hasta que alguien me ayudara. En una de esas ocasiones me empapé solo porque tenía el chip de energía desactivado, lo que provocó que la persona que me ayudó se riera un poco y expresara que, aunque sabía de muchos temas, mi grado de escolaridad según mis conocimientos de mecánica me ubicarían en preescolar.

La falta de un compañero educador también es uno de esos aspectos que no he podido dejar de extrañar. En mis anteriores instituciones siempre podía hablar con alguno sobre cómo iba el funcionamiento de la insti-

tución, sobre estrategias para mejorar el proceso de enseñanza o sobre qué mecanismo de resolución de conflictos aplicar en un caso particular. Sin embargo, en este momento debo hacer un análisis individual de todas las situaciones de la sede, ya que soy el que las conoce de primera mano.

En las últimas semanas en la sede El Guayabo he debido viajar en bicicleta debido a que la moto tuvo un daño grave. Al principio fue difícil, pero luego tuvo efectos positivos dentro de la institución, ¡quién lo iba a imaginar! El primer efecto positivo fue que los estudiantes, luego de verme por una semana andando en bicicleta, comenzaron a arreglar las suyas y esperaban a que pasara para unírseme. El segundo fue que organizamos dentro de la escuela un espacio para guardarlas cuando llovía, que en mi pueblo es muy a menudo. El tercero fue que sirvió de tema para abordar en distintas asignaturas: en Artística diseñando nuevos modelos de bicicleta, en Matemáticas explicándoles de dónde sale el número pi, y en Inglés elaborando oraciones que tenían que ver con este objeto. El cuarto aspecto positivo se basa en que este fue el tema central para implementar el aprendizaje por medio de retos, metodología con la cual aprendíamos a parchar las bicicletas, a colocarles los frenos y hacerle mantenimiento a la cadena. Fue algo magnifico porque toda la escuela trabajaba cooperativamente en el desarrollo de las actividades propuestas. Es necesario aclarar que en ese tiempo solo tenía trece estudiantes.

De la sede El Sabanazo de la Institución Educativa Cardenal Aníbal Muñoz Duque del municipio de Santa rosa de Osos me trasladaron a la sede El Guayabo, perteneciente a la misma institución, porque en la primera no había la cantidad de estudiantes necesarios para sostener todas las plazas docentes. Al llegar, lo primero que noté fue la gran cantidad de educadores que abarcaba la institución. En mi antiguo colegio éramos si acaso

veinte; en este éramos sesenta. Allí conocí lo delicioso de trabajar en una zona rural, donde la gente todavía siente gran admiración por los educadores. La primera vez que fui a mi nuevo lugar de trabajo, doña Beatriz, una mujer bacana y alegre, me invitó a desayunar en su hermoso hogar, me dio tremenda arepa, que ella misma había hecho, con un pedazote de quesito que en mi casa hubiera durado una semana. No sabía que existían personas que se comían al desayuno medio quesito grande, ¡qué envidia la que les tengo!

En esa institución encontré una compañera enamorada de la educación inclusiva, que me llenó de pasión por estos estudiantes. Cuando llegué a El Sabanazo me correspondió el grado segundo, con quince niños, y el grado noveno, con dos. En este centro educativo utilicé mucho la teoría de zona de desarrollo próximo, planteada por Vigotsky, y comprendí que era bastante útil, pues los estudiantes más grandes me ayudaban a enseñarles a los más pequeños, y a los más pequeños les gustaba aprender de los más grandes. Uno de los dos estudiantes del grado noveno tenía una parálisis en un lado del cuerpo, por lo que su movilidad era muy compleja, al punto de que para transportarse le adecuaron una moto que aceleraba apretando un botón.

Este joven se inscribió con nosotros a un torneo de microfútbol que hicimos en la sede. En todos los partidos los educadores luchábamos para que él pudiera hacer un gol, pero era difícil que chutara el balón con la mínima fuerza requerida para entrar en la portería. El día de la final, cuando jugábamos contra los grandes de la sede, después de un tiro de esquina y de un despelote en el área de los muchachos, el balón quedó a escasos diez centímetros de la línea de gol, el arquero estaba tirado y de la nada el estudiante tocó, de la manera más

extraña, el balón con su pie móvil, haciendo que entrara en el arco. "¡Gooool! ¡Gooooool hijue...!", se escuchó en la cancha de la escuela, con grosería a bordo. Los educadores, entusiasmados, lo abrazamos fuertemente y pudimos ver esa sonrisa mágica que le alegraba el alma. Ese momento fue asombroso en mi vida y fue el que me ayudó a comprender que si los educadores trabajando juntos pudimos hacer que un joven tuviera, como él lo describe, un recuerdo memorable, podríamos hacer grandes cambios en nuestro país si todos trabajáramos por sacarlo adelante y no por un salario.
Por esos días íbamos para los juegos del magisterio, estaba muy feliz porque eran mis primeros juegos. Comenzó la etapa de inscripciones, le pregunté a los educadores con los que trabaja si querían ir. Uno de ellos lanzó un no rotundo, le pregunté el porqué y me contó que en unos juegos pasados los educadores se dedicaron a ingerir bebidas alcohólicas hasta la embriaguez total, y que comenzaron a ser el mal ejemplo de la sociedad. El punto de su cólera fue tan alto que me contó que en unos juegos los propios educadores dañaron la escuela que los estaba alojando porque el portero no les abría a altas horas de la noche. Él recalcaba: "¡Los propios educadores dañando las escuelas!, es el colmo de los colmos".

Cuando estuve en Don Matías sí vi muchos educadores tomando y bailando, y escuchaba expresiones de sorpresa por parte de la comunidad, que se preguntaba si esos eran los profesores; pero luego en Andes mi percepción cambió. Vi mucha preparación y nivel en los equipos, lo que me motivó a seguir entrenando para algún día representar a Antioquia en unos Juegos Nacionales del Magisterio.

El decreto para irme para El Cardenal me lo notificó en el mes de diciembre el secretario de Educación del municipio de Santa Rosa de Osos, y especificaba que había sido trasladado a la sede Sabanazo. En esa época estaba en el paseo de Party Class con los estudiantes del grado once de la Institución J. Emilio Valderrama. Habíamos ahorrado todo un año para ese gran paseo. Cuando era la noche de la chiva rumbera recibí la llamada de un número extraño, pensé que era un amigo para pedirme traídos o para preguntarme cómo iba, pero no fue así. Era el secretario y me decía que había sido movido a mi municipio. En ese instante supe que hay momentos en los que piensas que estás completo y de repente recibes una noticia que sube tu felizómetro a otro nivel.

Al llegar a Toledo me encontré con un gran personaje, el jefe de núcleo de esa zona, un ser muy amable que la primera noche nos invitó a comer a todos los educadores que habíamos llegado. Nos dio una gran acogida. Mi primer grado a cargo fue quinto, integrado por unos jóvenes

muy activos que estaban totalmente acostumbrados a que las clases las diera un educador dictando de un libro. Hice un rastreo para analizar los conocimientos que tenían sobre lo que leí en sus cuadernos y comprendí que había mucha teoría, pero nada en sus cabezas. Desde ese momento empecé a cuestionarme la utilización que les damos muchos educadores a los libros de texto.

En la universidad tenía un principio pedagógico que siempre he tomado como una máxima de la educación: la enseñanza por medio del movimiento genera aprendizajes significativos y situaciones memorables dignas de ser recordadas. La primera vez que lo iba a aplicar preparé la realización de unos muñequitos en porcelanicrón, a los que les poníamos unos paracaídas en la parte de atrás y al lanzarlos caían de manera elegante.

La actividad fue un éxito, la clase me había salido mejor de lo que la había planeado; pero a la hora de salir, como la institución contaba con un solo patio y los salones no tenían ventanas, los gritos y la alegría que mis estudiantes expresaban fueron el motivo de distracción de los otros grupos. A los cinco minutos salió un educador ofuscado y me obligo a entrarlos. Hablé con el rector para salir un rato de la institución, pero por miedo a que pasara algo, y como no había pólizas, no fue posible, lo que me dio a entender que siempre los debía mantener en el aula de clase.

Por unos días me quedé analizando la situación y comprendí que ningún educador los sacaba porque afectaban las demás clases, excepto el profe de Educación Física, que los llevaba a un coliseo cercano. Este personaje, para hacer una crítica a la educación del país, en la cual no se tienen en cuenta las capacidades de los estudiantes, varias veces repetía: "¡Si Messi hubiera nacido en Colombia, los profesores de Educación Física no le dejaríamos usar la pierna zurda!". Él fue el que me inspiró a crear una estrategia para poder realizar las clases en otros espacios. Primero diseñé unos ejercicios para que los estudiantes hicieran silencio y no se dejaran ver cuando trabajaban en el patio, para esto utilicé una narración de espías en la cual invitaba a los muchachos a no ser vistos, pues si alguien lo hacía

perdíamos el juego y debíamos volver al salón. Luego, el rector, que al principio me pareció un señor fastidioso, observó que mi manera de enseñar se basaba en el movimiento, por lo que me permitió llevar a los estudiantes al coliseo, con la condición de dejarlo mejor que cuando entrábamos.

A una compañera que llegó conmigo le asignaron primero: un grupo de cuarenta estudiantes que tenían más energía que una bomba atómica. Recuerdo que era tan compleja la enseñanza del proceso de lectura y escritura que en muchas ocasiones vi hasta a cuatro mamás ayudándole. En mis pensamientos solía salir la siguiente oración: "¡De la que me salvé!".

Otra anécdota muy interesante en este pueblo trata de tres niños que estaban en tercero y cuarto grado y amaban los carros. Ellos eran de estrato muy bajo, por lo que pocas veces podían subirse a alguno. Para solucionar lo anterior, siempre en las horas de la tarde esperaban el bus que llegaba al municipio por la entrada superior, y todos los conductores abrían las puertas al verlos, los dejaban entrar y los llevaban hasta el parque. Ese era el momento más feliz para ellos.

Por otra parte, un aspecto que me afectó mucho y del cual nunca había escuchado en la universidad es el constante cambio de rectores. El rector que antes me había parecido fastidioso, en pocos días se convirtió en un líder para mí. Me guiaba por buenos procesos educativos y me explicaba las claves para tener una buena metodología en aquel contexto. Me repetía que siempre se debe analizar primero el territorio, pues no es lo mismo enseñar en Toledo que en Yarumal, aunque sean del mismo departamento. Cuando nos dio la noticia de que se iba a ir fue como cuando las águilas empujan a sus polluelos a saltar del nido. ¡Salte que ya

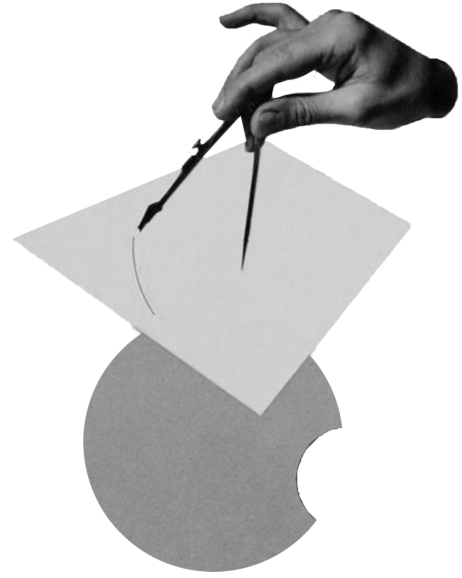
le tocó solo! A los pocos meses, el rector que llegó se fue por problemáticas con algunos educadores, y luego llegó otro rector, hasta mi traslado. Creo que esta es una de las causas que no deja hacer buenos avances. Es necesario aclarar que la situación de traslados es muy constante también con los educadores, por lo que las historias que empiezan a tejerse con los compañeros no son muy fuertes.

Cuando sales de la universidad llevas un montón de ideas para renovar los procesos educativos del mundo. La teoría y las pocas horas de práctica te llenan el cerebro de sueños que crees que vas a cumplir en muy poco tiempo, pero apenas llegas a la realidad y te topas de frente con el contexto es cuando sabes que se debe trabajar mucho para renovar al menos un aula de clase, que debes luchar constantemente para ser muy coherente con tus ideales y debes ser fuerte para no dejar que los métodos tradicionales que utilizan el paradigma de los contenidos te absorban.

Cuando presenté el concurso en el año 2015 tuve la oportunidad de quedar en la primera tanda de la tarde. Unos días antes había investigado las sedes más cercanas a mi pueblo y había seleccionado tres que cumplían con mis exigencias, una de ellas era La María, del municipio de San José de la Montaña. Cuando fue mi turno pude elegirla, no creía cuando me pasaron el micrófono y la pude seleccionar, me pareció muy sencillo, lo tenía todo planeado.

A los días me di cuenta de que el proceso de selección de plaza había sido demandado por algunas inconsistencias en su ejecución y debía repetirse. En mis adentros no me preocupé mucho, porque pensaba que ya había sido capaz de seleccionar la plaza una vez y no había nada que me lo impidiera hacerlo dos veces. En

la segunda vez, faltando cinco personas para llegar a mi turno, un joven se levantó, cogió el micrófono y pronunció: “Yo escojo la plaza La María de San José”. En ese momento mi mente se nubló por la ira y la desesperación, no llevaba más opciones, me había relajado. Cuando faltaban cuatro personas, lleno de ansiedad empecé a mirar lugares, ¡no conocía ninguno! Cuando faltaban tres personas vi dos plazas en lugares urbanos del norte antioqueño, aunque no conocía ninguno de esos pueblos era lo que más me sonaba. Cuando faltaba una persona aún no me había decidido, cuando dijeron mi nombre todo se me nubló, temblé y mi sistema límbico, encargado de las emociones, y creo que también mi sistema reptiliano, el encargado de los instintos, se activaron y en un instante escogí Toledo, el J. Emilio Valderrama del municipio de Toledo. Así empezó mi experiencia como educador.



HISTORIAS DE VIDA Y NARRATIVAS BIOGRÁFICAS DE MAESTROS Y MAESTRAS II

VOLUMEN I

ISBN 978-958-5124-27-1

Gobernación de Antioquia.
www.antioquia.gov.co
Medellín, Colombia.

GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

UNIDOS

HISTORIAS DE VIDA Y NARRATIVAS BIOGRÁFICAS DE MAESTROS Y MAESTRAS II, *VOLUMEN I*